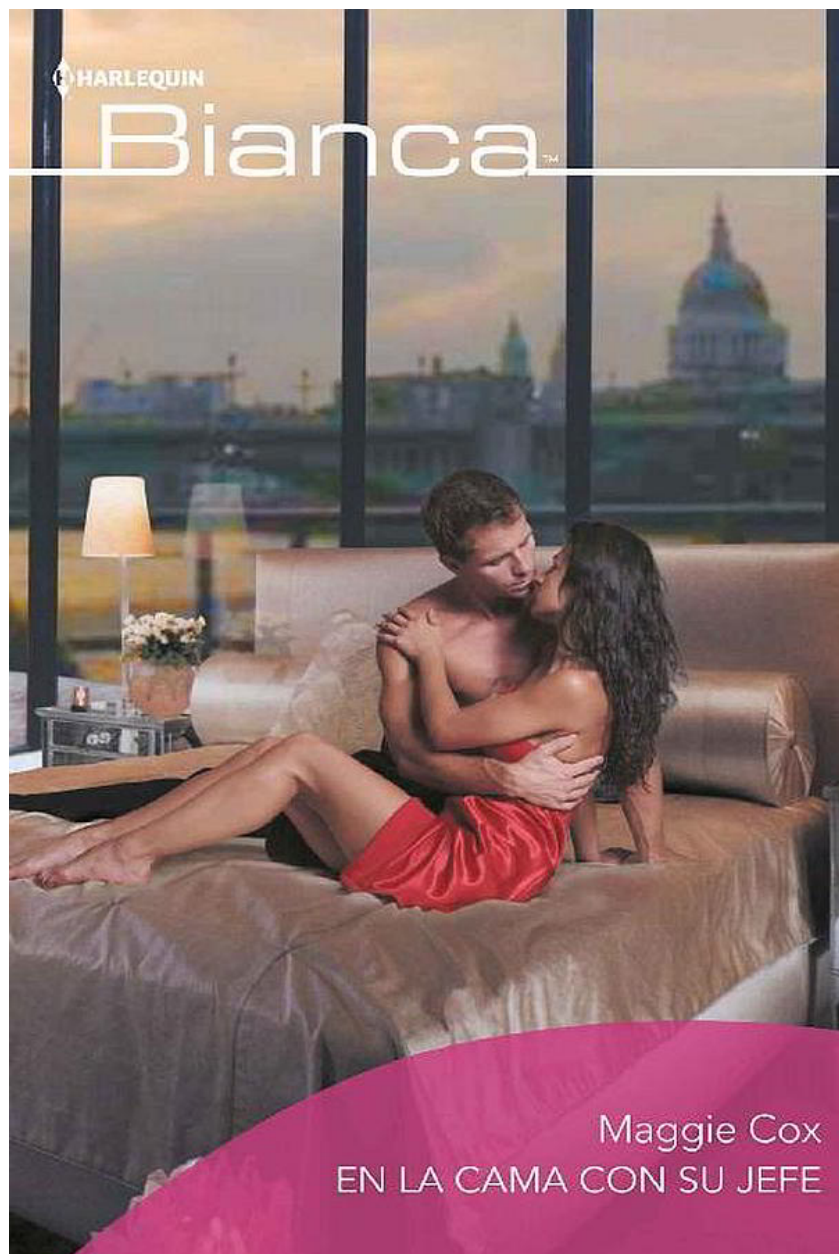


HARLEQUIN

Bianca™



Maggie Cox
EN LA CAMA CON SU JEFE

_____Bianca_____

EN LA CAMA CON SU JEFE

Maggie Cox



Sinopsis

Su jefe la quería en su cama.

Cuando Conall O'Brien encontró a Morgen McKenzie durmiendo en la oficina se puso furioso, convencido de que su empleada había estado de juerga.

Él no sabía que Morgen era una madre soltera que había estado toda la noche cuidando a su hija enferma. Cuando la relación profesional se hizo más íntima, Morgen le dejó claro que no quería una aventura.

Pero Conall estaba encaprichado de Morgen, y lo que para ella empezó como una cabezada en la oficina iba a convertirse en un sueño más placentero... ¡en la cama del jefe!

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Maggie Cox
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
En la cama con su jefe, n.º 1524 - enero 2019
Título original: In Her Boss's Bed
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1307-459-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Había un tono apremiante en la voz que, desde la distancia, resonaba en su cabeza e interrumpía su sueño. Irritada, Morgen trató de apartarla de su mente. Pero su sueño se disipaba. El hormigueo que recorría sus manos la trajo a la realidad: se había quedado dormida sobre su mesa de trabajo. « ¡Oh, no! ». Levantó la cabeza que había apoyado sobre las manos y comenzó a mover los dedos y frotarse las palmas para que la sangre volviera a circular por ellas. Su corazón latía rápidamente por el sobresaltado despertar, pero se aceleró aún más al percatarse de que, al otro lado de la mesa, un hombre la contemplaba con expresión glacial. Su boca se contraía en un gesto de desaprobación. Morgen se puso en pie:

—Disculpe, yo...

—¿...estaba malgastando el tiempo de la empresa, quería decir? Que yo sepa, aún queda una hora para el almuerzo. Por lo que me han dicho, la mayoría del personal trae un sándwich y se lo come en su mesa de trabajo. Pero es obvio que usted tiene ideas más relajadas sobre cómo utilizar su escritorio. ¿No es así, señorita...?

« ¡Qué hombre tan odioso! ». Durante unos momentos, a Morgen la invadieron la rabia y la humillación. Respiró profundamente, se recogió el pelo detrás de la oreja, enderezó los hombros y recobró la compostura. ¿Cómo osaba ponerla en entredicho con esa insinuación de que lo habitual era que durmiera sobre su mesa? Y además, ¿quién diablos era él?

—Sepa usted que es la primera vez que me quedo dormida, señor...

—Usted primero.

Con un gesto de impaciencia, el hombre se pasó la mano por el pelo de color castaño. Morgen advirtió que necesitaba urgentemente un corte de pelo y un afeitado. Salvo por eso, había algo en él que hizo que sintiera un nudo en el estómago. El hombre que tenía ante ella nunca pasaba desapercibido, de eso estaba segura. Y no era sólo por su imponente aspecto.

—McKenzie. Morgen McKenzie.

—Y dígame: además de estar empleada en esta empresa para, según parece, hacer más bien poco, trabaja usted para Derek Holden, ¿no es así?

Morgen tragó saliva con dificultad y notó que las mejillas se le

encendían.

—Soy su secretaria, eso es.

—¿Y dónde diantres está? Tenía una reunión con él en la sala de conferencias a las diez y media. Vengo desde Estados Unidos: he salido en el primer vuelo para asegurarme de que llegaba aquí a tiempo, estoy con jet—lag, y necesito urgentemente darme una ducha y comer algo. No hay ni rastro de su jefe. ¿Le importaría decirme dónde puede estar, señorita McKenzie?

Lo que no le importaría decirle al «señor—don—estu—pendo—soy—mucho—mejor—que—tú» que tenía delante era impronunciable, pero estaba igualmente enfadada con Derek. ¿Por qué no la había avisado de que iba a tener una reunión a las diez y media con aquel hombre, quienquiera que fuera? La tarde anterior, como siempre antes de marcharse, había consultado concienzudamente la agenda, y a las diez y media no había apuntada ninguna reunión. ¿A qué estaba jugando?

El corazón se le llenó de tristeza. Aquél no era más que otro de los signos del declive de su jefe. Derek Holden, que antes fuera un inteligente arquitecto con una prometedora carrera por delante, desde el divorcio se había refugiado más y más en el alcohol buscando consuelo. En los últimos seis meses, Morgen había sido testigo de su transformación en una triste sombra de lo que había sido. Afortunadamente para su jefe, ella era lista y despierta, y le había sacado de apuros en más de una ocasión haciendo un trabajo que, definitivamente, sobrepasaba las funciones de una mera secretaria. Morgen llegó a la conclusión de que Derek sabía lo de la reunión, pero se había olvidado de avisarla al respecto.

En aquel momento, con la agenda abierta ante ella, contempló el hueco en blanco junto a las diez y media y trató de encontrar la mejor excusa para justificar la ausencia de su jefe. Podía percibir cómo el enfado del hombre frente a ella iba creciendo por momentos. Aquel hermoso Goliat iba a ser muy difícil de convencer.

—Lamentablemente, Derek está enfermo.

Morgen trató de que sonar convincente, y en el fondo, se dijo a sí misma, lo que había dicho no era del todo falso. Normalmente, Derek se presentaba en la oficina sobre las diez pero, como ya eran las once y cuarto y no llegaba, debía de estar peor de lo habitual. Seguramente no aparecería por allí en todo el día, y sería lo mejor, concluyó Morgen, dada la expresión iracunda del rostro que estaba frente a ella.

—¿De verdad? ¡¿Y por qué diablos nadie me lo ha comunicado?!

El repentino bramido hizo que Morgen casi se muriera del susto.

—¿Por qué no me lo comunicó usted? ¿No es para eso para lo que le pagan?

—Si me dijera quién es usted, podría...

—Conall O'Brien. Evidentemente, usted ni siquiera sabía que su jefe y yo teníamos una cita, ¿me equivoco? ¿Le importaría decirme cómo ha podido suceder?

Al oír el nombre casi se quedó sin respiración. El hombre que estaba ante ella era Conall O'Brien, el carismático dueño de O'Brien and Stoughton Associates, arquitectos de primera fila con oficinas en Londres, Sidney y Nueva York. A pesar de que Morgen trabajaba en la sucursal de Londres desde hacía un año, no conocía al jefe supremo. Sin embargo sí conocía su reputación.

Se decía que era despiadado con cualquiera que tuviera problemas personales, algo de lo que Morgen no tenía dudas a estas alturas. También, que detestaba la lentitud y esperaba el ciento diez por cien de las personas que trabajaban para él. Normalmente trabajaba en la oficina de Nueva York y alguna vez en Sidney, pero a la oficina de Londres siempre había mandado a un representante. ¿Cómo se le podía haber olvidado a Derek avisarla de algo tan sumamente importante? Parecía que su romance con el alcohol estaba poniendo en peligro no sólo su puesto de trabajo, sino también el de ella.

Morgen, madre divorciada de una niña de seis años y con una hipoteca que pagar, no podía permitirse quedarse sin trabajo. El día había empezado mal: Neesha estaba resfriada y Morgen había pasado la noche cuidándola; se había quedado dormida en el trabajo exhausta tras la noche en vela. Se preguntaba qué más podía pasar. La mirada glacial de unos ojos azules como un océano tempestuoso la sacó de sus pensamientos.

—Sé que esto no parece muy formal, pero el señor Molden ha estado trabajando hasta muy tarde últimamente. Ayer no se encontraba bien. No me sorprende que hoy no haya venido.

—Eso ahora no importa. ¿Por qué no estaba usted avisada de que teníamos una reunión? ¿Es que usted y su jefe no se comunican?

Con un gesto que sobresaltó a Morgen, se quitó la gabardina y la lanzó hacia una silla cerca del ventanal que ofrecía una impresionante vista de Londres. Todo en él rezumaba calidad y dinero. El traje, azul marino con una fina raya diplomática, iba conjuntado con una camisa también azul y una corbata de seda. El portador del atuendo destilaba el tipo de poder que solamente aquellos nacidos para un mundo de riqueza y privilegios pueden

sobrellevar sin esfuerzo. A todo esto se añadían unos penetrantes ojos azules que revelaban una profunda inteligencia y unos hombros anchos e imponentes; claramente era un hombre con el que no se podía jugar. El asunto era que Morgen no intentaba jugar con él. Estaba peleando con todas sus fuerzas por que su vida no se fuera a pique.

—Por supuesto que nos comunicamos. Estoy segura de que Derek, es decir el señor Holden, tenía intención de avisarme para que lo apuntara en la agenda, pero ha estado tan ocupado, que se le olvidaría decírmelo. Le aseguro que no es algo habitual en él, señor O'Brien. ¿Qué le parece si le traigo un café y algo de comer? —ofreció Morgen—. Luego puedo llamar al señor Holden a casa y decirle que está usted esperándolo. Viniendo en taxi estaría aquí en veinte minutos como mucho, se lo aseguro.

—Por lo que dice, no debe de estar tan enfermo...

Morgen notó cómo se le encendían las mejillas.

—Me temo que no tengo datos para hablar de eso.

—Entonces tráigame el café y localice a Holden, hablaré con él yo mismo. Por la comida no se preocupe: tenía un almuerzo de trabajo a la una y voy a mantenerlo.

Y diciendo esto se desplomó sobre una silla justo enfrente del escritorio de Morgen. Su corpulencia era tal, que la silla parecía más pequeña. Y Morgen juraría que en todo aquel imponente cuerpo no había ni un gramo de grasa. Atenta como estaba a todo lo relacionado con aquel hombre, no se le escapó el bostezo que reprimió rápidamente, ni la expresión de fatiga que apareció momentáneamente en sus ojos.

Morgen sintió un gran alivio cuando salió de la habitación para ir por el café. No le gustaba el carácter de Conall O'Brien, y se preguntó cómo lo soportaría la gente que trabajaba con él. Se agachó y abrió el armario donde guardaban la vajilla para la gente VIP. Varias botellas vacías de whisky rodaron por la alfombra. Morgen maldijo en voz baja y se apresuró a recogerlas. En ese momento, la puerta se abrió detrás de ella y Morgen se volvió, con la humillante sensación de haber sido sorprendida in fraganti.

—¿No había dicho usted que era poco habitual que su jefe «olvide» las citas, señorita McKenzie? —Conall clavó una mirada fulminante e implacable en Morgen mientras continuaba con un tono de desdén—: Me imagino que si mis venas estuvieran repletas de alcohol yo también me olvidaría de mis obligaciones, ¿no cree?

Los ojos verdes de Morgen se abrieron asustados y se le revolvió el estómago al comprender que el problema del pobre Derek con la

bebida ya no era sólo un secreto entre los dos.

—¿No preferiría esperar fuera? Enseguida recojo esto y le preparo el café.

—Déjelo.

—No hay problema, lo termino en un minuto, y después...

—¡Deje las condenadas botellas, señorita McKenzie, y localice al irresponsable de su jefe cuanto antes!

Con las rodillas temblando y los labios apretados, Morgen se giró, escapando de la acusadora mirada de aquellos gélidos ojos azules, y se dirigió al teléfono que había en la mesa de Derek.

—¡Espere!

—¿Cómo?

—Lo he pensado mejor y me urge más una dosis de cafeína que decirle a su querido señor Holden que sus servicios ya no son requeridos.

A Morgen se le cayó el alma a los pies. Temblando, devolvió el auricular a su sitio.

— ¿No estará hablando en serio?

—¿Cómo dice?

Un destello de sonrisa apareció en aquellos labios perfectamente esculpidos, pero Morgen se acorazó para no caer en la trampa. No iba a dejarse convencer tan fácilmente por una falsa impresión de estar a salvo.

—¿No cree que necesito una dosis de cafeína?

—No me refería a eso. Es sólo que... quiero decir... ¡no puede despedir a Derek! —protestó Morgen—. Es un buen hombre, haría cualquier cosa por los demás. Su mujer lo dejó hace poco y le está costando recuperarse. Pero no tengo ninguna duda de que todo volverá a su cauce si se le da la oportunidad.

—Ha hablado usted como una auténtica y leal secretaria —contestó Conall—. ¿Es ese todo el trabajo que realiza para su jefe?

La insinuación era tan descaradamente obvia, que dejó a Morgen estupefacta. Con manos temblorosas, se subió las solapas de su traje de chaqueta, las unió por encima de su blusa y, con toda la dignidad que le fue posible, miró directamente a los ojos al «señor —don—estupendo»:

—No me afectan lo más mínimo sus burdas insinuaciones, señor O'Brien. Si usted conociera a Derek Holden, sabría que sólo tenía ojos para su mujer, Nicky. Y si usted me conociera a mí, sabría que una de mis reglas de oro es no liarme nunca con nadie del trabajo.

—¿Nunca?

La boca de Conall, abierta ahora en una media sonrisa, dejaba

entrever unos perfectos dientes blancos que hacían contraste con el tono bronceado de su piel. Morgen tuvo que hacer un esfuerzo para no distraerse. Cruzó los brazos por delante del pecho y deliberadamente lo miró sin devolverle la sonrisa. ¿Cómo osaba hacer insinuaciones de tipo sexual cuando estaban en juego su trabajo y el de su jefe? De repente, tuvo la sensación de que pocas personas harían frente a aquel hombre. Pues se había encontrado con una como él. Era cierto que necesitaba aquel trabajo, pero no estaba dispuesta a achantarse sólo porque resultara tan intimidatorio.

—Nunca, señor O'Brien. Y ahora, si no le importa volver a la otra habitación, le llevaré ese café que parece que necesita con tanta urgencia.

Podía palparse la tensión del ambiente. Morgen creyó que la iba a despedir allí mismo. Pero Conall le dirigió una de sus implacables miradas y se volvió repentinamente hacia la puerta.

—Cargado y solo, señorita McKenzie, sin azúcar —espetó—. ¿Puedo usar su despacho para trabajar un rato?

—Adelante.

Cuando Conall se hubo marchado, fue como si le hubieran quitado un enorme peso de encima. La presión había sido tanta, que ahora Morgen se apoyó en la mesa para no caerse al suelo. Cuando pillara a Derek... no tenía claro si le cantarían las cuarenta o si le retorcería el pescuezo.

Conall sacó un montón de papeles de su maletín y se acercó la mano a la sien. Necesitaba dormir un rato, o tendrían que sacarlo de allí en camilla. Su cuerpo estaba acostumbrado a muchas horas de trabajo al día, incluso siete días a la semana, ése no era el problema; había sacado adelante aquella empresa que su padre le dejó a base de quitar horas al sueño. Pero ahora, tras cinco días seguidos de reunión en reunión y dos vuelos de larga distancia consecutivos, primero de California a Nueva York, y de ahí a Londres, su cuerpo clamaba por un poco de sueño.

Bebió un trago de café y levantó la vista del papel que estaba leyendo. Sus pensamientos volaron hacia la mujer que se lo había llevado: Morgen McKenzie. Donde él vivía, la habrían calificado como «ardiente». Tanto su rostro como su figura eran puro fuego. Reconoció que la ineptitud de su jefe y el haberla encontrado dormida sobre su escritorio le habían hecho perder tiempo y energía, pero por lo menos sus hormonas seguían funcionando: habían respondido, y de qué manera, ante aquella preciosa mujer.

En el despacho de Holden, cuando la había sorprendido

arrodillada tratando de ocultar el evidente problema de su jefe con el alcohol, había bastado una mirada de aquellos ojos verdes para hacerle olvidar la razón por la que había ido allí. Luego, el cuello de la blusa se le había abierto ligeramente sin que ella lo advirtiera, lo suficiente para que Conall pudiera atisbar su delicioso escote y el sujetador de encaje blanco. La carga de deseo sexual había sido tan intensa que, por un momento, había perdido el control de sus pensamientos.

Desde luego, no podía evitar sentirse molesto por haberla encontrado dormida. Tenía una reputación de jefe estricto pero justo con sus empleados, incluso sabía ser comprensivo con quien se lo merecía, pero si algo deploraba eran los empleados que no movían ni un dedo. Con un solo vistazo a Morgen podía aventurar que llevaba un ritmo de vida frenético, ¿cómo no iba a estar cansada! Con la presencia que tenía, seguro que no le faltaban admiradores, así que, ¿se iba a quedar deprimida en casa cuando podía salir todas las noches? Seguro que no le importaba que los efectos de la juerga afectaran a su trabajo al día siguiente. Esta idea hizo que le hirviera la sangre. ¿Quién podría reprocharle que la despidiera junto con su jefe?

Dejó escapar un suspiro y se pasó la mano por la barba de varios días. Derek Holden había sido una estrella fulgurante entre los arquitectos de la oficina del Reino Unido. Hasta hace muy poco, Conall sólo había recibido buenos informes acerca de él. Ahora, una de las mayores razones de su visita, aparte de apaciguar a su madre, había sido averiguar qué era lo que iba mal. Ni que decir tiene que no pensaba revelar ninguna de sus intenciones a la provocativa señorita McKenzie.

Dejaría que sufriera un poco pensando que tal vez su jefe o ella podían ser despedidos. Así trabajaría con algo más le interés.

—¿Quiere más café?

Aquella mujer era realmente deslumbrante: un precioso ton sonrosado teñía sus mejillas y su pelo, oscuro y brillante, flotaba suelto. Conall tuvo la sensación de que había hecho algo.

—¿A quién ha telefoneado? —hizo la pregunta pausadamente, mientras aprovechaba para hacer un nuevo inventario e su cara y su figura—, ¿tal vez al desafortunado señor Holden?

La culpa se dibujó en el rostro de la mujer. Conall se preguntó si sus sentimientos serían siempre tan transparentes.

—Si hubiera hablado con Derek, se lo habría dicho —contestó irritada—. Ya que quiere saberlo, he llamado a mi madre para decirle que probablemente llegue tarde a casa.

—¿Vive con su madre?

Ahora sí que había logrado sorprenderlo. Conall estudió sus rasgos con renovado interés, deteniéndose momentáneamente en aquella boca tan sexy de labios llenos. Conall dejó la taza de café en la mesa y se acomodó un poco más en el asiento.

—Está pasando conmigo unos días porque no se sentía muy bien de salud.

Morgen había dudado si contarle la verdad: que su madre estaba viviendo en su casa para cuidar de Neesha, su hija, que había estado muy enferma últimamente. Se le ponía un nudo en el estómago con sólo imaginar a su pequeña sufriendo, pero en los últimos tiempos, con Derek más tiempo fuera de la oficina que dentro de ella, no podía ausentarse del trabajo. Y menos ahora, con el jefe supremo pegado a sus talones y buscando la más mínima razón para echarla. Morgen no quería que creyera, como hacen muchos jefes, que por el hecho de tener una hija iba a ser una informal o a dedicarse menos al trabajo. La verdad era que, precisamente por tener esa responsabilidad, ella era más formal y se dedicaba más a su trabajo.

La invadió un sentimiento de frustración. Aquel hombre la hacía sentir como un interesante objeto contemplado por microscopio. ¡Ojalá se marchara! ¿Por qué se quedaba en aquel despacho, cuando estaría muchísimo mejor en la sala VIP de la planta de arriba? ¿Estaba tratando de recabar datos para echar al pobre Derek?

—De veras que lo siento, pero si cree que voy a ser indulgente con usted porque tiene problemas en casa, me temo que voy a decepcionarla, señorita McKenzie.

¿Iba a despedirla? La rabia se apoderó de ella sólo con pensar en esa posibilidad. ¡No era justo! Desde que empezó a trabajar, nunca se había tomado un día libre, y muchos días se quedaba en la oficina hasta las seis o seis y media. ¡Menuda suerte haberse quedado dormida un solo instante y que en ese preciso momento apareciera él! Morgen recordó que había trabajado incluso algunos sábados, acompañando a Derek a reuniones y tomando notas, pero ¿qué podía saber el señor «Me—creo—muy—im—portante» de todo aquello? No; él, desde el primer vistazo, se había fijado en lo peor de ella. Bueno, jella no iba a darse por vencida sin luchar antes!

—¿Me está amenazando, señor O'Brien?

—La encontré dormida sobre su escritorio, señorita McKenzie. Para mí, eso es objeto de despido.

Morgen contempló la mandíbula cuadrada, las facciones bien marcadas. En ese instante lo hubiera golpeado hasta derribarlo de la

silla.

—¿A usted el concepto de «inocente hasta que se demuestre lo contrario» le dice algo?

Temblaba de tal manera que las palabras le salían con dificultad.

Conall se inclinó hacia adelante y dejó el montón de papeles sobre el escritorio de Morgen. Luego se echó de nuevo hacia atrás y enlazó las manos detrás de la cabeza, divertido.

—¿Qué hay que demostrar? No me cabe la menor duda de que estaba usted dormida cuando entré en la habitación. Desgraciadamente para usted, en la última revisión me aseguraron que mi vista estaba en inmejorables condiciones.

—Existe una buena razón por la que me quedé dormida ¡y sólo fueron cinco minutos!

Conall se quedó embobado: al tomar aire, la blusa de aquella mujer se había tensado tanto que parecía que los botones fueran a saltar en cualquier momento. Quería pedirle que tuviera piedad de él: con un acto tan simple como inspirar, había logrado anular su profesionalidad y hacerlo arder de deseo. Volvió a posar la mirada sobre aquel rostro iluminado por unos brillantes ojos verdes. No tenía ninguna intención de despedirla, pero quería jugar un poco al ratón y al gato.

—Muy bien. Convénzame.

Morgen no podía más con aquella actitud petulante de superioridad. No tenía que demostrar nada. Que pensara lo que le viniera en gana, ya le daba igual. Había más trabajos aparte de aquél; tendría que buscar de nuevo, pasar algún tiempo en prueba, esperar a que la hicieran fija... La idea no la atraía mucho, y le disgustaba dejar a Derek en la estacada, pero...

—He decidido que no quiero seguir hablando.

Y después de alisarse la camisa con manos temblorosas, dio media vuelta y se encaminó hacia el despacho de Derek con la cabeza bien alta.

Atónito ante lo que acababa de pasar, Conall se levantó, se aflojó el nudo de la corbata y fue detrás de ella. La encontró sacando ficheros de un archivo y colocándolos sobre una mesa.

—He dicho que me convenza, señorita McKenzie.

—¡Váyase al infierno! —le espetó Morgen—. Y si esto también es objeto de despido, ahora ya está plenamente justificado, ¿no?

—¿Le importa tan poco perder su trabajo?

Morgen continuó con su actividad sin decir palabra. Conall la observó con preocupación: tal vez la había presionado más de la cuenta. Algo en su interior le decía que podía haberse equivocado al

juzgar a Morgen McKenzie. Si ese fuera el caso, por nada del mundo quería perder a una posible empleada valiosa.

—¡Ya está otra vez sacando conclusiones de cosas que no conoce en absoluto! —le gritó exasperada. Había parado de sacar ficheros y lo contemplaba con las manos apoyadas en las caderas —. Mi trabajo es muy importante para mí, señor O'Brien, y si se tomara la molestia de preguntar a mis compañeros, seguramente le dirían que lo desempeño bien: por lo menos hasta el momento no he tenido ninguna queja. Desgraciadamente, ahora Derek no está aquí para corroborar esa información, pero puede preguntárselo cuando lo vea.

—¿De veras cree que la buena opinión que él tenga de usted tiene algún valor? —preguntó, enarcando las cejas. Estaba muy interesado en oír la respuesta.

—Si se refiere al asunto de las botellas... —farfulló, mientras cerraba el archivo y se volvía hacia Conall, con las mejillas sonrosadas—. El hecho de que tenga un problema con la bebida no resta valor a su opinión. Como usted bien sabe, señor O'Brien, Derek ha ganado premios para esta empresa. Es un arquitecto de gran talento y muy prometedor, pero ahora mismo necesita apoyo y comprensión. Está atravesando una mala racha; no se merece perder su trabajo por eso.

—¿Y qué me dice de lo que la empresa merece? —preguntó—. Tenemos una reputación que mantener, nuestros clientes esperan un servicio de primera clase. Si ese nivel de calidad empieza a resentirse por individuos como Derek Holden, que no pueden mantener su vida personal apartada del trabajo, lo siento mucho por ellos: esto es una empresa, no una organización de caridad. Hay una legión de arquitectos con talento ahí fuera y, si no reacciona pronto, alguno ocupará su lugar.

En la mente de Morgen se agolparon infinidad de pensamientos, pero uno sobresalía por encima de los demás: aquel hombre era despiadado e implacable. A Conall O'Brien lo único que le preocupaba de Derek era que no estaba haciendo ganar dinero a la empresa. La idea de dejarlo plantado en señal de protesta comenzaba a ser muy tentadora...

Conall se percató del conflicto que reflejaban aquellos enormes ojos verdes:

—Entonces, señorita McKenzie... ¿se va o se queda?

—No pienso dejar tirado a Derek —respondió con firmeza, apartando su mirada del hombre.

Conall vio claro que ella se sentía comprometida con Derek,

pero no con la empresa ni con él. Quería admirar su lealtad, aunque a su juicio fuera equivocada: ¿acaso su jefe no la había dejado tirada a ella mientras él se quedaba en casa llorando las penas? Por más que intentó evitarlo, le irritaba profundamente que insistiera en proteger a un hombre que claramente no se lo merecía.

—Bien. Ahora que ha quedado claro que no quiere perder su empleo, ¿nos ponemos a trabajar?

Conall podía ver la ira en el rostro de Morgen. Decidió salir de la situación de la manera que mejor se le daba: con un gesto, señaló los ficheros que estaban sobre la mesa.

—¿Son proyectos en curso? —preguntó. Tras el gesto de asentimiento de ella, se deslizó tras el escritorio y se sentó en la silla de cuero negro que habitualmente ocupaba Derek—. Tráigame más café, voy a echar un vistazo a esto.

Morgen deseó soltarle «no soy su criada», pero se tragó el orgullo y se obligó a salir por el café. Conforme su mano temblorosa lo servía en la taza, se preguntó cuánto tiempo más podrían mantener su empleo su jefe y ella. Para una vez que aparecía, aquel jefe supremo dictador se había hecho notar, y desde luego no para bien.

Capítulo 2

EL sonido repentino del teléfono la sobresaltó. Alzó el auricular con aire de culpabilidad, con la sensación de que Conall controlaba sus movimientos. Echó un vistazo hacia la puerta del despacho de Derek y, al comprobar que estaba cerrada, sintió un gran alivio.

Morgen McKenzie, ¿dígame? Soy Derek.

¡Dios santo! ¿Se puede saber dónde estás? —le espetó, pegando la boca al auricular y cubriéndola con la mano para que Conall no la oyera. Miró de nuevo hacia la puerta, para asegurarse de que seguía cerrada, listo y en casa, ¿dónde diantres iba a estar? Derek estaba irritable y con resaca y, aunque esto no era nuevo para Morgen, esa vez se le hizo un nudo en el estómago.

¿Recuerdas con quién tenías una reunión esta mañana?

—No estoy para jueguecitos, Morgen. Quienquiera que sea estoy seguro de que esperará. Además, tú siempre encuentras la excusa perfecta para justificar mis ausencias, eso es lo que te hace una secretaria tan valiosa.

—¿Y se supone que eso es una cualidad, mentir? —¿Qué?

Al otro lado del auricular, Morgen oyó el tintineo de un vaso y algo pesado caer al suelo. Su instinto y la experiencia le dijeron que Derek había estado bebiendo toda la mañana. Si Conall se enteraba, sería el trampolín para echarlos tanto a Derek como a ella.

—Tu reunión era con Conall O'Brien, ¿te suena de algo ese nombre?

—¡Maldita sea!

—Eso he pensado yo, pero así no vamos a ningún lado. Todavía está aquí, y quiere verte. Y tiene toda la pinta de que va a esperar hasta que aparezcas.

Morgen recordó que Conall tenía cita para comer a la una. Echó una ojeada a su reloj y descubrió con alivio que eran las doce y media pasadas. Menos mal que aquel hombre se marcharía pronto; la pregunta ahora era: ¿cuándo volvería?

—¡Ayúdame, Morgen! No estoy en disposición de poder tratar con ese hombre, ni siquiera creo que pueda ir hoy por allí: dile que estoy enfermo o algo así.

De haberlo tenido delante, Morgen lo hubiera fulminado con la mirada.

—Ya lo he intentado, Derek, pero, sinceramente, me parece que no me creyó.

Aqué! no era el momento de confesarle que Conall había entrado en su despacho justo cuando las botellas vacías de whisky rodaban por el suelo. En su actual estado, si se enteraba de que había sido descubierto, y nada menos que por el jefe supremo, podía hacer cualquier cosa.

—Tendrás que hacer un esfuerzo y aparecer por aquí. Hazte un café y date una ducha; yo pediré un taxi e iré a recogerte.

—No puedo hacerlo, me siento morir. Me estás pidiendo un imposible —gimió Derek.

¡Maldita Nicky Holden por dejarlo plantado! Pero, ¿qué sentido tenía seguir culpando a su esposa? La reacción de Derek era el problema: ¿quién iba a pensar que un hombre tan inteligente y exitoso, que era capaz de diseñar proyectos millonarios, iba a derrumbarse ante el fracaso de su matrimonio? Morgen podía entenderlo. Ella había pasado por algo parecido cuando Simón la dejó, con el añadido de que entonces estaba embarazada de cinco meses. Pero ella no había tenido la opción de venirse abajo: no con un bebe que sacar adelante y una madre viuda que buscaba su apoyo constantemente.

Morgen suspiró, se pasó la mano por el cabello y se quitó la peineta que lo mantenía recogido. Sedosos mechones de pelo negro cayeron rodeándole la cara.

Sólo se me ocurre una cosa: iré a buscarte y te ayudare— a prepararte. Estaré contigo tan pronto como encuentre un taxi. Por Dios santo, Derek, no te muevas de ahí y, por favor, no bebas más. Hazte un favor y come algo, prepárate un té... ¿de acuerdo?

Por toda respuesta, oyó cómo al otro lado colgaban el teléfono.

Morgen estaba descolgando su abrigo del perchero cuando se abrió la puerta y entró Conall dando grandes zancadas. Su repentina aparición hizo temblar a Morgen, que se maldijo por asustarse tan fácilmente de aquel hombre. Ahora estaba frente a ella con los brazos cruzados por delante de aquel pecho anchísimo y la contemplaba como un gato que fuera a atrapar a un ratón. ¿Es que no tenía derecho a que algo le saliera bien ese día?

— ¿Ya se va a almorzar, señorita McKenzie?

—He quedado. Sólo será una hora, como mucho. Iba... iba a decírselo ahora.

—¿De veras?

¿Aquel hombre era siempre tan desconfiado? Después de reunir todas sus fuerzas, Morgen hizo frente a su mirada, cosa difícil con aquellos fulminantes ojos azules.

—Sé que no me cree, pero tengo que estar en un sitio dentro de

unos momentos. Le prometo que no tardaré y, si necesita que luego me quede hasta tarde, estaré encantada de hacerlo.

Decir aquello le dolió en el alma: sabía que Neesha estaría deseando verla; su hijita quería mucho a la abuela, pero era a ella a quien llamaba cuando se sentía mal. Pero iba a hacer todo lo que pudiera para conservar su trabajo. Tan sólo rezaba por que Neesha estuviera mejor cuando llegara a casa.

—¿Iba a buscar a su jefe, por casualidad?

Al observar el estupor en aquellos ojos verdes, Conall supo que había dado en el clavo. Por lo general admiraba la lealtad pero, ¿qué era aquello de mentir para sacar a su jefe del atolladero? No sabía con quien estar más furioso, si con Morgen por pensar que podía engañarlo, o con Derek, que había ido dejándose caer con tanta ignominia.

Preocupada pensando lo que iba a contestar, Morgen se peinó hacia atrás el pelo con la mano. La mirada experimentada de Conall pudo apreciar lo sedoso y brillante que era.

—Va a venir a trabajar dentro de un rato, sólo tiene que prepararse y llegar hasta aquí.

—Y usted le va a ayudar, ¿no es así? ¿Qué va a hacer, llevarle de la mano hasta la ducha?

La idea de aquella preciosa mujer cerca de una ducha disparó la libido de Conall.

No era la primera vez que Morgen iba a buscar a Derek a casa en «misión de rescate». Estaba casi tan familiarizada con aquel lujoso apartamento en la ribera del Támesis como con su casita adosada de Lambeth. Era una pena que el interior de la antes acogedora casa de Derek ahora estuviera tan descuidado; hasta su empleada de hogar se había marchado, harta de recoger botellas vacías de alcohol cada vez que se daba la vuelta.

—Como ya le he dicho, necesita un poco de apoyo para superar esta difícil etapa. No podemos abandonarlo.

—¿Podemos? —preguntó Conall, enarcando las cejas.— La empresa... yo... ¿No desea usted que Derek se recupere?

¿Era consciente Derek Holden, en su estado de alcoholismo avanzado, de que aquella preciosa secretaria lo defendía a capa y espada en su ausencia?, —se preguntó Conall. Probablemente, y trataba de sacarle el mayor partido.

No hace falta que llame a un taxi, tengo el coche en la puerta. Voy a ir con usted, a ver si logro inculcar algo de sentido común a su jefe. Usted delante.

—¿Y qué ocurre con su cita de la una?

—La he pospuesto. Bien, veamos qué nos encontramos...

El rostro de Derek, ya de por sí pálido, se tornó blanco como la leche cuando vio al invitado que Morgen había llevado consigo. Se echó hacia atrás dando un traspié, y se pasó la mano por la despeinada cabeza tratando de recomponer su figura, pero sintiéndose un miserable.

Olía a cerrado, como si nadie hubiera abierto las ventanas en mucho tiempo. Morgen contempló a su jefe y deseó tener una varita mágica para poder resolver allí mismo todos sus males; quiso devolverlo a la época en que era un hombre independiente y dueño de su vida, que se había hecho un nombre en un negocio sumamente competitivo, y se había ganado el respeto de todo el mundo.

—Hola, Derek, ¿qué te parece si hago café para todos? ¿Has comido algo?

Interpretando el murmullo incoherente como una contestación, y reticente a dejar a su jefe solo con Conall, Morgen se deslizó hacia la cocina. Estaba repleta de cacharros sucios desperdigados por todas partes. Morgen dudaba incluso de que hubiera una taza o un vaso limpios, por no hablar de encontrar una cafetera, y no podía hacer café sin ella.

Morgen se dispuso a fregar los cacharros para poner un poco de orden, pero se encontró prestando excesiva atención a las airadas voces que llegaban de lejos, así que abrió a tope el grifo del agua caliente y trató de concentrarse en lo que estaba haciendo. Era imposible pedir que Conall tuviera algo de tacto con Derek. Por otra parte, el tratarlo con tacto tampoco les iba a llevar a ninguna parte: cuando, tiempo atrás, ella intentó un acercamiento suave, Derek se rió en su cara y le dijo que tenía el tema de la bebida bajo control y que no se preocupara.

Cinco minutos después, Morgen sintió a alguien detrás de ella. Al volverse, vio a Conall en la puerta sin chaqueta ni corbata. Era un hombre grande, fuerte y bien plantado. Con el pelo ligeramente revuelto y una barba de varios días en aquella mandíbula recta y varonil, había algo en él terriblemente cautivador, reconoció Morgen, a pesar de que se había prometido no dejarse influir por su belleza.

—Derek va camino de la ducha. ¿Puede tener el café preparado para cuando salga?

Mientras hablaba, recorrió la cocina con mirada experta. No daba crédito a lo que veía.

—Si puede pagarse un sitio como éste, ¿cómo es que no tiene

una empleada de hogar?

—La tuvo —se apresuró a contestar Morgen, y sin darse cuenta se llevó la mano a la mejilla y se dejó un poco de espuma en la piel—. Y se marchó.

—¿Por qué no me sorprende?

En vez de darse la vuelta e ir a ver qué tal se apañaba Derek, Conall se encontró caminando hacia Morgen. Sin decir una palabra, se agachó y retiró cuidadosamente la espuma de su mejilla. Tan cerca como estaba, pudo apreciar unos incitantes destellos en sus ojos y las pestañas largas y espesas sin necesidad de maquillaje. Su aroma, cálido y sensual, lo envolvió unos instantes. Su cuerpo respondió rápidamente: los músculos de su abdomen se tensaron y una ola de calor le invadió la ingle.

Tenía usted jabón en la cara.

Gracias.

Morgen se giró, visiblemente nerviosa. Sonriendo para sí, Conall se encaminó hacia la puerta. Le gustaba ponerla nerviosa; de hecho, le gustaba mucho.

—¿Se siente mejor?

Observando la palidez y las ojeras del hombre que tenía, delante, Conall decidió que no tenía sentido llevarlo hasta la oficina para tener la reunión. Durante el tiempo que había pasado aquella mañana en su despacho, se había documentado sobre los detalles del gran proyecto de la zona del puerto en el que estaba trabajando Derek, había hablado con el administrador del terreno, y había organizado una reunión con los contratistas y el cliente para las cuatro de la tarde. Daría a Derek el día libre para recomponerse, y se verían a la mañana siguiente.

Aquel hombre debía acceder a recibir ayuda profesional. Llevaban ya gastadas cantidades ingentes de dinero en aquel proyecto, y Conall no estaba dispuesto a que su cliente perdiera ni un céntimo más. Además, tenían una reputación que mantener a nivel internacional.

—Un poco más de café me haría bien —contestó Derek débilmente, alargando la taza.

Morgen se la llevó a la cocina y, mientras la llenaba casi hasta el borde con café solo bien cargado, los ruidos de su estómago le recordaron que no había comido nada desde la cena de la noche anterior. De hecho, sentía la cabeza como si le fuera a estallar. Demasiado café, pocas horas de sueño y nada de comida no eran la mejor de las combinaciones para una vida sana, pensó irónicamente, y se preguntó cuándo tendría tiempo para comerse el

sándwich de atún que su madre le había preparado por la mañana.

Pobre Derek. El adjetivo «espantoso» no describía ni de lejos el mal aspecto que tenía. Claramente no iba a poder hacer nada aquel día en la oficina, ¿Conall no se daba cuenta?

Apoyada en la jamba de la puerta observando cómo Derek se bebía el café, Morgen trataba de controlar los nervios, que se le disparaban cada vez que su mirada conectaba con la de Conall O'Brien. Sin duda alguna, era un hombre que imponía pero, sorprendentemente, había sido mucho más indulgente con Derek de lo que ella esperaba; casi juraría que había compasión en sus ojos mientras escuchaba a Derek tartamudear explicando cómo había llegado a aquel estado... pero tal vez sólo se lo había imaginado. «Conall» y «compasión» eran dos palabras completamente opuestas.

Por fin, tras un rápido vistazo a su reloj, tomó su chaqueta y se dirigió a Morgen:

—Será mejor que volvamos. Creo que Derek estará mejor si hoy se recupera de los excesos y mañana ya vuelve a la oficina. He organizado una reunión a las cuatro con los contratistas de la zona del puerto; no conozco bien el proyecto, así que, si viene usted conmigo, puede ayudarme aportándome la información que necesite, ¿le parece bien, señorita McKenzie?

Morgen estaba acostumbrada a acompañar a Derek a reuniones en las obras, pero esta vez el asunto era comprometido: aquél era uno de los clientes más importantes; el comportamiento de Derek, con sus ausencias del trabajo y su dejadez para devolver las llamadas, había hecho que el cliente estuviera muy descontento con la empresa, y por consiguiente, Morgen, como secretaria suya, se había llevado todas las reprimendas. Llevaba varios días soportando quejas airadas por teléfono, y estaba segura de que el socio principal de O'Brien and Stoughton Associates vería rápidamente que el proyecto estaba mucho menos avanzado de lo que cabría esperar.

La idea de pasar un rato abrazada a su adorada Neesha y contarle un cuento antes de dormir se alejó aún más de lo que había pensado por la mañana. Algo le decía a Morgen que aquella reunión se prolongaría hasta bien entrada la noche.

—Por mí no hay problema, señor O'Brien.

—No beba más, Holden, y acuéstese temprano. Si quiere conservar su empleo, esté en la oficina mañana a las nueve y hablaremos.

Poniéndose en pie con paso vacilante, Derek lanzó una mirada de pánico a Morgen y los siguió hasta el recibidor. Parecía un niño

que se había perdido y que esperaba que ella lo salvara, pensó Morgen, y rápidamente apartó aquel sentimiento que le era tan familiar y tan molesto; pero a Conall no se le escapó la cálida sonrisa de consuelo que ella dirigió brevemente al hombre.

Trató de imaginar cómo sería recibir una sonrisa tan maravillosa como aquélla: condenadamente bueno, concluyó, mientras ella pasaba delante de él dejando tras de sí el cautivador aroma de su perfume. Camino del coche, la mirada de Conall se quedó atrapada por aquellas pantorrillas tan sexys, con sus medias claras y sus zapatos planos, y supo que estaba ante un caso de «deseo a primera vista». Tendría que hacer algo al respecto.

—Voy a pasar por casa de mi hermana para darme una ducha y arreglarme un poco, ¿podrá usted defender el fuerte hasta que vuelva?

Morgen le dirigió una mirada llena de irritación. ¿Qué se creía que había estado haciendo los últimos seis meses mientras Derek caía en su depresión?

—Seguro que me las arreglaré.

Desviando rápidamente la mirada de aquellos ojos escrutadores, deseó no ser tan plenamente consciente de cada detalle del lujoso coche, de las evidentes connotaciones de riqueza y poder.

—¿Por qué lo dejó su mujer?

La pregunta de Conall tomó a Morgen por sorpresa. Había apoyado la mano en la puerta y ahora la movió a su regazo. Se colocó el pelo detrás de la oreja:

—Derek dice que no pudo soportar su éxito. Ella trataba de forjarse una carrera como cantante y se quejaba de que él no la apoyaba lo suficiente. Venían de orígenes muy diferentes, y supongo que en el fondo querían cosas distintas. Llegó un punto en que las diferencias fueron demasiado grandes, por lo menos para Nicky.

Encogiéndose de hombros, dirigió la vista hacia sus manos, ahora sin anillo, tratando de deshacerse de la sensación de fracaso que la había asaltado inesperadamente. No quería acordarse de Simón, su ex marido, pero las dos últimas frases que acababa de decir describían perfectamente su propia y desastrosa unión, por corta que hubiera sido: él había estudiado en Eton, uno de los mejores colegios del país, y después entró en la facultad de Medicina. Cuando Morgen lo conoció, acababan de ascenderlo a un puesto de jefe en el Guy's Hospital, y su encanto y la confianza que tenía en sí mismo conquistaron a Morgen.

Simón era de familia rica, y su padre, un eminente cirujano

cardíaco, ostentaba el título de sir. Desde el principio, Morgen fue consciente de que no era lo suficientemente buena para su querido Simón. La educación que había recibido no era precisamente la más exquisita: fue a un colegio público en el sur de Londres, y estudió para secretaria en una escuela de formación profesional; Su padre era albañil, y su madre, secretaria en un colegio. Era obvio que su familia no frecuentaba los mismos círculos que los Vaughan—Smith.

—Esas cosas pasan —reflexionó Conall. No podía apartar los ojos de Morgen, intrigado por lo que estaría pensando—. Tendrá que recuperarse pronto, sobre todo Ni «inicio conservar su empleo... —Por Dios, Derek no está sabotando su futuro deliberadamente—

Tras la gélida mirada que le dirigió Morgen, Conall supo que le tenía por alguien a quien no le importaban las personas que trabajaban para él a menos que hiciesen ganar dinero a la empresa. En realidad, se preocupaba profundamente por sacar lo mejor de cada uno y, a menudo obtenía respuesta, se apresuraba a compartir los resultados del éxito conseguido. Eso no quería decir que, cuando el momento lo requiriera, no fuera duro, incluso Implacable.

Por lo que sabía, Derek Holden ya se había regodeado suficiente en su lástima de sí mismo. Si no se hacía algo al respecto pronto, no sólo sería el trabajo lo que se le iría a pique, sino también su vida.

—Soy muy consciente de que este hombre necesita ayuda profesional. Mientras se recupera, me haré cargo de sus cosas. Usted trabajará directamente para mí, señorita McKenzie, ¿cree que podrá con ello?

No pudo evitar pincharla, aunque sólo fuera por ver su reacción. Su atractiva cara reflejó al momento su insatisfacción. Mostraba sus emociones casi al desnudo, y Conall se dio cuenta de que tenía dificultades para mantener controlada su expresión, tal como la profesionalidad requería. Inexplicablemente, Conall sintió ternura hacia aquella mujer, de una forma como no había sentido desde hacía mucho tiempo. Y la perspectiva de trabajar «mano a mano» en la oficina con ella mientras Derek se tomaba aquel necesario descanso le pareció mucho más atractiva de lo que probablemente debería. Tan pronto como estuviera en casa de su hermana en Highgate, Conall telefonearía a la oficina de Nueva York para avisarles de que iba a prolongar su estancia en el Reino Unido indefinidamente.

—Puedo con cualquier cosa que se le ocurra pedirme, señor O'Brien —le desafió—. ¿Por qué no espera a verme trabajar? Parte de mi aprendizaje como secretaria fue cómo tratar con personas

difíciles, ¡de hecho, me especialicé en ello! —dijo con vehemencia—. Nos veremos en la oficina.

Y diciendo esto, salió del coche y se fue dando un portazo.

Conall apoyó la cabeza en el reposacabezas beige y se dijo que la hostilidad de Morgen era un buen desafío: así sería más dulce cuando finalmente se diera cuenta de que merecía la pena ser agradable con él. Orgulloso de su conocimiento de las mujeres, y sabiendo por experiencia propia que la riqueza y el estatus eran poderosos afrodisíacos, Conall no tenía dudas de que tarde o temprano sucedería...

Capítulo 3

Por la tarde, a las tres y media, Morgen se acercó al lavabo para refrescarse un poco. Cuando vio la imagen que le devolvía el espejo, frunció el ceño, al contemplar las ojeras que delataban lo cansada que se sentía. Lo único bueno del día, tras la tensión vivida por la mañana, era que su madre le había dicho que Neesha se encontraba casi bien del todo.

Pensando en eso, sintió un ligero alivio: su hija podría volver al día siguiente al colegio y su madre a su casa. Las relaciones con su madre eran bastante tirantes normalmente, pero esa tirantez se acentuaba cuando Neesha enfermaba y Morgen le pedía que la cuidara. Lorna McKenzie no aprobaba que las mujeres trabajaran a jornada completa cuando sus hijos eran aún pequeños. Y en realidad, Morgen habría compartido la misma opinión si Simón no la hubiera dejado antes de cumplir un año de casados, lo que disminuyó drásticamente sus opciones.

Simón apenas le prestó atención cuando le reveló que se había quedado embarazada, pero cambió radicalmente conforme el embarazo fue avanzando. Trataba todos los días con gente enferma, pero no podía soportar las náuseas matutinas. Aquello, unido a la falta de interés de ella por relacionarse con los amigos de Simón y por quedar con sus suegros, fueron suficientes argumentos para terminar con el matrimonio. Además, nunca le había gustado la idea de «sentirse atado», le explicó a Morgen al marcharse: su carrera era lo primero, y no estaba muy seguro de querer ser padre. Las apoyaría económicamente a la niña y a ella, pero sólo hasta que Morgen volviera a trabajar a jornada completa: a partir de entonces, Simón sólo mantendría a la niña.

«La niña». Raramente llamaba a su hija por su nombre. De todas formas, pasaba semanas sin verla. Actualmente, estaba a punto de obtener la especialidad; trabajaba muchas horas, y el tiempo libre lo dedicaba a hacer deporte y a salir con sus «bien relacionados» amigos. Y en cuanto a sus suegros, Elizabeth y Terence Vaughan—Smith, no quisieron saber nada de su nieta; ¿por qué iban a aceptar a una hija de una unión que no aceptaban?

Morgen se miró fijamente a los ojos y trató de rechazar el arrollador deseo de llorar que la invadió:

—¡Ni se te ocurra, Morgen McKenzie! —se dijo ásperamente entre dientes mientras devolvía la barra de labios a su bolsa de

maquillaje—. No te hundiste cuando aquel bastardo se marchó, ¡y no vas a derrumbarte ahora!

El cansancio la hacía estar más sensible, eso era todo. Pero igualmente le dolía el corazón por Neesha, a la que su padre y su familia habían rechazado.

En fin, así era la vida. Ella no era la única que tenía malas rachas. Se acordó de Derek: ¿qué sería de él si no lograba dejar su adicción? Morgen miró el reloj y, al darse cuenta de la hora, recogió la bolsa de maquillaje del lavabo.

¡Por todos los santos! No tenía ninguna intención de llegar tarde, y menos cuando tenían una reunión a las cuatro en la zona del puerto. Aquel hombre pensaba que era perezosa e incompetente, ¿por qué hacerse la vida más difícil refrendando esa opinión?

Morgen se apresuró por el pasillo enmoquetado hacia su despacho, rezando por llegar antes que Conall. Era cierto que no buscaba su aprobación, pero tampoco quería exponerse a su desaprobación. Si él empezaba a meterse con ella, con lo malhumorada que estaba, probablemente le respondería que se metiera el trabajo por donde quisiera; y entonces, ¿qué harían Neesha y ella?

Pero la suerte, por lo que se veía, no estaba de su parte: Conall estaba junto al ventanal, contemplando el tráfico de Londres. Se giró al oírla entrar, lo que hizo que el corazón de Morgen se acelerara aún más. Se había duchado y aseado y llevaba otro impecable traje a medida gris oscuro, combinado con una inmaculada camisa blanca y una corbata burdeos: todo revelaba que era un hombre que hablaba en serio. Iba bien afeitado, estaba bronceado y rezumaba atractivo. Al devolverle la mirada, Morgen tuvo la sensación de que todo a su alrededor se movía, lo que la hizo sentirse molesta y ponerse a la defensiva.

—No le habré hecho esperar, ¿verdad? Tan sólo me he escapado un momento al baño. ¿Está listo para salir?

—Parece cansada, señorita McKenzie. ¿Está segura de que puede con esto?

¡Así que ahora no sólo cuestionaba su habilidad para hacer su trabajo, sino también su aspecto! Atravesando la habitación e ignorándolo deliberadamente, Morgen reunió los papeles y los planos de encima de su escritorio, los introdujo en un gran sobre, se lo colocó bajo el brazo y se dirigió a la puerta:

—¿Nos vamos, señor O'Brien?, son casi las cuatro menos veinte.

Conall observó que Morgen se había recogido el pelo, como si con ese gesto intentara recuperar el control. La idea le intrigaba; se

preguntó si habría algún área de su vida donde dejara a un lado la necesidad de mantener el control: ¿tal vez en la cama con un amante?

Aunque Conall prefería que llevase su precioso pelo suelto, de cualquier manera que lo llevara llamaría la atención, pensó, porque Morgen McKenzie era una mujer que no pasaba inadvertida. Su traje ajustado acentuaba una figura que tendía más a lo voluptuoso que a la delgadez tan de moda, pero como también era alta, alrededor del metro ochenta, según sus cálculos, podría llevar una bolsa de basura y aun así resultaría atractiva. Pero a Conall no le había pasado desapercibido el tono violeta debajo de sus encantadores ojos, y ahora estaba seguro de que ella quería matarlo por haberse dado cuenta. ¿Habría acertado en la primera impresión que tuvo de ella?, ¿realmente era una chica alocada tratando de exprimir la vida cada noche después del trabajo? Y, lo que más le interesaba, ¿había un hombre en su vida?

—Así me gusta, que haya entusiasmo por el trabajo. Todo indica que va a ser una tarde muy larga —advirtió—. Ya he hablado con el cliente. ¿Ha tratado usted con Stephen Ritchie alguna vez?

—Sólo por teléfono.

A Morgen se le tensaron los hombros al recordar las airadas llamadas de teléfono de la semana pasada, por no hablar de las amenazas de demandar a la empresa. Desde luego, el señor Ritchie no era una de esas personas que estuviera impaciente por conocer.

—Bien. No exagero si digo que quiere nuestra sangre, o por lo menos la de Derek. Vamos a tener que hacer malabares para salvar la situación. ¿Cree que podremos lograrlo, señorita McKenzie?

Se detuvo en la puerta, llenando el espacio junto a Morgen con su impresionante físico. La expresión de aquella cara se hizo más intensa y Morgen notó que se le erizaba el vello. La fragancia de su perfume, junto a la más sutil y desde luego más seductora esencia del propio hombre, entraba y salía por su nariz haciéndole difícil pensar con claridad. Incapaz de esquivar aquellos ojos que la hacían estremecerse, Morgen tomó aire: aquella seductora mirada azul se había convertido en un peligroso océano, y ella estaba en peligro mortal de perderse en sus aguas.

—Desearía que dejara de emplear mi nombre con ánimo de amenazarme, señor O'Brien. No me gusta que me intimiden.

—¿Cree que es eso lo que estoy haciendo?, ¿intimidarla?

Frunciendo el ceño, estudió a Morgen con verdadera sorpresa.

Morgen no daba con las palabras para contestarle, ni siquiera un simple «sí» o «no». Sus sentidos estaban abrumados por la cercanía.

—¿Preferirías que te llamara Morgen? —preguntó pausadamente con voz ronca.

Desconcertada por su inesperada preocupación, comenzó a andar delante de él hacia el pasillo para ocultar su confusión:

—Es mi nombre de pila.

—Pues te llamaré Morgen —concluyó Conall.

Alcanzándola con facilidad, pensó en lo bien que le sentaba el nombre. Le vino a la mente Morgan Le Fay, la legendaria hechicera de la leyenda del rey Arturo; ciertamente había algo cautivador en aquella mujer.

—¿Llevas todo lo que necesitamos, Morgen? —preguntó, señalando el gran sobre colocado bajo su brazo.

Los ojos verdes apenas lo miraron:

—Llevo todo lo que usted necesita, señor O'Brien.

Cielo santo, no podía con aquello...

—Llámame Conall —la animó, haciendo salir las palabras de su garganta repentinamente seca.

Llovía cuando llegaron al lugar donde se estaban construyendo los bloques de apartamentos de lujo. La lluvia había convertido la arena en un río de lodo, y mientras Morgen se ponía el casco obligatorio que le habían entregado, deseó haber tenido la previsión de llevar unas botas de goma. Derek las guardaba normalmente en el coche, y ella debería haber hecho lo mismo. En cuanto a Conall, no parecía darse cuenta de que sus exquisitos zapatos italianos hechos a mano se hundían en aquel lodazal de barro y arena.

Tras estrechar la mano del fornido capataz y presentarse a sí mismo y a Morgen, siguió al hombre hasta una oficina cercana desde la que se controlaba el progreso de las obras. Dentro había tres hombres, uno de ellos con traje, sentados alrededor de una mesa rectangular. El olor a café recién hecho y a humo de cigarrillo envolvió los sentidos de Morgen nada más entrar. Los hombres la miraban con cautela. Desgraciadamente, pensó irritada, algunos hombres aún tenían opiniones desfasadas sobre el hecho de que hubiera mujeres en las obras. Pues ya era hora de que cambiaran sus ideas, concluyó.

—La señorita McKenzie es mi secretaria, ha venido a tomar notas —explicó Conall, mientras acercaba una silla para que Morgen se sentara—. Desgraciadamente, Derek Holden está de baja por enfermedad, así que me haré cargo del proyecto hasta que vuelva.

Los planos se extendieron sobre la mesa y uno de los hombres se levantó para servir café. Desde el primer momento, fue evidente

quién estaba al mando y por qué. La pericia de Conall O'Brien para calmar los ánimos y volver las cosas a su cauce fue una clase magistral de habilidad, diplomacia y trato humano. Morgen vio y escuchó cómo la inicial hostilidad de Stephen Ritchie se fundía como nieve bajo una lámpara solar.

Aunque al principio se había dejado aletargar por el cansancio, ahora Morgen alargó la espalda, se sentó mejor y escuchó embelesada hasta que aquel hombre finalmente tuvo al cliente y a los contratistas estrechándose las manos e invitándole a una copa cuando quisiera.

De vuelta en el coche, a las siete menos diez de la tarde, Morgen se pasó una temblorosa mano por el pelo y suspiró como si acabaran de soltarla de prisión. Completado el trabajo del día, estaba más que ansiosa por volver junto a su pequeña, tomar un baño caliente y degustar una buena copa. Mirando de reojo al hombre que tenía al lado, en el asiento del conductor, se sintió abrumada: Conall O'Brien no mostraba signos de fatiga ni de jet-lag. En vez de eso, sonreía mientras sus manos descansaban en el volante, como si todo en su mundo estuviera en su sitio.

—Creo que ha ido bien, ¿tú qué opinas?

¡Les había hecho comer de su mano! El hecho de que preguntara su opinión, cuando era obvio que las cosas habían ido mejor que bien, desconcertó a Morgen por un momento.

—Creo que ha sido un ejemplo de resolución de conflictos. Recuérdeme que lo lleve conmigo cuando tenga que renegociar el seguro de mi coche.

—La mayoría de la gente vive guiada por el miedo, Morgen. Hasta que te das cuenta de que así no llegas a ninguna parte. Tienes que dejar a un lado tu propio ego para poder calmar el suyo, y si eres capaz de hacerlo, tienes la victoria asegurada, puedes conseguir prácticamente todo lo que quieras.

Morgen no contestó. La idea de que él estaba dispuesto a dejar a un lado su propio ego por calmar los temores de otra persona era suficiente material para reflexionar por aquel día.

—No pretendo meterle prisa, señor O'Brien, pero...

—Llámame Conall —le pidió.

Había un toque travieso en su mirada que hizo desvanecerse durante unos instantes todo pensamiento coherente de la cabeza de Morgen.

—De acuerdo. No quiero meterte prisa, pero me encantaría poder irme a casa si ya hemos terminado por hoy. Si me llevas hasta la oficina, recogeré mi coche y me iré.

—¿Vas a salir esta noche? —le preguntó mientras apartaba el enorme coche del bordillo.

—No —respondió Morgen, y suspiró largamente—, definitivamente no. Ahora mismo, todo lo que deseo es acurrucarme en el sofá junto a mi persona favorita y relajarme frente a la televisión.

¿Su persona favorita? Los celos le quemaron la garganta como cuchillos calentados a fuego. ¿Así que había un hombre en su vida? Había sido estúpido al esperar que no lo hubiera.

Aquello le sucedía porque hacía tiempo que no salía con nadie, se dijo taciturnamente mientras conducía entre el enloquecedor tráfico de Londres. Todo hombre tenía necesidades, y la señorita McKenzie era un provocativo recuerdo de que las suyas no estaban cubiertas. Había algo singular en ella que lo atraía profundamente, algo en esa fachada distante que repentinamente revelaba sus ansiedades con tanta candidez como si fuera una niña, y que hacía que Conall deseara conocerla mejor. De acuerdo, también se moría de ganas de llevársela a la cama. Era mala suerte que estuviera con alguien.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Morgen.

—¿Cómo dices?

—¿Tienes planes para esta noche? —insistió.

Echando una mirada furtiva a su lado, Conall vio que Morgen esperaba que él respondiera.

Claro que tenía planes: se calentaría en el microondas uno de los platos caseros de su hermana, se serviría un gran vaso de vino y se enteraría de todo lo que había ocurrido en la oficina de Nueva York durante su ausencia.

Por desgracia, él no tenía una persona favorita junto a la que acurrucarse en el sofá y ver la televisión. Era una pena que Teresa hubiera tenido que salir en viaje de negocios por tiempo indefinido justo antes de que él llegara a Londres. Le había dejado las llaves a un vecino para que se las diera a él, pero ahora echaba de menos algo de compañía. Podía telefonear a su madre y hablar un rato, pero no le apetecía volver a escuchar el discurso de que ya era hora de que se instalara en el Reino Unido definitivamente.

—Probablemente trabajaré un rato —comentó.

Y diciendo esto, se encogió de hombros, y encendió la radio. Una hermosa voz anunciaba las noticias de las siete en la BBC, y Conall reconoció que estaba ridículamente contento de estar en casa de nuevo, incluso aunque se alojara en casa de su hermana y no en una de su propiedad. Definitivamente, echaba de menos algunas

cosas de su madre patria.

—Mami, ¿por qué te has enfadado con la yaya?

Con los ojos muy abiertos, la pequeña de oscura melena esperó ansiosa una respuesta.

Morgen se arrepentía amargamente de haber sido brusca con su madre, que en realidad se preocupaba por ella. Había sido un día cargado de tensión entre la llegada de Conall O'Brien, el lamentable, estado en el que habían encontrado a su jefe y la ansiedad ante la reunión de la zona del puerto. Lo último que necesitaba al volver a casa era que Loma McKenzie la vapuleara verbalmente tan pronto como entrara por la puerta.

Morgen plantó un tierno beso en la sonrosada mejilla de Neesha; estaba enormemente feliz porque la pequeña tenía mucho mejor aspecto que los días anteriores.

—La yaya y yo hemos tenido una pequeña diferencia de opiniones, cielo. A veces le cuesta entender que necesito trabajar fuera de casa para que podamos mantenernos las dos. Créeme si te digo que, si hubiera otra forma de hacer las cosas, la habría intentado.

—La yaya dice que hiciste que papá se fuera porque eras demasiado cabezota. Cree que, si hubieras sido más agradable con él, se habría quedado.

Neesha se mordió el labio.

Sintiendo un enorme peso en el estómago, Morgen tomó la manita de su hija entre sus manos y forzó una sonrisa.

—La yaya no tiene derecho a decirte eso, cariño. Ella no quiere aceptar que tu papá se asustara ante la idea de ser padre. Está empeñada en que yo podría haber hecho algo para que se quedara.

Aunque hubiera sido «agradable» con Simón, él nunca se habría quedado, Morgen no tenía ninguna duda. Notó que se le hacía un nudo en la garganta al ver confusión en la cara de su niña: ¿cómo iba a entender por qué su papá la había abandonado? ¿Y cómo había podido su madre ser tan egoísta y estúpida de decirle aquellas cosas a ella?

—Algunas personas no están hechas para ser padres, mi vida. Es duro aceptarlo, pero es la realidad.

—Entonces, ¿por qué tú y papá me tuvisteis?

—Los dos queríamos un bebé, aunque más tarde papá se asustara y se marchara. Cuando te tuve en mis brazos la primera vez, pensé que eras la más bonita, perfecta y alucinante personita que había visto en mi vida, y te quise con todo mi corazón y siempre te querré.

Estrechó a la niña contra su pecho y respiró el fresco aroma a limpio de su pelo; algunos de aquellos cabellos increíblemente negros y sedosos le hacían cosquillas en la nariz mientras notaba el calor y la dulzura de aquel cuerpecito apretado fuertemente contra el suyo.

—Yo también te quiero, mamá. Eres la mejor mamá del mundo y la más guapa. ¡Cuando sea mayor quiero ser igual de guapa que tú!

Morgen sonrió y la arropó cuidadosamente de nuevo con su cubrecama rosa.

—Eres buena para mi moral, ¿lo sabías?

—¿Qué es moral?

—La moral es la confianza en ti mismo, lo que piensas de ti —le explicó—. Haces que me sienta bien cuando me dices esas cosas tan dulces. A eso me refiero.

—Genial, quiero que te sientas bien. Odio cuando la yaya te pone triste —añadió bostezando—. Y ahora me voy a dormir, mamá, estoy muy cansada.

—De acuerdo, preciosa. Ahora acurrúcate en tu cama calentita y te veré por la mañana. ¿De verdad que no te importa volver mañana al colegio?

—Estoy deseándolo. Echo de menos a mis amigos.

—Estoy segura de que ellos también te han echado de menos a ti, tesoro. Hasta mañana, si Dios quiere.

De vuelta en el salón, Morgen fue recogiendo un peluche color púrpura, una Barbie de anatomía inverosímil, y dos libros de cuentos, muy manoseados, que eran los preferidos de Neesha. Después ahuecó los cojines de terciopelo del sofá y se desplomó en él, agotada, tras hacerse con el mando de la televisión y encenderla.

Lo que echaban era deprimente: un documental sobre robos de coches, una serie espantosa cuya música deprimía al instante, fútbol, y uno de esos reality—show donde la gente estaba deseando humillarse ante la masa de espectadores. No le apetecía ver nada de aquello, así que decidió poner un vídeo.

Cuando su mano se detuvo en una de sus comedias románticas preferidas, se dijo que, si las tribulaciones de la pareja protagonista no atraían su atención, nada lo lograría. Introdujo la cinta en el lector, pasó por la cocina a por una bolsa de patatas y un poco de queso, y se acomodó en el sofá, preparada para disfrutar de la película.

Después de diez minutos, se dio cuenta de que no estaba registrando nada de lo que pasaba en la pantalla porque su mente

estaba preocupada con Conall O'Brien. Frunciendo el ceño, subió el volumen del televisor para despejar cualquier otro pensamiento problemático. No había nada en él que le gustara, reflexionó. Ella no iba a engrosar su club de fans simplemente porque fuera terriblemente guapo y atractivo. A la par que sus cualidades, era autocrático y dominante, y poseía un corazón hecho de piedra o de algo igualmente duro. Menos mal que estaba en el Reino Unido temporalmente; por lo que ella sabía, Conall O'Brien volaría de regreso a los Estados Unidos tan pronto como Derek estuviera recuperado o si encontraban a alguien para sustituirlo hasta que volviera.

—Amén a eso —dijo en voz alta, con la boca llena de patatas fritas.

Pero esta vez, ni el maravilloso protagonista de la pantalla que suplicaba sus favores a la igualmente maravillosa pero cauta protagonista, pudieron distraer a Morgen de pensar en aquel hombre que tanto la disgustaba.

—Tenga estas cartas listas para firmar sobre mi mesa dentro de una hora, señorita McKenzie.

La mirada de Morgen fue desde el taco de papeles que Conall había dejado sobre su mesa, hasta aquellos anchos hombros dentro de un nuevo traje impecable, y lo siguió hasta que llegó al despacho de Derek y dio un portazo. Morgen sacudió la cabeza con incredulidad e hizo una mueca: "¿Qué había pasado con aquel, preferirías que te llamara Morgen?", se preguntó desolada.

Obviamente, había cambiado de idea durante la noche. A lo mejor había trabajado demasiado durante demasiado tiempo y el jet —lag estaba imponiendo sus efectos... ¡Ja!, aquel hombre no necesitaba excusas para ser maleducado. Morgen apostaba a que salía naturalmente de él.

«Muy bien, ya es suficiente». Irritada hasta lo imaginable por la manera en que la había tratado, Morgen se dispuso a desentrañar la desordenada escritura de los papeles que tenía ante ella. Eran veinticuatro cartas, algunas de hasta dos páginas cada una. ¿Es que aquel hombre trataba de marcar un récord? Era imposible que lograra tenerlas listas en una hora, aunque se dejara los dedos en el intento. Pero bueno, se dijo a sí misma, le gustaba el desafío. Se quitó la chaqueta negra que llevaba sobre un top rosa sin mangas, se acomodó en su silla y se colocó frente a la pantalla del ordenador.

Conall nunca habría imaginado que iba a sentir aquella intensa y totalmente incomprensible atracción por la secretaria de Derek

Holden. Hacía un momento, cuando había dejado las cartas sobre su mesa, no había podido evitar fijarse en aquel cuerpo voluptuoso cubierto por un ajustado traje negro que, aunque lo intentaba, no lograba ocultar unas curvas muy sexys. Entonces se vio asaltado por un deseo salvaje completamente inapropiado, que tomó su cuerpo y lo paralizó. Tuvo que concentrarse mucho para recuperar el control.

Ahora, mientras admiraba por el ventanal la familiar vista de la catedral de San Pablo, sus pensamientos volaron. La noche anterior, mientras intentaba conciliar un sueño que no llegaba, había culpado al jet—lag. Pero la verdad era que no lograba dormirse porque su mente estaba repleta de pensamientos eróticos acerca de Morgen McKenzie.

En aquel momento, le salían más maldiciones que explicaciones. Conall trató de centrarse, tenía mucho que hacer. El teléfono no había dejado de sonar desde que entró en la oficina a las ocho. La noticia de su llegada se había extendido rápidamente, y ahora todo el mundo quería verlo... incluida su madre. Le había prometido que pasaría a cenar con ella por la noche, pero ya se estaba arrepintiendo de haber quedado. No podría escapar a sus reprimendas por estar fuera tanto tiempo, ni podría evitar las indeseadas referencias a su padre.

Escribió una nota para que Morgen enviara unas flores a su madre. Al abrir la puerta de su despacho se dijo que había que «vivir el momento». Morgen estaba frente al ordenador y daba la espalda a Conall, así que éste rodeó el escritorio para que ella pudiera verlo.

—Envíe una docena de rosas amarillas de tallo largo a esta dirección, por favor. Si puede ser, que las entreguen a la hora de la comida.

—¿Incluyo algún mensaje?

Aunque se dirigió a él con frialdad, Morgen notó que la temperatura de su cuerpo aumentaba bajo la mirada de aquellos ojos azules.

—«Lo siento, no puedo pasarme esta noche. Te llamaré pronto. Un beso, Conall».

Tras comprobar el nombre y la dirección escritos en el papel que le había entregado, Morgen asintió ligeramente. Victoria Kendall. ¿Sería su novia, su amante u otra persona significativa? Por primera vez consideró la posibilidad de que estuviera casado. Aquel pensamiento despertó en ella sentimientos encontrados, pero ahora no era el momento de investigar al respecto. Aunque se hubiera sentido atraída por él, y desde luego no era así, Conall O'Brien

estaba tan fuera de su alcance como lo había estado Simón, más incluso. Y aquella unión había sido un desastre.

—Me ocuparé de esto ahora mismo, señor O'Brien.

—Bien. Y ya que estamos, me imagino que pasó usted una noche agradable con su persona «favorita»...

Por unos instantes, Morgen no supo a qué se refería. Entonces recordó lo que había comentado en el coche la noche anterior, y no entendió por qué había enfado en el tono de la pregunta.

—Pues sí, fue muy agradable —contestó.

—Supongo que una mujer como usted tendrá numerosas personas «favoritas»... —le sugirió.

¿Qué diablos quería decir con aquello? Morgen tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantener la calma:

—Si está sugiriendo lo que creo, y le aviso que es poco halagüeño, será mejor que se guarde sus comentarios si no le importa.

—¿Por qué tanto secretismo? ¿Quién es esa persona «favorita» de la que no quiere hablar?

La sien de Conall palpitaba mientras estudiaba a Morgen, revelando que, a pesar de la sensación de serenidad que quería aparentar, en aquel momento había perdido el control.

—¡No soy secretista, por todos los diablos! —protestó Morgen—. Y aunque así fuera, ¿es que no tengo derecho a una vida privada?

—No lo dude —respondió Conall secamente—. Tan sólo mostraba mi interés, ¿es que no «tengo derecho» a eso?

Morgen notó su cuerpo tenso ante la tozuda determinación de aquel hombre de obtener información, y suspiró irritada. Tal vez, si le contaba que había pasado la noche sola con su hija, acabaría aquel interrogatorio de una vez por todas.

—La persona con quien pasé la noche es Nee...

—Hola a todos —interrumpió una voz—. ¿Hay café hecho, Morgen? Voy a necesitarlo.

Los dos se volvieron hacia la encogida figura de Derek Holden, que entraba tranquilamente por la puerta, y Conall no pudo evitar maldecir su falta de oportunidad.

Capítulo 4

La puerta se abrió. Después de pasar cerca de dos horas encerrados en el despacho, Derek salió precediendo a Conall. La expresión de su cara le pareció a Morgen la de un prisionero que hubiera sido repentinamente puesto en libertad después de mucho tiempo en prisión, y que se preguntaba qué iba a hacer a partir de aquel momento. Derek se rascó la cabeza y dirigió a Morgen una media sonrisa infantil, tras la que ocultaba un enorme dolor, estaba segura. Le llegó al corazón y ella le devolvió una amplia sonrisa.

—Bueno, Morgen, parece que vas a tener jefe nuevo durante las próximas seis semanas. Tengo que tomarme un forzoso tiempo de descanso para recuperarme. ¿Crees que te las arreglarás sin mí?

Al escuchar aquella pregunta, Conall puso los ojos en blanco. Por lo que iba viendo, Morgen llevaba defendiendo el fuerte varias semanas, mientras Derek aparecía de vez en cuando, en el mejor de los casos. Empezaba a sentir cierta admiración hacia ella, por cómo había soportado la presión de mantener oculto el «pequeño problema» de su jefe, además de sacar adelante la enorme cantidad de trabajo diario. Tan sólo hacía dos semanas que los jefes más altos se habían dado cuenta de que algo no iba bien, y había sido porque Stephen Ritchie los había telefoneado personalmente cada vez que Derek los dejaba plantados sin aparecer por la obra. Entonces, la sirena de alarma había sonado y habían comenzado a investigar qué sucedía.

—Tú sólo preocúpate de ponerte bien lo antes posible. Come sano y descansa —le aconsejó Morgen—. Ya nos apañaremos por aquí.

Cayendo en la cuenta de que había incluido a Conall en su afirmación, se sonrojó de vergüenza. El día anterior, él había dicho que se haría cargo de las cosas por un tiempo, pero podía ser sólo hasta que encontrara a alguien que sustituyera a Derek, no significaba que él mismo fuera a quedarse indefinidamente. Por lo menos, esperaba que así fuera. Morgen desvió la mirada de los dos hombres y se centró deliberadamente en la pantalla que tenía delante.

Conall acompañó a Derek a la puerta y, después de unas palabras, le dijo adiós. Al volverse, contempló a Morgen sentada detrás de su escritorio, se desabrochó los botones de la chaqueta y se aflojó el nudo de la corbata. Se acercó a la fuente de agua y,

después de un largo y sediento trago, encestó con puntería el vaso de plástico en la basura. Pero, bajo su apariencia de calma, hervía la última frase de Morgen antes de que Derek los interrumpiera: «La persona con quien pasé la noche», había dicho. En aquel momento no se atrevía a dirigirle la palabra, de lo irracionalmente enfadado que estaba.

—¿Cómo lleva las cartas? —le preguntó.

—Estoy en ello —contestó Morgen—. No le ha abandonado a su suerte, ¿verdad? —preguntó ansiosamente, esquivando la súbita irritación que apareció en aquellos increíbles ojos azules. Mantuvo su mirada para demostrarle que no iba a poder con ella.

— ¿El instinto maternal le sale con todos los hombres, señorita McKenzie? ¿O sólo lo reserva para los Derek Holden del mundo?

—Usted está malinterpretándome a conciencia, pero no sé por qué me sorprende —le espetó Morgen—. Para su información, no estoy haciendo de madre de Derek, tan sólo me preocupo por un hombre que ha sido un buen jefe conmigo. Puede que haya tenido problemas, pero siempre me ha tratado bien, ¡que es más de lo que puedo decir de algunos hombres para los que trabajo!

Conall enrojeció debajo del bronceado ante la reprimenda. Le dolía profundamente que ella pensara que no la trataba bien. Y, sin embargo, pensaba que Derek era un santo. La sensación de que los celos se apoderaban de él no le gustó.

—Siento escuchar eso.

Lo sentía tanto como un elefante que hubiera aplastado a una hormiga, se dijo Morgen.

—Tal vez en lo concerniente a cómo tratar decentemente al personal, podría aprender un poco de Derek.

Seguro que sí, pensó Conall sarcásticamente. Pero una parte de él no podía evitar sentirse culpable tras la reprimenda. Se consideraba un jefe justo, pero firme, ¿qué podía hacer si aquella mujer tenía un mal concepto de él? Se estremeció al darse cuenta de que quizás él había hecho lo mismo con ella. Pero ni por asomo iba a mostrar una debilidad tan grande como la culpa.

—¡Antes se hiele el infierno, que yo aprenda de un hombre que permite que el abandono de una mujer lo convierta en un alcohólico y lo deje destrozado! —gritó ásperamente—. Ese hombre debería tener algo más de respeto por sí mismo.

Morgen se quedó blanca y tuvo que sujetarse a la silla ante el impulso de dejar su trabajo en aquel mismo momento. Pero el hecho de que Conall menospreciara a un hombre como Derek por estar sufriendo no suponía que ella tuviera que tomarse aquellos

comentarios de forma personal y dimitir. Tal vez detestara lo que Conall acababa de decir, pero de ahora en adelante se tomaría las cosas con más calma, ignorando la rabia que aquel hombre generaba en su interior.

A pesar de esa decisión, sintió que quedaría por debajo de él si le dejaba que dijera la última palabra:

—Está muy seguro de sí mismo, ¿verdad? —le dijo, con los ojos llameando de ira y sujetándose aún más a la silla, tratando de contenerse—. Seguramente nunca ha estado con una mujer que le importara lo suficiente como para sufrir por que lo dejara. Ya seas rico o pobre, eso duele, ¿sabe usted?, lo de que te abandone la persona a la que amas. ¡A lo mejor, después de que le suceda, tendrá un poco más de compasión con el resto de la humanidad!

—No creo que eso suceda, señorita McKenzie. Nunca dejaría que una mujer se acercara tanto a mí como para poder hacerme daño... aunque no me importa que se me acerquen para otra cosa...

Conall mantenía la vista clavada en su rostro, pero Morgen tuvo la impresión de que se estaba comiendo su cuerpo con los ojos. Incómoda y avergonzada, se preguntó qué haría él si le decía que, de continuar con comentarios, inapropiados como aquéllos, lo denunciaría por acoso. Pero, tan pronto como lo pensó, supo que nunca lo haría. ¿Quién iba a creerla cuando él era el jefe?

Por otro lado, no podía mentirse a sí misma: cuando Conall O'Brien le lanzaba aquellas miradas ardientes, su naturaleza sensual, que llevaba tanto tiempo enterrada, se deleitaba con aquellas atenciones. ¡Y pensar que, tal vez, iba a trabajar para aquel hombre durante las próximas seis semanas...!

Cansada de pelear, se tragó el malestar que sentía y decidió hacer un nuevo intento para interceder por Derek ante su nuevo jefe.

—¡Si deja a Derek a su aire, beberá hasta morir, sin más! ¿Es que no ve las señales? Él cree que no tiene nada que perder desde que ella se marchó. No piensa con claridad. ¿Tiene usted el corazón tan duro, que no va a ayudarlo?

Dudó en añadir: «si es que tiene usted corazón»...

—No me gusta verte tan preocupada a este respecto, Morgen. Confidencialmente, te diré que Derek va a ingresar en una clínica de desintoxicación muy exclusiva y muy cara, pagada por la empresa. Tendrá todas sus necesidades cubiertas, excepto la de alcohol, claro. Además, he pedido que me manden informes semanales sobre cómo evoluciona. ¿Te quedas más tranquila?

Entrelazando las manos, Morgen dejó escapar el aire con

dificultad: desde el principio, Conall sabía lo del tratamiento para Derek, y la había dejado decir que lo último que esperaba de un hombre como Conall era que lo ayudara.

—A decir verdad, sí. Me he pasado noches en vela preocupada por lo que sería de él.

—Ahora puedes descansar tranquila. Estará en buenas manos.

Su contestación fue lacónica. ¿Qué podía esperar cuando ella había sido tan directa, incluso grosera, al defender a Derek?

Conall estaba llegando a la puerta del despacho de Derek, cuando se volvió, pensativo:

—Deberías haber comentado con alguien tu preocupación por su bienestar. Para eso está el departamento de Recursos Humanos.

—¿Y airear sus trapos sucios por toda la oficina?

A pesar de haberse propuesto mantener la calma, las palabras salieron mordaces:

—No sé como será en Nueva York, pero en esta oficina sería un festín para los cotillas. Es vergonzoso, pero la gente saca conclusiones sobre las personas sin conocerlas: culpable hasta que se demuestre lo contrario. Habrían juzgado y condenado a Derek antes de que pudiera abrir la boca, qué importan las razones por las que empezó a beber, ni por lo que estaba pasando. De hecho, ahora mismo seguro que piensan que lo ha despedido. A la hora de la comida lo sabrá todo el edificio.

Estaba en lo cierto. Debería haber pensado en eso, se dijo Conall. ¿Acaso no había hecho él lo mismo, tratándola como culpable sin saber nada de ella, al encontrársela dormida en su mesa? Le dolía que ella tuviera una opinión tan pobre de él y de sus compañeros de trabajo, a pesar de que, personalmente, creía que gran parte del dolor de Derek Holden se lo causaba él mismo y por tanto no merecía tanta preocupación por parte de Morgen.

—Deberíamos organizar una especie de reunión informal para hacer oficial que Derek está de baja por enfermedad, pero que volverá en unas semanas. Si soy yo quien da la noticia, eso pararía los rumores de que ha sido despedido.

Morgen asintió inmediatamente:

—Puedo organizar algo a las cuatro en la zona de descanso, ¿qué tal?

—Lo dejo en tus hábiles manos. Y de paso, ¿puedes organizarme algo para comer? —el rostro de Conall se relajó en una agradable sonrisa—. Voy a empezar a revisar el trabajo atrasado del señor Holden. Será suficiente con un sándwich de pollo. Gracias.

Después de contemplar aquella arrebatadora sonrisa, Morgen

apostó a que podía ser encantador cuando se lo proponía, Pero ella no quería ceder a sus encantos. Podía manejar su actitud de arrogante superioridad, pero su encanto era otra cosa completamente diferente...

Morgen estornudó una vez, y luego otra. Cerró la puerta del coche y notó que la invadía un sofoco que la hizo marearse. Sacudiendo la cabeza, maldijo a los hados por haberse contagiado de la gripe de Neesha. Era lo último que necesitaba; sobre todo ese día. Conall iba a presidir una reunión de la junta en la sala VIP, y ella tenía que tomar notas. Allí normalmente hacía calor, y si su temperatura aumentaba más de lo que sentía en aquel momento, no podría soportarlo.

Salió del aparcamiento subterráneo y se dirigió hacia las oficinas de O'Brien and Stoughton Associates. Acababa de poner el pie en la calzada para atravesar una calle cuando un coche la pasó rozando, tan cerca que la despeinó. En el mismo momento, una mano de hierro agarró su brazo y la llevó de vuelta a la acera. Antes de que Morgen se recuperara del susto, sintió que la hacían volverse y vio a Conall, con la mandíbula apretada y los ojos echando chispas:

—¿Es que quieres suicidarte? ¿Por qué demonios no miras por dónde vas?

El corazón de Conall aún palpitaba aceleradamente. No podía creerlo cuando, casualmente, vio a Morgen intentando cruzar la calle principal y un coche dirigiéndose hacia ella a unos cincuenta kilómetros por hora. Con un volantazo, el coche la había evitado en el último segundo, y Conall había corrido hacia Morgen para sacarla de la calzada antes de que el coche que venía detrás se la llevara por delante. Ahora ella estaba frente a él, con las mejillas enrojecidas y aquellos preciosos ojos verdes a punto de llorar.

¡Oh, Dios! No iba a echarse a llorar, ¿verdad? Conall se enorgullecía de ser muy «macho», pero en el fondo sentía debilidad por las mujeres llorosas, los niños enfermos y los animales heridos; los tres le tocaban la fibra sensible.

—Oye... —suplicó con voz ronca, secándole las mejillas suavemente con las manos—, no quería asustarte.

Sintiendo que le faltaba el aire, Morgen se zambulló en su bolso en busca de un pañuelo; todo en su interior temblaba, más por el hecho de que Conall la hubiera tocado que por su posible accidente. Empezaba a ser consciente de que se había expuesto a una muerte casi segura, pero lo que más la asustaba y la confundía era que el simple tacto de un hombre pudiera desorientarla tanto.

El rugido del tráfico ahogó su respuesta:

—No me ha asustado. Tan sólo me distraje un momento, eso es todo. Debería haber ido más atenta a lo que estaba haciendo. Gracias por venir en mi auxilio.

Le asaltó la idea de que, si no la hubiera salvado, su pequeña podría ser huérfana en aquel momento. Otra lagrima se deslizó por su mejilla, y luego otra, hasta que se encontró luchando por controlarlas.

Ven, nos vendrá bien tomar un café y hablar un poco.

Tomando a Morgen por el codo, Conall la guió calle abajo hasta un pequeño café italiano. Por el camino, Morgen trató de hacer desaparecer las lágrimas lo mejor posible; no podía creer la mala impresión que estaba dando de sí misma, y justo frente a la persona con la que no podía permitirse mostrarse vulnerable, él ya tenía la opinión de que era una vaga y que no podía con su trabajo, y ahora pensaría además que era débil.

Unos minutos después, con los sentidos abrumados por el aroma a café y a bollos recién hechos, Morgen se sentó frente a Conall. Aquella enorme figura empequeñecía la silla, como de costumbre, y toda su atención estaba concentrada al cien por cien en ella, a pesar del bullicio a su alrededor. La mano de Morgen temblaba un poco cuando se acercó el cremoso café a los labios. El imponente hombre frunció el ceño:

—Y bien, ¿por qué ha pasado esto? ¿Puedo hacer algo para ayudar?

Realmente quería ayudarla, se dijo Conall, sintiendo aumentar su deseo. La sensación había ido creciendo en su interior durante los días anteriores, en los que Morgen lo había hecho casi todo sola, ayudando a otros sin pensárselo y olvidándose de sí misma. Conall se preguntó si la «persona favorita» que Morgen había mencionado, aquel Neil, o como quiera que se llamase, realmente le daba el apoyo que necesitaba.

La idea de que ella tuviera novio le hizo apretar la mandíbula: no le gustaría interponerse entre su novio y ella.

—Estoy bien, de veras. Tan sólo tengo gripe, y últimamente no duermo muy bien —reconoció nerviosa, y desvió la mirada rápidamente.

Conall observó su taza y volvió a clavar su mirada en aquellos espléndidos ojos verdes.

—No me creo que ésa sea la única razón por la que estás alterada. ¿Qué es lo que te preocupa, Morgen? Si es algo relacionado con el trabajo, posiblemente soy la mejor persona con la que podrías hablar. La gente que trabaja para mí es el verdadero

capital de la empresa, me preocupo por que esté bien.

Dicho así, su explicación sonaba más que razonable, seductora incluso... Pero Morgen sabía que no podía confiar en Conall. Además de tener siempre presente que él era el dueño y uno de los socios fundadores de la empresa para la que trabajaba, también recordaba que Conall menospreciaba cualquier tipo de debilidad. Y, si llegaba el caso, ¿por qué un hombre como él se molestaría en fijarse en una simple secretaria como ella? Ya había tenido una experiencia humillante con Simón, y sabía que las grandes diferencias de dinero y de estatus podían ser un problema en una relación; no deseaba volver a pasar por un rechazo como aquél.

—Creí que no le gustaba que los problemas personales afectaran al trabajo, señor O'Brien.

—¡Conall! —respondió irritado, sintiendo remordimientos a continuación porque él la había provocado desde el principio llamándola «señorita McKenzie».

¿Lo había hecho inconscientemente, para poner una barrera entre Morgen y él?, ¿para mantener su relación dentro de lo estrictamente profesional, y así combatir la poderosa atracción que lo recorría entero cada vez que la miraba? Tenía por norma no liarse con mujeres en el trabajo; por experiencia, sabía que aquel tipo de relaciones solían ser problemáticas.

—No tienes una buena opinión de mí, ¿verdad? —añadió.

—Supongo que hace lo que tiene que hacer. A mí no tiene que gustarme.

Encogiéndose de hombros, Morgen se refugió tras la taza de café.

Crees que no me preocupo por la gente que trabaja para mí, ¿no es así?

Morgen enrojeció:

—Yo no he dicho eso.

—Pero crees que no soy comprensivo, ¿me equivoco?

Sintiendo que se estaba metiendo en terreno peligroso, Morgen deseó que aquella conversación no hubiera empezado nunca:

—Su reputación lo precede, señor O'Br...

Sus cejas se juntaron formando una mueca de irritación:

—Si vuelves a llamarme así, te despido.

El corazón de Morgen dio un vuelco.

—Como ya he dicho, esto es una empresa...

Conall dejó la frase en el aire. ¿Por qué el comentario de Morgen le había molestado tanto? ¿Se habría vuelto un hombre demasiado duro? Era un hombre con éxito, ¿no?, y su empresa iba muy bien.

Estaba convencido de que a la gente le gustaba trabajar para él. Entonces, ¿por qué le importaba tanto que Morgen McKenzie tuviera una buena opinión de él?

—Sé que es complicado llevar una empresa —afirmó Morgen, mientras una nueva oleada de calor la invadía—, pero somos humanos, y la vida no es un camino de rosas, con todas las respuestas a las preguntas. Como ya he dicho, estoy segura de que Derek no pretendía intencionadamente sabotear su carrera haciéndose alcohólico.

—Ahora no estábamos hablando de Derek —contestó, frotándose la nuca.

Conall se recostó de nuevo en la silla y suspiró:

—Me duele que no tengas confianza en mí para contarme qué te preocupa. Tal vez deberíamos hablar de eso, ¿no crees? No ahora —continuó, echando un rápido vistazo a su reloj de pulsera—, pero sí en cuanto tengamos un rato para quedar.

La idea llenó de inquietud a Morgen. Ya era suficiente presión tener que trabajar con aquel hombre, como para encima «quedar un rato» para que ella le contara por qué no confiaba en él.

—Realmente no es necesario. Además, sólo tengo gripe, no es que haya algo que me preocupe... —«...excepto tú», pensó—. Estaré bien en un minuto.

Elevando de nuevo los hombros como disculpándose, bebió otro sorbo del delicioso café y se sintió más tranquila, aunque todavía se notaba algo sofocada.

—Creo que lo mejor sería que te fueras directamente a casa después de la reunión. Te llevaré yo mismo.

—¡No!

La vehemencia con la que respondió sorprendió a Conall. Por todos los diablos, aquella mujer parecía asustada. ¿Qué trataba de esconder, un novio vago e irresponsable que estaba en el paro, tal vez? ¿Sería por eso por lo que a Morgen se la veía tan cansada?, ¿porque mantenía a un hombre que vivía a su costa? La ira le secó la garganta unos instantes, y luego se reprendió a sí mismo por estar de nuevo sacando conclusiones sin conocer todos los datos, que era de lo que Morgen lo había acusado. Empezaba a pensar que había muchas razones por las que ella no quería confiar en él, e incluso dudó de sí mismo.

Morgen no quería que Conall la llevara a casa. No quería que viera la calle en la que estaba su diminuta vivienda. No era que se avergonzara de ella, sobre todo cuando había empleado tanta energía y esfuerzo en convertirla en un acogedor hogar para Neesha

y ella; pero estaba segura de que estaba muy por debajo del nivel de lo que un hombre como Conall admitía como bueno. Y si ella advertía una nota de vergüenza o pena en sus ojos, Conall tendría rápidamente su dimisión en la mesa.

—Aguantaré todo el día, no se preocupe, y volveré a casa en mi coche. Gracias de todas formas.

Dándose cuenta de que no serviría de nada discutir, Conall terminó su café de un largo sorbo, y se levantó:

—Será mejor que volvamos, hoy tengo la agenda repleta. ¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor —mintió Morgen, y lo siguió con piernas temblorosas hacia la calle.

Fue una reunión larga, mucho más de lo que Conall hubiera querido. Parecía que sus socios del Reino Unido querían aprovechar al máximo su presencia junto a ellos, y habían añadido bastantes puntos a la ya de por sí saturada agenda de la reunión.

Se había fijado en Morgen varias veces durante la tarde, y había visto unas leves gotas de sudor en su frente cada vez que se retiraba el flequillo de la cara. Además, tenía la impresión de que aquellos arrebatadores ojos verdes estaban vidriosos y brillaban más de lo habitual, como si tuviera fiebre. Pero estaban en mitad de la reunión y no podía hacer nada al respecto; Morgen tomaba notas rápidamente: en aquel momento se discutía el lucrativo proyecto de la zona del puerto que había sido responsabilidad de Derek. Después de él, y de Conall tras leer los informes, nadie conocía el proyecto tan bien como Morgen. Buscar otra secretaria que la sustituyera no era una buena idea.

Conall decidió prestar más atención a su recién designada secretaria. En el descanso para el café, cuando la gente abandonó la sala en busca del refrigerio, Morgen y él se quedaron a solas.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó, colocándose junto a ella y saturando sus sentidos con el seductor aroma de su masculinidad.

Morgen notó que su cuerpo ardía, y no era por la gripe. Fijó su vista en las hojas de notas que había tomado durante la reunión para no tener que enfrentarse a aquella mirada penetrante.

—Estoy bien, gracias por preguntar.

—Pareces un poco acalorada, si me permites que te lo diga.

—Aquí hace calor, ¿no cree?

Olvidando su determinación de mirarlo lo menos posible a los ojos, Morgen se encontró atrapada en su mirada, sin poder apartarse y sintiéndose cada vez más débil.

Conall rompió el silencio:

—Abriré una ventana.

Abrió dos, tomándose tiempo, mientras rezaba para que el aire fresco le calmara su excitada libido. Conall conocía la sensación de deseo; pero cuando se zambullía en los cautivadores ojos verdes de Morgen McKenzie, con aquellas pestañas larguísimas, el deseo crecía hasta un nivel completamente nuevo. Debería andarse con cuidado, o aquel deseo de llevársela a la cama se convertiría en una obsesión.

—Así está mejor, gracias.

Morgen se pasó una mano por la nuca desnuda porque tenía el pelo recogido, y Conall se metió la mano en el bolsillo del pantalón para controlar el impulso de lanzarse a tocarla.

—¿Te traigo unos sándwiches y una taza de café?

—No gracias, no tengo hambre. Un poco de agua es suficiente.

Y para corroborar su preferencia, Morgen bebió un sorbo del vaso que tenía sobre la mesa. La mano le temblaba ligeramente, y Conall se preocupó ante la idea de que aquella reunión estuviera siendo un suplicio para ella.

—Ya no queda mucho —comentó, consultando su reloj y examinando una hoja con el orden de la reunión—, sólo cinco puntos más. Voy a tratar de pasarlos lo más rápidamente posible. Y, en cuanto terminemos, te llevaré a tu casa.

Conall vio cómo un «no» empezaba a dibujarse en aquellos deliciosos labios y se irguió. No servía de nada ser el jefe si no podía hacer uso de ello cuando el momento lo requería. Y, en aquel momento, Conall necesitaba saber que iba a llevar a Morgen a casa. No era por egoísmo; cualquiera podía apreciar que aquella mujer tenía fiebre. Antes, casi se había puesto delante de un coche que iba a toda velocidad; lo último que quería Conall era que ella tuviese un accidente volviendo a casa por estar demasiado enferma para concentrarse.

Revolviéndose incómoda en su asiento, Morgen dejó escapar un hondo suspiro.

—Ya se lo he dicho, aprecio que se preocupe por mí, pero no necesito que me lleve a casa. No insista más, por favor.

Pero a las seis menos cuarto, Morgen se encontró caminando hacia el aparcamiento y sentándose en el asiento de un lujoso sedán, junto a un solícito pero determinado Conall que no iba a permitir un «no» por respuesta. Aceptando con resignación, Morgen le indicó la dirección y pasó el resto del viaje en un mutismo hermético.

¿Por qué insistía tanto en llevarla a casa? Estaba tomándose su trabajo como jefe demasiado en serio, decidió Morgen, ampliando sus funciones hasta donde no le correspondía. Incluso Derek, que era tan generoso, nunca se habría ofrecido a llevarla a casa cuando se sentía enferma. No, en caso de que creyera necesario acompañarla, Derek habría buscado a alguien para que lo hiciera. Pero Conall no funcionaba así.

Morgen contempló con miradas furtivas el perfil perfectamente cincelado del hombre que conducía a su lado, y la ansiedad se apoderó de ella. Tan pronto como estuvieran frente a su casa, se aseguraría de tener la llave en la mano, le daría las gracias, y saldría corriendo antes de que a Conall se le ocurriera esperar a que entrara en su casa. Tenía la sensación de que era lo que iba a hacer. Una de las cosas que había aprendido hasta ahora sobre Conall O'Brien era que se tomaba su trabajo y sus responsabilidades muy en serio, sin medias tintas. Hacía todo con dedicación y esmero.

Pero para cuando llegaron frente a su puerta, pintada de un rojo vivo en un entorno donde las de otras casas eran grises o negras, Morgen se sentía demasiado enferma como para estar pendiente de lo que Conall hiciera o dejara de hacer. No estaba en condiciones de preocuparse por si él pensaba que su calle era decadente, o que los coches del vecindario eran mucho más antiguos que el suyo. Lo único en lo que pensaba era en meterse en la cama o, si no lograba llegar hasta ella, tumbarse en el sofá. Gracias a Dios, Neesha dormía aquella noche en casa de su abuela, porque no hubiera podido hacerse cargo de ella, tal y como se encontraba.

—Gracias, yo...

—Dame la llave —ordenó Conall.

—¿Qué?

Con una expresión de férrea determinación en su rostro, Conall se volvió hacia ella y extendió la mano:

—La llave de la puerta, dámela. Te voy a llevar hasta dentro, Morgen. Voy a asegurarme de que te tomas alguna medicina para la fiebre y después voy a asegurarme de que te metes en la cama. No hace falta ser médico para darse cuenta de que tienes mucha fiebre. Creo que incluso voy a llamar a tu médico y a decirle que te haga una visita.

—Espera un momento, ¿qué...?

Morgen intentó protestar, pero no era fácil mantenerse indignada cuando sentía que podía caerse al suelo redonda en cualquier momento. Con una mezcla de agotamiento y resignación, asintió, rebuscó en su bolso y puso las llaves en aquella mano

expectante.

—Eso es, buena chica.

—¡Eso sí que no lo tolero! —protestó, lanzándole una mirada desafiante, a pesar de que le parecía que su cabeza iba a estallar—, ¡no soy una chica: soy una mujer!

Las pupilas de Conall se dilataron perceptiblemente:

—Cariño, desde el primer instante en que te puse los ojos encima, no he dudado de eso en ningún momento. Y ahora, será mejor que entres antes de que te desmayes aquí mismo.

Capítulo 5

Mientras recorría un pasillo estrecho pero luminoso, con láminas de hierbas y flores decorando las paredes, los sentidos de Conall se saturaron de aromas de rosa y vainilla, dos fragancias que conocía bien por la afición de su hermana Teresa a las velas aromatizadas.

El hogar de Morgen era una cueva de Alí Baba llena de delicias para los sentidos; igual que la mujer que la habitaba, pensó Conall, mientras la seguía camino del salón. Era una casa pequeña, pero lo que le faltaba en amplitud lo compensaba de sobra en comodidad. Era un lugar en el que apetecía estar.

Creía que había dejado apartada la necesidad de echar raíces. Tener un lugar y una persona amada a donde volver después de un día de trabajo no era una idea que hubiera tenido en cuenta desde hacía mucho tiempo. Además... con él nunca funcionaría. Odiaba tener que admitirlo, pero en aquel sentido era igual que su padre.

—Qué habitación tan agradable. Los colores predominantes eran el amarillo claro y el oro, pero había notas de otros colores por todas partes. Los sofás eran de terciopelo y seda rojos, y había montones de cojines de todos los colores esparcidos por cada posible lugar donde sentarse. Encima de la chimenea victoriana, que había sido cuidadosamente restaurada, había un enorme cuadro prerrafaelista de una mujer con la piel tan pálida como la leche y un espeso pelo negro adornado con una corona de rosas blancas. Conall lo estudió unos instantes antes de centrar su análisis en Morgen, que apenas parecía capaz de tenerse en pie.

—Gracias.

Aunque estaba febril, Morgen captó el tono apreciativo de Conall, y sintió que algo llenaba una parte de su corazón hasta ahora vacía. Él era un hombre con una excelente reputación como arquitecto; había diseñado casas para ricos y famosos, casas de ensueño que aparecían en las revistas... y ahí estaba, en mitad de su minúsculo salón, y diciendo que era «tan agradable»...

—¿Qué tal si te sientas, te quitas los zapatos y me dejas que te traiga una aspirina y un vaso de agua? Parece que te vas a caer al suelo en cualquier momento.

Morgen no estaba en condiciones de discutir. Se lanzó al sofá antes de que Conall terminara de hablar, se quitó los suaves mocasines de cuero, flexionó los dedos y se soltó el pelo.

Por un momento, Conall se quedó clavado contemplando aquel

cabello largo y sedoso que le caía sobre los hombros. Tuvo que obligarse a dar la vuelta y salir de allí, poner distancia entre ambos, porque su deseo de tocarla era tan imperante, que casi lo dominaba.

—La cocina está al final del pasillo. Hay medicinas en el armario que está sobre la nevera.

Una vez en la compacta cocina, con sus muebles de pino y el suelo de baldosa terracota, Conall encontró rápidamente las medicinas, llenó un vaso con agua, y se quedó boquiabierto ante unos dibujos infantiles que estaban sujetos en la puerta de la nevera.

Sobre todo le llamó la atención uno con un bonito título en rojo brillante: «Mi mamá». Era un dibujo sorprendentemente bien hecho de una mujer alta y delgada con un largo pelo negro, rasgados ojos verdes y carnosa boca roja. Durante un rato, Conall se quedó ahí, tratando de asimilar el impacto de que Morgen era madre. Lógicamente, el hijo tenía un padre, ¿tal vez el novio de Morgen, ese tal Neil? ¿O el niño sería fruto de una relación anterior? Sabía que no tenía derecho a sentirse celoso o enfadado, pero así era como se sentía.

Con un nudo en la garganta, Conall regresó al salón. Morgen estaba tumbada en el sofá, con la cabeza apoyada en unos cojines aterciopelados, los ojos cerrados y el pecho inexplicablemente tenso. Conall sintió que necesitaba tiempo para hacerse a la idea de que una relación con ella, aparte de la meramente profesional, estaba ahora fuera de toda discusión. Aunque la deseaba enormemente, no iba a romper una relación consolidada, sobre todo cuando había un hijo por medio.

Sintiendo su presencia, Morgen abrió los ojos.

—¡Lo has encontrado! Gracias.

Sentándose con dificultad, se tomó las pastillas con un buen trago de agua.

—Tu casa está muy ordenada —murmuró Conall—, es fácil encontrar las cosas. ¿Por qué no me dijiste que tenías un hijo?

Morgen sentía que la cabeza le daba vueltas. La cocina, claro... Debía de haber visto los dibujos de Neesha en la nevera. En fin... Fijando su mirada febril en el rostro serio pero tan atractivo de Conall, Morgen decidió que debía ser franca con él. Dadas las circunstancias, ¿podía hacer otra cosa? Peor para él si no le gustaba lo que iba a oír. Ella no le había pedido que la llevara a casa, y, desde luego, no lo había invitado a entrar.

—Nunca me lo preguntaste, así que yo no dije nada.

Se humedeció aquellos labios carnosos con la lengua, y Conall se

contuvo frente a aquel gesto inocente mucho mejor de lo que hubiera creído nunca. Desabrochándose la chaqueta, se sentó, acomodándose en un sillón, con todas las células de su cuerpo en tensión porque la deseaba salvajemente. Aunque estuviera con fiebre, aunque tuviera un hijo, aunque probablemente tuviera una relación estable... nada de aquello disminuía su apasionada atracción ni un ápice.

—Se llama Neesha y tiene seis años. No había hablado de ella porque no quería darte otro argumento más para que pensaras que mi dedicación al trabajo era menor de la que debería ser. ¿Recuerdas la mañana en que me encontraste dormida sobre mi mesa? Había estado toda la noche despierta, cuidando a Neesha porque estaba con gripe; por eso estaba tan cansada. Ahora ya lo sabes.

Los ojos de Conall se fueron abriendo según procesaba lo que acababa de oír:

—¿Has dicho Neesha? ¿Era ella la «persona favorita» que mencionaste el otro día?

Suspirando pesadamente, Morgen se peinó el cabello con la mano, despertando en Conall el deseo de hacerlo él. Pero había un toque de resentimiento en aquel suspiro que le indicó que no se sentía muy cómoda explicándole las circunstancias de su vida. ¿Y por qué debería?, se dijo.

—Pues claro, ¿qué otra persona iba a ser?

—¿Y su padre? ¿está trabajando?

—No tengo ni idea. Tenemos suerte si lo vemos tres o cuatro veces al año, como mucho —contestó, dejando escapar una risa amarga—. ¿O deberíamos decir que tenemos la desgracia?

—¿Estás separada?

Conall no podía negar la luz de esperanza que le recorría el cuerpo a toda velocidad.

—Divorciada, desde hace cinco años —sentenció, y lanzó un suspiro—. Bien, ahora ya lo sabes todo de mí.

Sus ojos brillaron de nuevo con un toque de resentimiento, pero esta vez Conall estaba más preparado para enfrentarse a ello.

Conall sonrió:

—Todo no. ¿Por qué os separasteis?

Morgen emitió un ligero sonido de exasperación, y Conall se imaginó que, si no estuviera tan mal, en aquel momento le habría pedido que se marchara. Sabía que estaba aprovechándose de la situación, y que un caballero dejaría aquel tipo de preguntas para otro momento, pero se alegraba de que Morgen estuviera

demasiado indispuesta para pensar en echarlo.

—Es algo privado.

Cruzándose de brazos, Morgen deseó que se marchara. ¿Por qué seguía ahí, agobiándola con aquellas preguntas, cuando lo que ella deseaba era tumbarse en el sofá y dormir? Simón había sido un canalla, pero eso no se lo iba a contar a su jefe. Además, en estos casos, los hombres se solidarizaban entre ellos, y seguramente Conall pensaría que el fallo lo había cometido ella; y la verdad, ya estaba harta de sentirse juzgada y no quería exponerse a más críticas.

—Tener hijos no es ni de lejos un motivo de despido, Morgen. Si mis empleadas demuestran que tienen una cierta dedicación al trabajo, y no se aprovechan, yo entiendo que necesiten tiempo para cuidar a sus hijos cuando están enfermos o para ir a la obra del colegio. Yo no soy un hombre de familia, pero no soy tan cerrado de mente como para darme cuenta de que la gente tiene una vida fuera del trabajo. Y de paso, ¿dónde está tu hija?

—En casa de mi madre. Duerme allí una noche a la semana.

A pesar de que no quería mostrarse vulnerable ante aquel hombre, Morgen no pudo evitar acomodar las piernas debajo de ella y apoyar la cabeza en los cojines, estaba tan cansada... Conall tendría que ver que allí ya no hacía nada. Si quería verla al día siguiente en el trabajo, necesitaría al menos doce horas de sueño para ponerse bien. De todas formas, reconoció soñolienta, le había gustado lo que él había dicho. Lo convertía en alguien un poco más cercano, en un ser humano corriente más que en el poderoso arquitecto.

Para cuando Conall se puso de pie, se pasó la mano por el pelo y se aflojó el nudo de la corbata, Morgen se había quedado profundamente dormida. Después de buscar en la habitación, encontró una manta de lana y arropó a Morgen con ella. Antes, había protestado por que la llamó niña, pero ahora, contemplando su rostro angelical, a Conall le pareció una niña que necesitaba que la cuidaran.

Conall no entendía cómo la sola idea no le hacía salir disparado. Él siempre había salido con mujeres de carrera: fuertes, capaces, ambiciosas... mujeres que sabían lo que querían en la vida y hacían lo que fuera por conseguirlo. Si notaban que les faltaba un poco de calor humano, incluían un revolcón entre sus actividades y así cubrían el déficit.

«Trabajamos a tope y vivimos a tope», había establecido un colega, orgulloso de tener más de treinta y continuar soltero, en una

noche de copas. Pero incluso entonces, Conall había sentido una sorprendente sensación de incomodidad ante aquellos valores. Tener una reputación de play boy no era tan bueno como parecía. Había algo en aquello de conseguir todo lo que querías, incluyendo mujeres bonitas, que no encajaba. Y no se refería a tener una familia, pero a lo mejor podía estar bien tener una mujer especial en su vida, en vez de varias... siempre y cuando no se obsesionara con él y quisiera casarse.

«Cambias de novia como de camisa», le reprochó su hermana una vez. Pero Conall no veía por qué debía tener remordimientos, si todos eran adultos y sabían lo que había desde el principio. Él siempre dejaba claro que no quería relaciones largas, ni ataduras, y las mujeres solían aceptar sus condiciones. Alguna se había obsesionado un poco con él, recordó con pesar, pero normalmente todo iba bien, todo el mundo obtenía lo que quería. ¿O no era así?

Sintió un vacío en el pecho al observar de nuevo a Morgen. Era evidente que, si estaba divorciada, era porque no había obtenido lo que quería. ¿Habría habido un momento en el que creyó que la felicidad duraría siempre? Conall notó que la idea de que un hombre hubiera roto sus sueños de juventud lo alteraba. A pesar de su aversión al matrimonio, se sentía como si todo el género masculino la hubiera fallado.

¿Adonde iba a parar todo aquello? Sacudiendo la cabeza, miró el reloj encima de la repisa de la chimenea. Casi al mismo tiempo, su estómago sonó. No había comido nada desde por la mañana, ni siquiera se había acercado al refrigerio en el descanso de la reunión, por quedarse a hablar con Morgen. El asunto era que no quería marcharse a por comida y dejarla sola, podía necesitarlo. La idea de que no estaba bien y tendría que apañárselas por sí sola durante la noche no le gustaba. Podría haberle pedido el teléfono de su madre, en vez de molestarla con sus preguntas; por lo menos, la habría telefonado para que supiera que Morgen estaba enferma. Pero ¿qué se suponía que debía hacer ahora?

Finalmente, se encaminó a la cocina, diciéndose a sí mismo que seguramente a Morgen no le importaría que se hiciera un sándwich. Le devolvería el favor invitándola a cenar un día. Disfrutando con la idea, escogió dos rebanadas de pan integral y las rellenó con un fiambre bajo en calorías que había en la nevera y un par de lonchas de queso cheddar. De acuerdo, no era un experto cocinero, pero estaba hambriento y, ¿qué mejor alimento que pan y queso? Si además Morgen tuviera una buena botella de vino tinto, estaría en la gloria...

Morgen se despertó del sueño y, al estirarse, sintió que cada uno de sus huesos y músculos le dolían. Algo suave le rozaba la cara. Abrió los ojos en la semioscuridad y se retiró la manta con pánico: no recordaba haberse cubierto con ella antes de quedarse dormida. ¿Y Conall? ¿Cuándo se había marchado? ¿Y qué le había dicho ella al despedirse? Esperaba que no hubiera sido algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde.

Sentándose, despegó la lengua del paladar e hizo una mueca ante el sabor. Necesitaba beber algo, así que puso los pies en el suelo, deseando no sentirse tan mareada y sofocada, tratando de coordinar su cerebro con sus extremidades.

—Espera, deja que te ayude.

El tono grave de la voz de Conall acudiendo hacia ella en aquella habitación a oscuras paralizó a Morgen. Se quedó mirando su mano, que la sujetó por la axila, lo que supuso un impulso y un apoyo. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Y qué hora era, por Dios bendito? Se dio cuenta de que Conall se había quitado la chaqueta y la corbata, y un mechón de pelo sedoso le cayó sobre la frente al agacharse a ayudarla.

—¿Adonde quieres ir? —preguntó preocupado.

Morgen se mojó los labios secos y deseó que sus extremidades dejaran de temblar:

—Al baño. Puedo... puedo ir sola.

—Estás ardiendo —replicó. En un gesto automático, le puso la mano en la frente, apartó el flequillo y tomó la temperatura—. Tan pronto como te ayude a salir del baño, sugiero que vayas directamente a la cama. Tendrás que enseñarme dónde está tu dormitorio.

Morgen se sentía como un potrito recién nacido, tratando de mantenerse sobre sus piernas y hacerlas funcionar. Cuando tropezó, Conall la sostuvo, y Morgen quiso llorar porque se sentía muy débil y todo indicaba que necesitaba su ayuda.

—No deberías estar aquí —murmuró débilmente, tratando de contener las lágrimas—, ¿por qué te has quedado?

Los ojos azules la contemplaron francamente, sin titubear, con una mirada hipnótica:

—Porque me necesitabas.

Era tan simple como aquello. No hacían falta más explicaciones. Cuando vivía con Simón, él no se había quedado despierto ni una sola vez cuando ella estuvo mal, por no hablar de cuidarla cuando lo necesitó. Y Simón era médico...

Dando un suspiro, Morgen permitió a Conall que la ayudara a

llegar hasta el baño.

Después de insistir en que dejara la puerta abierta, para que pudiera llamarlo si necesitaba su ayuda, Conall se apoyó en la pared del pasillo, deseando haber insistido para que se fuera a casa antes. Lo menos que podía hacer ahora era asegurarse de que todo estaba a su gusto. La arroparía, comprobaría que tenía suficiente agua para beber, y le daría un par de pastillas más para bajarle la temperatura antes de que se volviera a dormir. Luego, pasaría la noche en uno de aquellos sofás enfundados en seda y esperaría a ver cómo estaba por la mañana.

A Morgen posiblemente no le gustaran sus planes, pero no estaba en condiciones de protestar, pensó Conall. Enfrentarse al carácter de Morgen era un riesgo que estaba dispuesto a correr, con tal de quedarse tranquilo sabiendo que ella estaba bien.

Mientras apagaba la luz del baño, Morgen reconoció que se sentía mucho mejor ahora que se había lavado los dientes y había logrado eliminar el sabor desagradable de su boca. Se tambaleó ligeramente al ponerse en pie, y llegó hasta la figura alta y de hombros anchos de Conall con una sonrisa temblorosa.

—Ya he terminado.

—¿Dónde está tu dormitorio?

—Apuesto a que le preguntas lo mismo a todas las chicas —bromeó Morgen, presa de la fiebre. Deseó no haberlo dicho cuando vio en Conall un ceño de una gran desaprobación.

—Prefiero que mis mujeres estén en pleno uso de sus facultades antes de que las cosas lleguen a este punto, cielo —contestó, arrastrando las palabras.

A Morgen se le erizó el vello de la nuca. ¿Qué le pasaba?, se preguntó, ¿por qué estaba tan a la defensiva con aquel hombre?

—No intentaba... flirtear contigo.

Se volvió para marcharse, y casi se murió del susto cuando Conall la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí. Se quedó mirándolo, ardiendo de fiebre y con las piernas temblando, totalmente incapaz de apartar su mirada de aquellos cautivadores ojos azules.

—¿Crees que te habría rechazado si lo hubieras hecho? Incluso en tu lamentable estado actual, te deseo como no tengo derecho a hacerlo. Y ahora, cambiemos de tema antes de que se me olvide que soy un caballero.

Una vez en la habitación de Morgen, Conall echó las cortinas amarillo claro y tomó aire para tranquilizarse. Al entrar, había dejado a Morgen sentada en el borde de su cama antigua de bronce,

luchando por quitarse la chaqueta, mientras él se esforzaba por no mirar e imaginarse que se estaba desnudando para él.

Conall también estaba febril, pero no de enfermedad. Estar en el dormitorio de Morgen era increíblemente más erótico que cualquier fantasía que hubiera podido imaginarse. La habitación era muy femenina, lo que sensibilizaba más a Conall sobre su propia masculinidad. Las mujeres con las que salía habitualmente preferían un estilo minimalista en sus dormitorios, pero la habitación de Morgen era un seductor asalto a los sentidos: estaba poblada de aromas eróticos, como sándalo, y algo más exótico y dulce que no pudo identificar, y todo lo que podía contemplar era un regalo para la vista.

En una de las esquinas, había un tocador forrado de muselina blanca, repleto de frascos de perfume y con un juego de cepillo y peine de plata. Una alfombra color oro pálido cubría el suelo, y junto a la cama había otra más pequeña con un motivo oriental. Del centro del techo colgaba una lámpara antigua de bronce decorada con cristales en forma de lágrima. Pero, sin duda, la cama era lo que más le llamaba la atención, y la imagen de Morgen en ella era más que un sueño. Aquellas sábanas de un virginal hilo blanco contrastaban profundamente con el azabache de su pelo, advirtió Conall, y su calentura aumentó al imaginarse haciéndola el amor en aquella cama, con sus cabellos negros esparcidos sobre la almohada.

—¿Puedo meterme ya en la cama?

Abrió las sábanas blancas y, mientras se arrastraba bajo ellas, Conall atravesó la habitación y se colocó al lado de la cama, tratando de adoptar una postura que disimulara el enorme deseo que lo poseía.

—Todavía llevas puesta la ropa —le recordó, con una expresión severa—. ¿Dónde están tu camisón o tu pijama?

Se quedó mirándola, casi esperando que sacara un largo camisón Victoriano de encaje de debajo de su almohada.

—Me encuentro demasiado enferma como para cambiarme —protestó.

En realidad, no tenía ganas de ponerse el pijama con él delante observándola.

—Por la mañana lo lamentarás.

—De acuerdo, entonces déjame para que pueda cambiarme.

Intentaba apoyar los pies en el suelo cuando Conall le dio un pequeño empujón para que volviera a tumbarse.

—¿Dónde está tu ropa? Te la voy a traer.

Señalando con la cabeza hacia los armarios victorianos al otro

lado de la habitación, Morgen contestó:

—Está en el tercer cajón.

Era cierto, pensó Conall maravillado, con un pijama de seda roja en las manos. Era tan suave que parecía agua escapando entre los dedos. El deseo se agolpó salvajemente en su ingle y, durante unos instantes, no se movió, tratando de calmarse. Morgen dormía con un pijama de seda roja, ¿acaso intentaba torturarlo?

—Póntelo —le ordenó ásperamente, lanzándoselo—. Esperaré fuera.

Capítulo 6

Morgen estaba tumbada en la cama contemplando el techo cuando, sin avisar, la puerta se abrió y entró Conall. Llevaba un vaso de agua en una bandeja, y tenía el pelo mojado y alborotado, como si acabara de ducharse. Su mandíbula empezaba a oscurecerse con una incipiente barba. Con la camisa desabrochada hasta el centro del pecho, sin la corbata ni la chaqueta, estaba demasiado atractivo para describirlo con palabras. Era como el hombre de la portada de un calendario, pero aquél estaba allí delante, podía tocarlo.

Morgen se quedó sin habla durante unos instantes y, como si no fuera posible, su temperatura aumentó aún más. Por lo que parecía, había pasado la noche allí, tal y como dijo que haría. Morgen no podía creerlo.

—¿Cómo te sientes hoy? — Morgen no se contuvo:

—Como si hubiera resucitado, realmente.

—Toma, aquí tienes dos pastillas más.

Conall dejó cuidadosamente la bandeja sobre la mesilla de noche, y a continuación le dio a Morgen las pastillas y el vaso de agua para tragarlas. Esperó pacientemente a que terminara, y volvió a colocar el vaso en la bandeja.

—Todavía estás muy caliente.

Conall posó la mano sobre la frente de Morgen y frunció el ceño ante la evidencia.

—De ninguna manera puedes ir hoy a trabajar. ¿Llamo al médico para que te examine?

Morgen no estaba acostumbrada a tantas atenciones cuando estaba enferma, y aún no podía creer que su poderoso jefe hubiera pasado la noche en su humilde casita para cuidarla y asegurarse de que no se pusiera peor. ¿Lo hacía para proteger una inversión de la empresa, tal vez? ¿O sus razones eran más básicas? La frase de que la deseaba más de lo que tenía derecho la había rondado en la cabeza toda la noche. Bueno, aquel hombre podía desear todo lo que quisiera, pensó Morgen desafiante, pero no significaba que pudiera tenerlo. Para Morgen, el bienestar de su hija era lo primero, más importante que volver a meterse en líos del corazón, y hacia allí se encaminaría si se liaba con su jefe.

Además, se acordaba del comportamiento de su ex marido en el pasado, y se le quitaban todas las ideas tontas de tener una relación

con Conall. Los hombres de alto nivel estaban demasiado dedicados a sus carreras como para volcarse en una relación, y menos si la mujer tenía hijos. ¿Y no había dicho Conall que nunca dejaría que una mujer se le acercara demasiado? La prioridad más importante para Morgen era criar a su hija, y no estaba dispuesta a perderse en un breve y apasionado romance que pusiera en peligro su trabajo y su relación con Neesha. Aunque la idea era cada vez más difícil de mantener.

—No quiero que llames al médico, no va a recomendarme nada que no esté haciendo ya. Esperaré hasta la hora de la comida a ver cómo me encuentro y, si me siento mejor, me meteré en el coche e iré a trabajar.

—¡Por encima de mi cadáver! —la cortó Conall, fulminándola con la mirada—. Gracias a Dios, tu coche sigue en la oficina, ¿recuerdas? Y aunque estuvieras mejor, ¡sería capaz de atarte a la cama para que no fueras! —gritó—. No te precipites, Morgen. Quédate tranquila el resto del día y no te aventures más allá de esta habitación y el baño. Por desgracia, tengo varias reuniones esta tarde y necesito prepararlas, si no, me quedaría contigo. ¿Tienes un teléfono por aquí?

Morgen le acercó un pequeño teléfono inalámbrico que había sobre la mesilla. Sí, éste.

Tenlo a mano. Voy a estar llamándote a lo largo del día para asegurarme de que estás bien. Puede que también te pregunte sobre cosas de la oficina, ¿te importa? — Desde luego que no.

Una vez dicho esto, Morgen se quedó en blanco. No la ayudaba el hecho de que Conall siguiera frente a ella, mirándola, como si le costara mucho marcharse. Podía apreciar cómo la mandíbula de Conall se tensaba y destensaba, lo que desencadenó unas sacudidas de sensualidad en su cuerpo contra las que no pudo hacer nada. La imaginación era poderosa, se advirtió a sí misma. Conall O'Brien podía conseguir a cualquier mujer que deseara, ¿por qué iba a interesarse en una madre divorciada, con todo el lastre que conllevaba? Y encima la había visto en sus peores momentos, ¡qué mal! Ni siquiera se había mirado al espejo aquella mañana, por no hablar de lavarse los dientes o cepillarse el pelo, ¡debía parecer la madre de Drácula!

—Gracias por traerme a casa, y por pasar la noche. Espero que el sofá no fuera, muy incómodo.

—Estuve bien. He usado tu ducha, espero que no te importe. Y ahora me voy a casa para darme un afeitado rápido y cambiarme de ropa. He hecho sopa por si tenías hambre, está en la cocina; te

vendrá bien comer un poco. Y llámame si necesitas cualquier cosa, ¿de acuerdo?

En lo que sí estaba de acuerdo era en que la hacía sentirse como si fuera una niña de nuevo. Sentirse protegida y cuidada era una combinación seductora para una mujer que necesitaba desesperadamente un poco de cariño. Morgen sonrió agradecida, aunque sintiera que la cabeza le iba a estallar.

— ¿Te preocupas tanto por todos tus empleados?

A Conall le incomodó la pregunta, así que, ignorándola, se encaminó hacia la puerta:

—Y telefona a tu madre, para que sepa que no estás bien. Te veré luego.

Y diciendo eso, se marchó. Morgen apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos, sintiéndose enormemente agradecida.

La secretaria de su socio era agradable y servicial, pero no era Morgen. Y no era capaz de hacer un café decente. Frunciendo el ceño por enésima vez aquella tarde, Conall observó a la delgada rubia acercarse con otra taza de aquel brebaje y forzó una sonrisa.

—Gracias, Mié. ¿Ha encontrado el archivo que le pedí?

—Todavía lo estoy buscando, señor O'Brien, ¿le importaría esperar un poco más?

—Necesito ese informe para la reunión que tengo dentro de media hora. Haga todo lo posible para encontrarlo, por favor.

Cuando cerró la puerta detrás de ella, Conall suspiró y se pasó la mano por su alborotado pelo. Necesitaba cortárselo, pero no sabía cuándo tendría un hueco en la agenda. Se encontró alcanzando el teléfono, pero retiró la mano en el último momento.

Ya había llamado a Morgen tres veces. La última, estaba soñolienta, y Conall se había sentido extrañamente culpable por haberla despertado. Ella volvería a la oficina antes o después, así que debía dejarla descansar. El problema era que le había removido la conciencia su preocupación incansable por Derek, y también sus acusaciones de que él no tenía compasión respecto a los problemas de sus empleados. Morgen probablemente se había resignado a que él era frío, arrogante y un cerdo egoísta.

La idea le hizo estremecer. Morgen era una madre divorciada que se las apañaba sola. Aquello debía de ser duro. Aunque su ritmo de vida acelerado y de alto nivel estuviera a millas de distancia del de ella, Conall podía imaginárselo. Aparte de que hubiera removido su conciencia, Conall la echaba de menos. Era una locura, tan sólo hacía unos días que la conocía y, no entendía cómo, pero sentía una profunda atracción por aquella mujer.

Cada vez que cerraba los ojos, la veía con aquel pijama rojo de seda tan sumamente sexy. La noche anterior, se había acercado a ver cómo estaba, hacia la una de la madrugada. Morgen estaba fuera de las sábanas, y la parte de arriba del pijama se le había enrollado justo hasta debajo de sus pechos. Conall se había quedado sin aliento ante la visión de su estómago tremendamente sexy.

Su amigo Mike, de la oficina de Nueva York, le habría aconsejado sin dudarle que se la llevara a la cama lo antes posible y terminara así con aquella atracción salvaje, antes de que escapara a su control. A lo mejor era lo que debía hacer... Tal vez a Morgen él no le gustara ni sintiera admiración por él, pero Conall sabía que tampoco era completamente inmune a sus encantos. No sería muy difícil seducirla, sobre todo para un hombre con su experiencia...

—¡Concéntrate, O'Brien! ¿Qué diablos te pasa? —se dijo en voz alta.

Furioso consigo mismo, reunió los planos que tenía sobre la mesa y se forzó a examinarlos una vez más. La puerta se abrió y apareció la rubia cabeza de Julie.

—¿Quería usted algo, señor O'Brien? Me pareció oírle hablar.

«Lo que quiero no puedo tenerlo...», pensó Conall, con la vista perdida. Se sacudió el pensamiento mentalmente y dirigió una amplia sonrisa a aquella secretaria temporal que llevaba ropa muy ajustada.

—No, gracias, sólo estaba pensando en alto —se disculpó. Y cuando volvió a ver la puerta cerrada, se levantó a contemplar la vista desde el ventanal.

—No he visto tu coche aparcado fuera.

Loma McKenzie revoloteaba alrededor de la cama de su hija, colocando el vaso en la bandeja y ahuecando la colcha.

Morgen captó el ligero tono de sospecha de su voz:

—Un amigo del trabajo me trajo a casa. Mi coche está todavía en el aparcamiento de la oficina.

—Deberías haberme llamado, habría ido a buscarte. ¿Se le ocurrió a ese «amigo» tuyo llamar al médico?

Era típico de su madre dar por hecho que nadie más que ella sabía hacer las cosas. Cerrando los ojos un instante, Morgen se advirtió a sí misma que no iba a morder el anzuelo. Cuando volvió a abrirlos, su madre había cruzado los brazos y la contemplaba con los labios ligeramente apretados.

—No quise que viniera el médico. Seguramente será un virus, y se irá en un par de días.

—¿Y qué pasa si necesitas una medicación específica?

Seguramente te vas a tratar con alguno de esos remedios alternativos tuyos, ¿no? —Loma descruzó los brazos, suspirando—: ¡Eres la criatura más cabezota del universo, ya lo creo! ¿Has comido algo?

—Mi amigo me hizo una sopa.

Había tomado un poco, pero la verdad era que no tenía mucho apetito.

Se preguntaba qué diría Loma si supiera que aquel «amigo» al que se refería era su jefe. El dueño de la empresa, nada menos. En el fondo, Morgen estaba teniendo problemas para aceptar que Conall parecía realmente preocupado por su bienestar: había llamado tres veces aquella mañana, y lo peor de todo era que ella había esperado ansiosa aquellas llamadas. El hecho de oír su voz la llenaba de más energía que cualquier medicina. Aquello era peligroso...

—Bueno, voy a hacerte un buen guiso de pollo. Neesha ya ha merendado, pero puede comer algo de guiso más tarde, si tiene hambre.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Viendo un vídeo. Le he dicho que necesitabas descansar. Ya ha hecho los deberes, y lo tiene todo preparado para mañana. Ahora le diré que suba a verte. Mientras tanto, ¿por qué no intentas dormir un poco más?

Morgen puso mala cara, deseaba que su cabeza no pesara tanto.

No quiero dormir más. Creo que me voy a poner la bata y voy a bajar con Neesha.

—Bueno, pero luego no digas nada si te sientes peor, yo te lo he avisado, ¿eh?

—¡Por Dios santo, mamá!, ¡tengo veintinueve años, no cinco! Si dejaras de tratarme como a una niña y me dejaras tomar mis propias decisiones, las cosas nos irían mucho mejor a las dos.

Apoyando los pies en el suelo, Morgen se puso la bata de seda y se fue hacia la puerta. Loma se quedó mirándola, con las cejas arqueadas y una expresión dolida, como hacía siempre que su hija no seguía sus consejos.

—Te dejaría en paz si tomaras alguna buena decisión de vez en cuando —murmuró.

Morgen sabía que lo sabio era ignorar aquel comentario, pero el dolor y la rabia la desbordaron. Con ira en sus ojos, se llevó las manos a las caderas y se enfrentó a su madre:

—¿A qué te refieres con eso? Por casualidad, no estaremos hablando otra vez de Simón, ¿verdad? El me dejó, ¿recuerdas? Fue

él quien no quiso asumir las responsabilidades de ser padre, así que no sigas comportándote como si todo fuera por mi culpa. ¿Crees que yo quería ser una madre divorciada? ¡Sabes lo duro que está siendo para Neesha y para mí, y todavía sigues dándome la lata con el maldito Simón, como si él fuera la víctima de todo esto!

—Podías haberle retenido si realmente hubieras querido.

Loma hizo frente a la iracunda mirada de su hija haciéndose la ofendida.

—¿Haberle retenido? —las palabras de su madre la habían dejado boquiabierta—. ¿Qué quieres decir exactamente con eso?

—Eres una mujer atractiva. Desde que trabajas, has olvidado cómo ser femenina, ése es tu problema. Crees que tienes que ser una mujer dura, actuar como un hombre para obtener lo que quieres, cuando lo verdadero es lo contrario. Simón estaba perdidamente enamorado de ti: si hubieras aprovechado eso, en vez de permitir que sus padres lo apartaran de ti, todavía estaría aquí contigo.

Morgen se tambaleó ligeramente y se agarró a la jamba de la puerta. Estaba tan furiosa, que la cabeza empezó a darle vueltas de nuevo. En su interior, se sentía traicionada. Su madre creía realmente que ella era la responsable de que su marido se hubiera ido, porque no había usado sus «armas de mujer» para mantenerlo interesado en ella. Loma nunca vería la realidad: los padres de Simón nunca la consideraron lo suficientemente buena para su amado hijo, y de alguna forma él también llegó a creerlo.

—No éramos suficientemente buenas según el rasero de Simón Vaughan—Smith y su familia: ni tú, ni yo ni Neesha... Esa es la cruda realidad: ¡no éramos suficientemente buenas! ¿Por qué no lo aceptas de una vez? —la increpó—. ¿Qué esperabas que hiciera, que estuviera eternamente agradecida porque el «señor médico» se fijó en mí, una simple secretaria? ¿Acaso crees que tenía que haberme dejado pisotear por un anillo de boda?

—¡Eres tan buena como él y lo sabes! —repuso Loma desdeñosamente, empujando a Morgen hacia el pasillo—. Tan sólo quiero que Neesha y tú no sufráis. ¿Qué daño puede hacer el que una madre quiera un buen hombre para que cuide de su hija?

Morgen miró a Loma con los ojos brillando de rabia:

—Simón no era un buen hombre, mamá —contestó lentamente—, era un cobarde. Neesha y yo estamos mucho mejor sin él. Las cosas no nos van tan mal: gano un sueldo decente, vivimos en una casita estupenda, consigo que gastemos poco y, además, me las he arreglado para tener algunos ahorros. Así que no nos va mal.

—No, eso es cierto —negó Loma, dándose golpecitos entre las

cejas—. Pero trabajas demasiadas horas y no tienes suficiente tiempo para tu hija. ¿Quién fue a verla las tres últimas veces a la función del colegio?: yo. ¿No crees que Neesha preferiría que hubieras ido tú, Morgen?

Morgen se sentía culpable respecto a aquél y otros momentos, en los que había necesitado la ayuda de su madre porque ella tenía que trabajar.

—Bueno, a lo mejor eso ya no pasa.

Estaba pensando en lo que Conall había dicho sobre que la gente tenía una vida fuera del trabajo. Tal vez había alguna posibilidad de acudir a la próxima función de Neesha.

El carismático dueño de O'Brien and Stoughton Associates era un buen hombre, Morgen lo intuía, incluso aunque su comportamiento fuera brusco. A lo mejor, durante su estancia en el Reino Unido, podía hablar con él acerca de reducir su horario para tener más flexibilidad a la hora de atender las necesidades de Neesha... Había cubierto de sobra su cupo de horas extra desde que Derek tenía problemas; tal vez la empresa pudiera reintegrárselo haciéndole aquel favor...

Decidió que, tan pronto como se sintiera mejor, se reuniría con Conall para proponérselo. Según las normas, debía presentar su petición en el departamento de Recursos Humanos pero, ¿por qué hacerlo así cuando podía hablar directamente con el jefe supremo?

—Lo comentaré en el trabajo —le dijo a su madre—. Voy a tratar de modificar mi horario para que sea más flexible, o algo así. No te preocupes, encontraré alguna solución; lo prometo.

—Sabes que no lo digo porque no quiera cuidar de Neesha, ¿verdad? Quiero tanto a esa niña como cualquier abuela quiere a su nieta. Sólo que me parece que ella y tú necesitáis pasar más tiempo juntas. Crece tan rápido, Morgen... y no quiero que te pierdas esos momentos únicos, porque ya no vuelven. Sólo quiero que las dos seáis felices.

Morgen la abrazó con lágrimas en los ojos:

—Ya lo sé, mamá. Ya lo sé.

—¡Buenos días!

Conall estaba inmerso en una importante conversación con Richard Akers, uno de los socios, y tardó en reaccionar cuando Morgen se asomó brevemente por la puerta.

—Perdona, Richard, estoy contigo en un momento.

Salió del despacho y observó maravillado a Morgen, que se afanaba en revisar y distribuir el correo. Llevaba una chaqueta roja ajustada encima de un top blanco de seda y una falda negra por la

rodilla, y se había recogido el pelo en una cola de caballo adornada con un lazo rojo. ¿Estaba más delgada?, se preocupó Conall, encantado de volver a verla.

—¿Qué estás haciendo hoy en la oficina si puede saberse? Creí que quedamos en que no volverías hasta después del fin de semana.

—Esta mañana me encontraba bien, así que pensé que podía venir. ¿Preparo café?

—Olvídate del café —gruñó Conall.

Era consciente de que Richard Akers estaba esperándolo en el despacho, y no era famoso precisamente por su paciencia, pero Conall estaba demasiado ansioso por asegurarse de que Morgen estaba recuperada para volver al trabajo.

—Para un momento, ¿quieres? —le pidió mientras se pasaba la mano por el pelo.

Morgen apreció que se lo había cortado. Desde la punta del pelo cortado por el mejor estilista, hasta la suela de sus mocasines italianos, daba toda la impresión de ser el exitoso arquitecto que era, y el aire a su alrededor vibraba con la sensación de poder que destilaba. El corazón de Morgen dio un vuelco:

—¿Hay algún problema?

El radar de Conall captó que el labio inferior de Morgen temblaba. Parecía que todo su cuerpo se había puesto alerta. ¿Por qué el trabajo era lo último en lo que quería pensar cuando ella estaba cerca? Tendría que prestar atención a aquel asunto si querían seguir trabajando juntos con buen ambiente.

—No hay ningún problema. Tan sólo quiero cerciorarme de que estás suficientemente bien para estar aquí. ¿Qué ha dicho el médico?

—No le he llamado. Soy perfectamente capaz de saber por mí misma si me siento mejor o no. Damos demasiado crédito a los médicos.

—Bueno, a mí me parece que todavía estás un poco pálida.

—Me pondré bien en cuanto vuelva a la vida normal —afirmó, desviando la mirada.

A decir verdad, todavía se sentía un poco en baja forma, pero era normal después de tres días en cama. No había tenido apetito, y seguramente por eso estaba un poco pálida. Pero Conall no tenía por qué saber aquello. Aparte, Neesha estaba en el colegio todo el día y a Morgen se le había caído un poco la casa encima. Loma la había visitado a menudo, pero Morgen la convencía de que se estaba recuperando y que no necesitaba que la mimara. Ir al trabajo era más atractivo de lo que había sido en mucho tiempo. Y no tenía

nada que ver el hecho de que Conall O'Brien estuviera allí, por supuesto...

—Hablares cuando acabe la reunión con Richard Akers.

Dirigiéndose hacia el despacho de Derek, Conall se volvió para echar un último vistazo a Morgen. Satisfecho con la idea de que estar allí no supondría ningún daño para ella, le lanzó una sonrisa:

—Tómatelo con calma. Y sí, me encantaría tomar un café, cuando puedas.

—Enseguida.

Morgen se sentó en la silla antes de que sus piernas cedieran, se llevó las manos a las mejillas ardiendo y suspiró. ¿Cómo era posible que una sonrisa inocente de aquel hombre la hiciera temblar como una hoja? Ni siquiera Simón, tan guapo como era, había provocado una reacción tan poderosa en ella.

Una cosa era estar contenta de volver al trabajo porque necesitaba salir de casa y volver a la rutina, pero otra muy distinta era estar contenta de volver a causa de un hombre de metro ochenta y cinco, hombros anchos y magníficos ojos azules, que resultaba ser su jefe. Si quería sobrevivir el resto del tiempo que Conall iba a suplir a Derek, tendría que poner algo de distancia entre ambos.

Iba a tener que olvidar que Conall la había telefoneado cada día a casa mientras estuvo enferma, y no sólo por cuestiones de trabajo. Aquellas llamadas le habían subido la autoestima. Pero nunca se le ocurriría decírselo: una confesión como aquella convertiría su relación en algo más personal de lo que ella podía controlar, y Morgen no podía correr ese riesgo. Social y profesionalmente, Conall y ella vivían a años luz, igual que había pasado con Simón. Se había jurado que nunca volvería a sentirse incómoda. Cuando, en el futuro, se planteara una relación, si es que eso pasaba, buscaría a alguien de su mismo nivel. Alguien con quien pudiera ser ella misma.

Morgen recogió el correo de la mañana, abrió la primera carta con un fervor desacostumbrado y se obligó a concentrarse en lo que ponía.

Capítulo 7

Conall no tuvo oportunidad de hablar con Morgen en todo el día, para frustración suya. Tuvo una reunión detrás de otra, y además había pasado la tarde en la zona del puerto con Stephen Ritchie y el constructor jefe, solucionando un problema bastante delicado que había aparecido. Cuando llegó a la oficina eran las seis menos cuarto, y Morgen estaba descolgando su gabardina de la percha.

Se sorprendió cuando Conall apareció en la puerta, y sus mejillas enrojecieron. Conall sonrió al ver aquella reacción, y dejó su maletín sobre una silla.

— ¿Todavía está aquí, señorita McKenzié? —bromeó—. Si no supiera que es falso, diría que intentaba impresionar al jefe.

—Dado que la mayoría de los días me quedo hasta las seis o seis media, eso sería una conclusión incorrecta por su parte, señor O'Brien —contestó, enrojeciendo de nuevo y poniéndose precipitadamente la gabardina—. Si piensa quedarse un poco, he dejado la cafetera encendida al mínimo en su despacho. Acuérdesse de apagarla cuando se marche. Bueno... que tenga un buen fin de semana. Lo veré el lunes.

—¡Eh, no tan rápido!

Conall la agarró por la muñeca, cerró la puerta del despacho y, hábilmente, apoyó a Morgen contra ella.

Morgen creyó que el corazón se le salía del pecho, y sus ojos verdes se abrieron alarmados. Conall estaba demasiado cerca, ¿es que no se había dado cuenta?

Rompía todas las reglas con total desparpajo. Si alguien entraba en aquel momento... pero, ¿cómo iban a entrar si ella estaba apoyada en la puerta?

Su mente funcionaba a mil por hora mientras intentaba no fijarse en aquellas largas pestañas que tenía tan cerca, aquellos pómulos bien formados y aquella sombra de barba que empezaba a aparecer rodeando la mandíbula perfecta del hombre... Y en cuanto a su boca, bueno, no había ninguna razón para fantasear con que la besaba, ¿verdad? Sólo porque los labios eran carnosos y suaves y prometían una sensualidad que sólo rechazaría una mujer que hubiera perdido las ganas de vivir... Menuda excusa para justificar que se deshacía ante él.

—¿Qué... qué quieres?

—Quiero verte esta noche. Cena conmigo.

—No puedo.

El pánico la impedía proferir palabras. Aquello era imposible... era jugar con fuego. Empezaba a experimentar el tipo de urgencias y deseos que podían meterla en un buen lío, iba justo en la dirección correcta para complicarse la vida.

—¿Por qué no?

Conall levantó una ceja mientras se acercaba aún más. Morgen tragó saliva.

—Porque... porque siempre paso la noche del viernes con mi hija. Pedimos una pizza y vemos la tele juntas.

—Suenan bien. ¿Qué tal mañana por la noche?

—Ya te dije cuando nos conocimos que no salgo con gente del trabajo, es una norma que no rompo.

Levantó la barbilla, desafiando a Conall a que pusiera pegos a su razonamiento. Seguro que entendía por qué lo hacía. Algún día incluso se lo agradecería.

—¿Nunca te has sentido tentada a hacerlo?, ¿ni siquiera una vez?

Con voz grave, Conall recorrió el perfil de su nariz con un dedo, y a continuación apoyó la yema de su pulgar sobre su abultado labio inferior, como si estudiara algo exquisito y único.

Morgen se sintió inundada por un calor como si estuviera tumbada en la playa con el sol dando de plano. Una gota de sudor bajó lentamente por su espalda. «Tentada» era la palabra mágica. Al oírla se le había escapado un gemido, así que ahora luchaba por recuperar el control, por actuar con la cabeza. «Sal de aquí», le decía una voccecita en su cabeza, y obedeciéndola, Morgen acercó la mano a la muñeca de Conall para que la soltara.

Aquél fue su primer error. La piel de Conall era firme y cálida, y su vello parecía de seda. El contacto la paralizó. Desesperada, elevó sus enormes ojos verdes hacia los de él.

—No... no quiero que me tiente algo de lo que me pueda arrepentir. No quiero perder mi trabajo cuando las cosas se compliquen, y te aseguro que lo harán. Nunca sale nada bueno de los romances de oficina, y yo tengo una hija de la que ocuparme.

—¿Siempre vas sobre seguro? —preguntó Conall, molesto—. Eso no deja mucho sitio para la espontaneidad... Rompe algunas barreras, Morgen —la animó—. No se lo diré a nadie... lo prometo.

La boca de Conall se apretó contra la de ella antes de que Morgen se diera cuenta. Una sensación cálida se extendió por su cuerpo y todo su mundo se concentró en los labios flexibles y

jugosos de Conall, que le provocaban una respuesta que no podía ocultar por más tiempo. Su beso era arrebatador, y la llenó de una sensualidad que nunca habría imaginado. Un constante hormigueo de placer subía y bajaba por su columna vertebral.

Abriéndose a una exploración más profunda, la lengua de Morgen se enlazó con la de Conall, despertándole un erotismo de fuego y terciopelo con sabor a café molido. Morgen sintió retumbar su corazón como un tambor lejano cuando su cuerpo se acomodó contra la firme virilidad de Conall.

Separando sus labios de los de ella, Conall comenzó a besarla el cuello, sumergiendo sus dedos en aquel pelo negro y deshaciendo el lazo rojo que sujetaba la coleta. Gimió cuando sintió la masa de pelo libre y le sujetó la nuca con su mano.

—Creo que el deseo de poseerte se ha convertido en una obsesión para mí —le confesó en un susurro.

Aquellas palabras despertaron un profundo terror en el corazón de Morgen. Simón siempre había criticado su respuesta sexual. La había acusado muchas veces de falta de pasión. Decía que, así como era inferior a nivel profesional, también era una inútil en la cama, otro punto más para que no la quisiera como esposa. El recuerdo de aquello hizo desaparecer toda sensación de placer. Y ahora estaba en aquella situación demasiado íntima con Conall. Habían ido demasiado lejos, habían traspasado las barreras entre lo profesional y lo personal, y nunca deberían haberlo hecho. ¿Era demasiado tarde para frenar la situación?, se preguntó Morgen, presa del pánico. ¿Podría ella escapar de aquella imposible atracción salvaje sin provocar situaciones embarazosas o difíciles en el futuro?

—Lo siento, Conall.

Respirando acelerada, lo apartó de ella. Agradeció el hecho de que el pelo le cayera sobre la cara, porque así podía esconderse tras él:

—Eres un hombre muy atractivo, pero no me interesa tener sexo contigo. No dudo que puedes conseguir a la mujer que quieras: eres joven, tienes éxito y no te ata nada, pero yo soy una madre divorciada que intenta llegar a fin de mes. No puedo permitirme tirar por la borda todo aquello por lo que he trabajado por un momento de pasión. Tengo una hija, Conall. Necesito trabajar para mantenernos a las dos. Necesito este trabajo, ¿crees que lo pondría en peligro por una noche de sexo con mi jefe?

—¿Cómo se te ocurre pensar que tu trabajo se vería amenazado si te acostaras conmigo?

—Porque sucedería, inevitablemente. Complicaría las cosas, ¿no

lo ves? Tendríamos que vernos cada día y sería... sería demasiada distracción para mí, no podría trabajar aquí. No soy el tipo de mujer que se toma el sexo a la ligera, Conall. Si crees lo contrario, habrás sacado otra conclusión errónea sobre mí.

—¿Y qué te hace pensar que todo lo que pueda haber entre nosotros sea una simple noche de sexo?

Frustrado y enfadado, Conall se retiró hacia atrás y se aflojó el nudo de la corbata.

Morgen lo contemplaba apoyada en la puerta:

— ¿A qué te refieres?, ¿estás buscando una relación?

Conall no podía contestarla porque ni él mismo lo sabía. Sus pensamientos no habían ido más allá de llevarla a la cama y cumplir la fantasía que lo había poseído desde que la había visto por primera vez. Apenas dormía por las noches pensando en ella, y quería terminar con aquella dulce tortura. Sabía que su historial con las mujeres no era muy bueno, y no tenía ninguna experiencia en relaciones largas. Pero hasta el momento no era algo que le preocupara, no cuando «corto y dulce» había sido siempre su lema. Así que, ¿quería una relación con aquella mujer? ¿Estaba preparado para romper una de sus normas más importantes y comprometerse a largo plazo? Ella tenía una hija. Si quería tener a Morgen, tendría que empezar a pensar también en su hija...

—No.

Morgen respondió por él, sonriendo para ocultar su dolor, y se agachó para recoger el lazo rojo del suelo. Cuando se levantó, sus hermosos ojos verdes tenían una mirada que Conall nunca había visto antes.

—Es lo que yo creía. Bueno, mejor, porque yo tampoco busco una relación. Ya tropecé una vez en mi vida, y no tengo ninguna prisa por que vuelva a sucederme.

—Buenas noches, Conall. Que disfrutes del fin de semana. Yo lo haré.

Conall la dejó marchar, maldiciéndose a sí mismo porque su ingenio parecía haberlo abandonado. ¿Por qué había necesitado tanto tiempo para responder a aquella pregunta tan lógica? Él no era un bruto insensible. Debería haber sabido desde el principio que ella no era el tipo de mujer que va de romance en romance, aunque su primera impresión fuera todo lo contrario. Había aprendido enseguida que Morgen era seria y leal, y que para ella lo primero era su hija. Su madre la habría catalogado como «potencialmente casadera». Conall gimió. Él no quería casarse. Para él, «largo plazo» significaba más de cuatro o cinco citas, ni se planteaba un

compromiso de por vida.

Conall decidió que ya había examinando suficientemente sus sentimientos, así que se acercó al teléfono que había en la pulcra mesa de Morgen. Mientras marcaba el número, se fijó en un cuaderno que había sobre la mesa. En la primera página que abrió estaba escrito: Sábado, comprarle zapatos a Neesha, luego llevarla al Chiqui Park de 2 a 4». Conall estaba intentando descifrar la última parte de la nota cuando oyó que al otro lado descolgaban.

—¿Dígame?

—¿Madre? Soy Conall. ¿Vas a estar en casa esta noche?

—¡Conall, eres tú! Me preguntaba cuándo ibas a aparecer. Claro que voy a estar en casa, mi sesión de bridge fue ayer. Justamente ahora estaba en la cocina, preparándome la cena. ¿Por qué no te pasas y cenamos juntos?

Consciente de que hacía mucho tiempo que no la veía, y agradecido por la oportunidad de sentarse y relajarse junto a alguien que conocía todas sus debilidades como él mismo, Conall dejó el cuaderno sobre la mesa.

—De acuerdo, te veré en una hora. Llevaré una botella de vino.

—¿Conall?

—¿Sí, madre?

—¿Estás bien, cielo? Te noto un poco tenso. —Por la frustración sexual, sin duda. Con una sonrisa compungida, Conall suspiró y respondió:

—Estoy bien. Demasiado trabajo, eso es todo.

—Bueno, vente para acá y descansa un rato. Será maravilloso disfrutar de tu compañía un rato.

Mientras devolvía el auricular a su sitio, Conall se sorprendió porque sentía lo mismo.

—Bueno, dime, ¿te gusta estar de nuevo en casa?

Los ojos azul cristalino de Victoria Kendall, tan parecidos a los de su hijo, observaron cuidadosamente al hombre corpulento que ocupaba todo el sillón frente a ella.

Conall percibió un tono de esperanza en la voz y no pudo evitar hacer una mueca. Sabía demasiado bien adonde llevaba aquella conversación. Pero había disfrutado de una estupenda cena casera y dos generosos vasos de buen Chablis, y estaba dispuesto a ser amable. Al menos es lo que se dijo a sí mismo antes de responder:

—Sí. Me gusta estar de nuevo en casa. Hay cosas que he echado mucho de menos.

—Entonces, ¿por qué no estudias el comprarte una casa en la ciudad? Sabemos que a Teresa no le importa que te alojes en su

piso, pero no es muy práctico si vas a trabajar en la oficina de Londres por un tiempo, ¿no te parece?

—La idea se me ha pasado por la cabeza...

De hecho, de camino a casa de su madre no había pensado en otra cosa... bueno, aparte de en Morgen. De alguna manera, comprarse una casa y sus sentimientos por aquella mujer estaban inexplicablemente entrelazados. Era preocupante.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Victoria, sonriéndole—. ¿Estás considerando trasladarte a trabajar a la oficina de Londres permanentemente?

—Yo no he dicho eso —contestó Conall contrariado, levantándose y dando vueltas por la habitación—. Tengo que considerar muchas cosas antes de tomar una decisión como ésa.

«Como, por ejemplo, cómo decirles a los de Nueva York que me establezco en el Reino Unido»

Se preguntó qué le parecería aquello a Morgen. Cuando Derek volviera, ella ya no estaría trabajando directamente para él, pero, ¿había algo que le impidiera ascenderla? Después de todo, él necesitaría una secretaria propia si iba a trabajar permanentemente en la sede de Londres. La idea no debería ser especialmente atractiva, pero lo era para él. Después del conmovedor beso que habían compartido, no tenía ninguna prisa en poner un océano entre ambos. Incluso aunque ella pensara que sus motivos no eran válidos.

—¿En qué estás pensando, hijo?

Victoria se le acercó por detrás. El aroma de su perfume le trajo recuerdos de su niñez.

—Sé que algo te preocupa, llámalo intuición de madre.

—No me preocupa nada. Al menos, nada que un buen sueño no pueda curar.

Victoria le colocó la mano sobre el brazo:

—Es una mujer, ¿verdad?

¿Intuición de madre? Lo próximo sería que le sacara una bola de cristal.

—Eres como un perro con un hueso, ¿lo sabías?

Aunque frunció el ceño, había una nota de humor en los ojos de Conall. Encantada, su madre no trató de ocultar el placer que le producía saber que su hijo había encontrado por fin alguien con quien se planteaba ir en serio.

—¿Quién es? ¿Dónde vive? Debe de ser una chica de por aquí si estás pensando en volver a verte.

—No saques conclusiones. No soy de los que sientan la cabeza,

ya lo sabes.

—De tal palo tal astilla, ¿eh?

Victoria puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, pero Conall ya había captado un destello de dolor en sus ojos.

Admiraba y quería a sus dos progenitores, pero en lo concerniente a relaciones había salido a su padre. Desmond O'Brien no había sido capaz de dejar de tener aventuras amorosas a pesar del matrimonio. Finalmente, harta de que su marido siguiera siendo un mujeriego, Victoria le había pedido el divorcio, con gran dolor de su corazón, Conall lo sabía. En su interior, continuaba perdidamente enamorada de él; incluso ahora, cuando él vivía en alguna isla tropical a miles de kilómetros de distancia con una mujer treinta y cinco años más joven.

—No vamos a discutir, ¿verdad?

Sintiéndose irritado y culpable, Conall se dio la vuelta.

Frustrada, Victoria resopló ligeramente y se cruzó de brazos:

—Ya sé que no te gusta que te compare con tu padre, pero mira la forma en que te comportas en tus relaciones, por favor. Y también sé que has estado evitando venir a verme porque odias que te diga estas cosas —Victoria bajó la voz, hablando lentamente—. Yo hubiera hecho cualquier cosa por aquel hombre, Conall, cualquier cosa. Y lo hice por un tiempo. Pero él prefirió seguir engañándome. ¿Es que no quieres tener a alguien especial en tu vida?, ¿alguien que se comprometa contigo y sólo contigo? ¿Cuánto tiempo piensas seguir siendo un play—boy? ¿Dónde está la satisfacción en eso? —le preguntó—. Tienes treinta y seis años. Ya es tiempo de que empieces a pensar en casarte y tener una familia. Voy a cumplir sesenta en mi próximo cumpleaños, y no quiero ser demasiado vieja para jugar con mis nietos.

¿Qué pensaría su madre si supiera que la mujer de la que estaba locamente enamorado tenía una hija de seis años? El pensamiento apareció súbitamente, y con una ola de ira lo rechazó. Él no quería una relación permanente con Morgen. Lo que quiso desde el principio era llevársela a la cama. Eso no había cambiado, ahí no influía lo diferente o dulce que fuera ella, comparada con el resto de mujeres que había conocido. Morgen era una madre divorciada y él no sabía nada de niños. Como sus relaciones eran tan cortas, le gustaba que sus mujeres sólo pensarán en él. Era demasiado egoísta y engreído como para querer compartir a Morgen con su hija.

—Cambiemos de tema, ¿de acuerdo? —propuso. Simulando un bostezo, volvió a sentarse en el sillón que había dejado libre antes—. Hablemos de tu vida amorosa para variar, madre. Un pajarito

me ha dicho que un atractivo viudo de tu club de bridge muestra un interés más que pasajero por ti...

Enrojeciendo como una colegiala, Victoria se abanicó las acaloradas mejillas:

—¡La próxima vez que vea a tu hermana le voy a cantar la cuarenta! ¡Desde luego que es un viudo muy atractivo!

La atmósfera del lugar era calurosa, ruidosa y llena de color, y Neesha estaba tan emocionada de estar en el Chiqui Park, que no dejaba de brincar alrededor de su madre. Después de pagar y de apuntar el nombre de Neesha en el libro de visitantes, Morgen se abrió camino entre las sillas y las mesas de plástico hacia donde estaban los muros de escalar y las demás áreas de juegos. Al llegar allí, buscó una silla, se sentó y ayudó a Neesha a quitarse los zapatos.

Dos niñas, con pantalones vaqueros y camiseta, pasaron corriendo junto a ellas y Morgen vio que la preciosa carita de su hija se iluminaba:

—¡Son Chloe y Lily, las dos están en mi clase! ¿Puedo ir a jugar, mami?, ¿puedo?

Atravesó la puerta de madera como un cohete antes de que Morgen pudiera darle un beso y pedirle que tuviera cuidado. Tenía la tendencia de toda madre de ver peligro en todas partes, pero intentaba relajarse un poco y no traspasarle sus ansiedades a Neesha. Después de un rato, contenta al ver que Neesha había encontrado a sus amigas y subía una cuerda en la zona de «la jungla», Morgen dejó las cosas sobre la mesa y se fue a por una taza de té a la cafetería.

Le apetecía tener un rato para ella mientras Neesha jugaba con sus amigas, y dejar vagar su mente, que no hacía más que volver al beso con el que Conall la había sorprendido el día anterior. ¿Qué había de malo? No le importaba si él había dejado claro desde el principio que sólo quería una aventura y nada más...

Conall se sentía completamente fuera de lugar... Mientras rebuscaba con la mirada entre el colorido caos que lo rodeaba, se dijo que, si sus amigos de la oficina pudieran verlo en aquel momento, dirían que se había vuelto loco. Y sin duda tendrían razón: Ir en busca de una mujer que lleva a su hija a un parque infantil, simplemente por estar loco por ella, no era algo que se planteara normalmente. Pero Conall había decidido dejar a un lado sus normas en lo que a Morgen McKenzie concernía y, en aquel momento, estaba en territorio desconocido. Incluso, había mentido a la chica de la puerta para poder entrar, diciéndole que era el

novio de Morgen y que venía a verlas a la niña y a ella.

— ¡Eh, ten cuidado!

Casi se cayó cuando un robusto jovencito se abalanzó sobre él salido de no se sabía dónde.

— ¡Perdone, señor!

Dirigiéndole una sonrisa de disculpa, el chico se marchó corriendo detrás de su amigo antes de que Conall pudiera darse cuenta de lo que había pasado.

—Nadie me dijo que pondría mi vida en peligro al entrar aquí — murmuró para sí mientras estudiaba la enorme zona de juegos llena de cuerdas, escaleras, toboganes y columpios.

¿Dónde estaban Morgen y su hija? Había probado a llamar a casa de ella, rezando por que hubiera alguien; afortunadamente la madre de Morgen estaba en la casa. Una vez que Loma McKenzie se había asegurado de que Conall era quien decía que era, le había dado gustosamente la dirección del Chiqui Park y le había asegurado que Morgen estaría allí por lo menos hasta las cuatro.

Viendo que había mesas vacías cerca de la zona de juegos, Conall fue hacia ellas, preguntándose cómo los padres podían soportar aquel ruido y caos, pero sintiendo un placer inesperado ante la imagen de todos aquellos chavales pasándoselo bien. Estaba a punto de sentarse en una de las sillas de plástico cuando algo llamó su atención.

En un castillo hinchable, entre niñas y niños, estaba Morgen. Vestida con unos vaqueros azules, con un cinturón de ante rodeándole las caderas y una camiseta rosa ajustada que dejaba ver su vientre, saltaba y rebotaba aquí y allá con los niños como si fuera una de ellos, con el pelo flotando y las mejillas rosadas por el calor. Conall no pudo evitar fijarse también en que sus excepcionales pechos saltaban y rebotaban rítmicamente con ella. Una ola de calor le invadió la ingle y Conall creyó que el corazón iba a salirse del pecho. ¿Acaso había una mujer más sexy o más hermosa sobre la faz de la tierra?

Notando la silla detrás de sus rodillas, Conall se sentó lentamente, feliz de poder estar ahí y simplemente mirar. Qué diría ella cuando lo viera allí, no lo sabía, pero en aquel momento no le importaba. Tenía suficiente con sentarse y contemplar el objeto de su deseo a su aire, y cuando oyó el comentario apreciativo entre dos madres sentados detrás de él, Conall sonrió para sí, saliendo que no era el único que estaba disfrutando del espontáneo show.

Tratando de recobrar el aliento tras el esfuerzo realizado, Morgen se quedó helada cuando vio al corpulento hombre

repantingado en una silla junto a la puerta de los juegos. Vestido con unos vaqueros de corte clásico, camisa azul de cuadros, botas y chaqueta de ante, desentonaba terriblemente entre el mar de padres e hijos, pegaba más en algún moderno y elegante bar de degustación de vinos, que en una nave industrial que había sido transformada en un parque infantil de juegos. ¿Qué diablos estaba haciendo allí? ¿Y cómo había sabido dónde encontrarla?

Cuando por fin consiguió moverse, Morgen se tomó tiempo para llegar hasta su mesa, con los labios apretados y los ojos destellando desaprobación.

—Vaya, vaya, vaya. Después de todo este tiempo, y no sabía que eras padre.

—Después de todo este tiempo, y no sabía que te gustaba tanto... —la provocativa mirada de Conall la recorrió de arriba abajo y volvió a detenerse en su rostro—provocar.

Morgen sintió un renovado calor en sus mejillas sonrosadas, que se apoderó de su cuerpo hasta la punta de los pies.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y cómo has sabido dónde encontrarme?

Se sentó frente a él con enojo, y Conall tuvo que obligarse a retirar la vista de los pechos seductoramente moldeados por la ajustada camiseta.

—Quería verte este fin de semana. Me pasé por tu casa y hablé con tu madre, fue ella quien me dijo dónde estabas —explicó—. Tenemos que hablar. Especialmente, de lo que pasó ayer.

—Bueno, en primer lugar, nunca debería haber sucedido.

Levantó la barbilla, desafiándolo a discutir con ella. ¿Qué le pasaba a aquel hombre, por Dios santo? ¿Es que no veía que una relación entre ambos estaría llena de dificultades? ¡Él era el dueño de la empresa para la que ella trabajaba! Se movían en círculos completamente diferentes. Él había visto dónde vivía ella, así que no podía hacerse ilusiones sobre sus circunstancias personales. ¿A qué estaba jugando? ¿Por qué la perseguía de aquella manera?

—Me temo que no estoy de acuerdo contigo.

Conall frunció tanto el ceño, que sus cejas se tocaron, y Morgen deseó que aquellos perturbadores ojos no fueran tan azules, así por lo menos tendría una oportunidad de escapar a sus encantos...

—Realmente me gustaría que nos viéramos fuera del trabajo —le propuso.

—¿Y cuándo lo has decidido? Ayer no parecías tan seguro.

Cruzando los brazos por encima de la mesa, Morgen se echó ligeramente para adelante al hacer la pregunta. Durante un largo

rato, Conall se quedó cautivado por la belleza de su rostro.

—Sabes que me atraes mucho. Y si hago caso al beso que nos dimos, apostaría a que tú sientes lo mismo por mí. Así que bajemos las barreras, Morgen, y seamos claros. Te deseo. Deseo pasar más tiempo contigo, y no sólo en la cama. Me gustaría conoceros mejor a tu hija y a ti. ¿Me darías una oportunidad?

Capítulo 8

Nunca me arriesgo si puede afectar a mi hija. No puedo permitirme liarme contigo, Conall, ni siquiera brevemente. Mi prioridad es ser madre. Ya he probado el tema de las relaciones y, aparte de Neesha, no salió nada bueno del intento.

Sintiendo un escalofrío por su espalda, Morgen se recostó en el respaldo de la silla. Tratar de resultar convincente, de que pensaba lo que había dicho, era difícil con aquel hombre sentado frente a ella consumiéndola con su mirada penetrante, haciéndola sentir mariposas en el estómago y despertando sentimientos en ella que no estaba segura de querer remover.

—¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Nunca más vas a tener una relación con un hombre? —le cuestionó Conall. A pesar de que se sentía frustrado con las razones de Morgen, no pudo evitar una sonrisa compungida—. Es como enseñarle a un niño la mayor caja de bombones de la tienda y luego decirle que no puede tomar ninguno.

—Por primera vez en mi vida estoy anteponiendo mi bienestar y el de Neesha a todo lo demás. Un niño necesita estabilidad. Puede que nuestro ritmo de vida no sea el ideal, pero nos va bien así.

— ¿Qué fue lo que pasó entre el padre de Neesha y tú? Me imagino que es él quien te hizo tan antihombres...

A Morgen la desconcertó que Conall creyera que ella estaba contra el género masculino.

—No soy antihombres. Simplemente no quiero uno en mi vida en estos momentos. Necesito toda mi energía para cumplir con mis obligaciones. Y preferiría no hablar de Simón, si no te importa.

Para ser sincero, Conall tampoco tenía especial interés en hablar del ex marido de Morgen. Quienquiera que fuera él, y fuera lo que fuera lo que hubiera hecho, había cometido un gran error dejando marchar a Morgen. Conall no era de los que se casan, pero si se hubiera comprometido con Morgen, estaba seguro de que hubiera hecho todo lo posible para honrar el compromiso; a pesar de la insistencia de su madre en compararlo con su padre.

Los sentidos de Conall estaban tan pendientes de la presencia de ella en todo momento, que no podía pensar más que en su deseo de hacerla suya. Durante la última semana, sus primeros pensamientos al despertarse habían sido para ella, y luego por la noche estaban los sueños... Si aquello seguía igual durante mucho tiempo, tendría

que invertir mucho dinero en terapia.

—Bueno, déjame al menos que te invite a una taza de café.

Comenzaba a levantarse de la mesa cuando Morgen puso su mano sobre la de él para detenerlo. En cuanto lo tocó, se maldijo a sí misma por ser tan estúpida. Aquel hombre era dinamita sexual. Sus miradas se cruzaron y, sin poder contenerse, Morgen entrelazó sus dedos con los de Conall. La conexión fue tan profunda, que la hizo temblar.

— ¡Mamá, tengo sed!

Sintiéndose culpable, Morgen retiró la mano en cuanto Neesha apareció corriendo junto a la mesa. Su pelo oscuro le caía en tirabuzoncitos sobre la frente, y parecía entusiasmada. Una ola de amor y orgullo invadió a Morgen.

—Así que esta es Neesha, ¿no?

Sonriendo abiertamente, Conall estudió a la pequeña con interés. No era necesario preguntar a cuál de sus padres se parecía. Neesha bajó la mirada tímidamente y le recordó más a su madre.

Cariño, éste es el señor O'Brien, el hombre para el que trabajo ahora. Quería decirme algo y por eso ha venido a buscarnos.

Puedes llamarme Conall —le dijo, con una expresión entre sonriente y ceñudo, porque le había molestado que Morgen lo hubiera presentado a su hija de manera tan formal—. ¿No es un sitio fantástico? Cuando yo era pequeño no había nada así.

—¿En serio?

Luchando entre su curiosidad natural y su timidez, Neesha miró con interés al hombre al que acababa de ver agarrando la mano de su madre.

—Había parques, y museos, y cosas así, claro... ¡pero esto es fabuloso!

—Puedo escalar hasta lo más alto de aquella plataforma y bajar deslizándome por esa cuerda.

Conall dirigió la mirada hacia donde ella indicaba, abriendo los ojos con simulado asombro.

—¡Vaya! Eso es un logro muy grande para una niña como tú —sonrió—. Parece que los chicos hoy en día tenemos una dura competencia.

—¿Y no es así? —intervino Morgen. Sus labios se curvaron en una sonrisa de suficiencia y sus ojos brillaron de diversión.

Conall no podría haber sentido más calor aunque hubiera estado junto a un volcán a punto de hacer erupción. Tuvo que recordarse dónde estaba, porque su primer impulso ante la sonrisa celestial de Morgen había sido tomarla entre sus brazos y besarla hasta que se

le entumecieran los labios. Dadas las circunstancias, no era una buena idea, se dijo. No con la bonita hija de Morgen estudiándolo detenidamente.

—Deja que te invite a un refresco. ¿Qué quieres?

Conall sacó el monedero del bolsillo de sus vaqueros y se puso de pie.

—No tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo. ¿Hay alguna pega?

Morgen sacudió ligeramente la cabeza:

—No. Para ella un zumo de grosella, por favor, y para mí una coca cola. Hay que ver la sed que da el entrar en contacto con el niño interior...

—¡Si me prometes que vas a entrar en contacto con tu niña interior una vez más en el castillo hinchable para que yo te vea, te invitaré a tanta coca cola como puedas beber!

Riéndose de la expresión de mortificación que apareció en el rostro de Morgen, Conall se encaminó hacia la cafetería.

Conall pensó en los amigos con los que se relacionaba normalmente, y se dio cuenta de que la visita al Chiqui Park con Morgen y su hija posiblemente superaba todo lo que había hecho con ellos. De hecho, no podía recordar la última vez que se lo había pasado tan bien.

—¿Puedo ayudarte con eso?

Sobresaltada, Morgen levantó la vista del plato que acababa de aclarar y se preguntó qué geniecillo travieso la había empujado a invitar a su jefe a cenar. Estaba convencida de que tendría mejores cosas que hacer un sábado por la noche que pasarlo con Neesha y ella, pero él la había sorprendido nuevamente.

Aparecer inesperadamente en el Chiqui Park era una cosa, pero estar de acuerdo en compartir pasta y albóndigas frente a la televisión, con Neesha, era algo para lo que Morgen no estaba preparada. En aquel momento, contemplando su figura perfecta monopolizando el hueco de la puerta, se preguntó cuánto tiempo se quedaría antes de decirle que tenía que irse. La alarmó profundamente el hecho de que no tenía ninguna prisa en que se marchara.

Sólo los estoy aclarando antes de meterlos en el lavajillas —le explicó, colocándose el pelo tras la oreja y enrojeciendo ligeramente.

—Ha sido una cena estupenda. Gracias.

Morgen se fijó en el hoyuelo tan sexy junto a su boca, Conall sonrió y ella deseó que no lo hubiera hecho. Era un arma que

siempre daba en el blanco, estaba segura, y podía tentarla a hacer cosas que la meterían en problemas. También estaba segura de que ella no era la primera mujer en sucumbir a aquella tentación. ¿Cuántas mujeres habrían sido expertamente seducidas por aquella fantástica sonrisa? ¿Victoria Kendall, por ejemplo...? ¿Cómo se habría sentido aquella mujer cuando Conall no apareció a cenar la otra noche, y en su lugar le mandó rosas amarillas? Morgen sabía cómo se sentiría ella: destrozada.

—Debes de ser fácil de contentar —bromeó tímidamente—. No era nada del otro mundo. Pero la pasta con albóndigas es el plato favorito de Neesha.

—Eso es que tu hija tiene buen gusto. La película también ha sido genial. Creo que no me había divertido tanto en mucho tiempo.

—¿De veras?

Secándose las manos en una toalla limpia, Morgen se dio la vuelta y se apoyó en la pila para quedar frente a él. Cada nervio de su cuerpo vibraba ante la mera contemplación de aquel hombre.

—¿Qué es lo que te sorprende tanto?

—Son placeres tan sencillos... —contestó, encogiéndose de hombros y lanzando la toalla a la pila—. Un hombre como tú, debe de...

— ¿Un hombre como yo?

Para alarma de Morgen, Conall atravesó la cocina en dirección a ella. Su mirada era directa y tremendamente potente. Morgen sintió que su columna se derretía como cera caliente.

—Dime, ¿qué clase de hombre crees que soy, Morgen?

—No del tipo que come pasta con albóndigas frente a la televisión con una niña de seis años y su madre, por lo menos no habitualmente. Seguramente estás más acostumbrado a hoteles de cinco estrellas y restaurantes de categoría. Eres el dueño de una importante empresa de arquitectos y es obvio que te mueves en círculos muy diferentes a los míos.

El calor se apoderó de su cara y Morgen bajó los ojos con timidez.

—¿Y eso te molesta? —le preguntó Conall.

Con la garganta seca, Morgen deseó que los fantasmas del pasado la abandonaran de una vez: Simón era historia. Debería haber superado hace mucho tiempo lo mal que la hizo sentir; no debería permitir que el sentimiento de inferioridad arruinara su futuro... o su presente. Pero era más fácil decirlo que hacerlo.

—Uno empieza pensando que esas diferencias no importan... —su voz se rompió— pero importan, sí que importan.

—A mí no.

De repente, su enorme cuerpo musculoso estaba muy cerca. Morgen sintió que se quedaba sin aliento cuando aquellos sensuales ojos azules la miraron llenos de deseo:

—Eres una mujer preciosa e inteligente, Morgen. Cualquier hombre estaría orgulloso de conocerte, no importa de dónde viniera ni a qué se dedicara, ¿no te das cuenta?

El labio inferior de Morgen comenzó a temblar y se lo mordió con los dientes para detener el temblor. Viendo aquel gesto, Conall bajó la barbilla y la besó con dulzura. Morgen cerró sus párpados automáticamente para absorber toda la intensidad del contacto. Aquel beso tan suave resonaba en todo su cuerpo como una pequeña explosión, y la hacía desearlo tanto, que se estremeció ante la fuerza del deseo. Cuando abrió los ojos, Conall la contemplaba como si su alma hubiera quedado desnuda ante él.

Sea lo que sea lo que tienes, Morgen McKenzie, puedes embotellarlo y te harías rica.

Morgen apoyó la mano sobre su robusto pecho, y al sentir su calidez sintió que se deshacía por dentro. El calor de aquel cuerpo la quemaba.

¿Le dices lo mismo a todas tus mujeres? Puedo afirmar honestamente que nunca se lo había dicho a otra mujer en toda mi vida. Y no estoy saliendo con nadie en este momento, si es eso lo que preguntas.

Morgen dudó antes de hacer la pregunta que había tenido rondándole la cabeza toda la tarde:

—¿Y qué hay de Victoria Kendall, la mujer a la que me hiciste enviar flores el otro día?

—¿Quién? —preguntó, mientras una amplia sonrisa se dibujaba en su cara y los ojos le brillaban risueños—. Victoria Kendall es mi madre.

—¿Lo dices en serio?

—Retomó el apellido de soltera cuando se divorció de mi padre.

Morgen sintió que el alivio recorría su cuerpo. Deseaba a aquel hombre, pero no hubiera sucumbido a aquella tempestuosa atracción si él hubiera estado viéndose con otra. Había algunas cosas que nunca podría transgredir.

—¿Ya estás feliz?

—La felicidad es algo tan efímero... no dura.

—Entonces, vive el momento, ¿no?

Deslizando sus brazos seductoramente alrededor de la cadera de Morgen, Conall deseó poder hacer desaparecer cualquier rastro de

tristeza de sus preciosos ojos verdes. No recordaba haber sentido nunca nada parecido por una mujer, y eso que había estado con muchas.

—Y bien, señorita McKenzie... ¿y ahora, adonde vamos?

Era difícil pensar con claridad con el sofoco que tenía encima. Morgen miró nerviosa a Conall, con la ansiedad rebosándole por los ojos:

— ¿Adonde quieres ir?

Abрумándola con otra arrebatadora sonrisa, Conall abrazó su cintura un poco más fuertemente:

—¿Quieres que te sea sincero?

Morgen asintió.

—Tu cama estaría muy bien.

Ella bajó la mirada, con el corazón latiendo a toda prisa. Sabía que lo inteligente sería decir «no», pero estaba cansada de su autoimpuesta contención. Después de seis años de celibato, su cuerpo se moría por las atenciones de un hombre. Y no de cualquier hombre. Sólo aquel hombre podía hacerlo... En aquel momento, Morgen sintió que merecía la pena arriesgarse.

—De acuerdo, vamos allá.

Conall observó cómo Morgen comenzaba a quitarse la camiseta y, movido por la impaciencia, se acercó a ella y la ayudó. Un sensual sujetador de encaje blanco presentaba sus curvas como un exquisito banquete. La visión de aquella delicia aumentó la excitación de Conall, y atrajo hacia sí a Morgen.

Su beso fue salvaje. Todas las buenas intenciones de ir despacio se olvidaron en el ardor de la pasión. Conall acarició el pelo de Morgen y la sujetó por la nuca. Luego fue recorriendo y moldeando aquellas curvas celestiales, y el solo pensamiento de que iba a poseer aquel hermoso cuerpo lo volvió loco. Había logrado lo que tanto deseaba. Sintiénola temblar de excitación, Conall notó la fuerza de su virilidad y su único deseo fue que los dos experimentaran tanto placer, que tardaran mucho en olvidarlo. Morgen era la imagen viva de sus mejores fantasías.

Conall deslizó sus manos por la espalda de Morgen, acariciándola, y le desabrochó el sujetador. Los pechos de Morgen eran tan deliciosos como había imaginado: voluptuosos y femeninos, con unos pezones oscuros que clamaban suplicando placer. Con un gemido que proclamaba su necesidad, Morgen rodeó el cuello de Conall con sus brazos y apretó sus pechos fuertemente contra él.

—Déjame que termine de desvestirte —susurró Conall, apoyado

sobre su cuello.

Morgen le concedió el deseo, estremeciéndose cada vez que él la tocaba. Cuando estuvo desnuda, Conall la tumbó sobre la cama y se desvistió él también.

Morgen se maravilló al contemplar el cuerpo de Conall: hombros anchos y rectos, con una musculatura muy marcada; aquel increíble pecho que desembocaba en un estómago liso y fibroso; caderas pequeñas, y unas piernas largas y bien formadas, que se entrelazaban con las suyas. Morgen tomó aliento y se dejó devorar por el beso de aquel hombre mientras con sus manos exploraba el portentoso cuerpo masculino, tan deseosa de darle placer como él de dárselo a ella.

Conall se movía por instinto, hábilmente, y parecía saber dónde tocarla exactamente para provocarle el máximo placer. También sabía la presión exacta que la hacía gemir, y Morgen se arqueó sobre la cama, creyendo que perdería el sentido si no la poseía allí mismo.

Pero Conall se detuvo. Morgen sintió que aquellos ojos azules parecían traspasarle el corazón con la intensidad de su mirada:

—Odio ser la voz de la razón, pero necesito protegerte.

—¿Tienes...? Quiero decir, ¿has traído...?

Enmudeció de vergüenza. ¿Cómo podía haber sido tan inconsciente de no haber pensado en ello?, ¿tantas ganas tenía de meterse en problemas?

Pero Conall alcanzó sus vaqueros, sacó la necesaria protección de un bolsillo y se la colocó hábilmente. El corazón de Morgen volvió a latir a un ritmo normal. Gracias a Dios que Conall había sido previsor antes de que las cosas fueran demasiado lejos.

Colocándose encima de ella, Conall cubrió a Morgen con su cuerpo. Ella pasó los brazos alrededor de su cuello y, con un suspiro hambriento, recibió ansiosa el beso de Conall. Mientras su boca se movía sobre la de ella, lamiendo y chupando, mordisqueando y besando, Conall deslizó una mano entre las piernas de Morgen y las abrió suavemente. Morgen estaba preparada para él prácticamente desde que Conall había sugerido que fueran a la cama, y ahora Conall se introdujo dentro de ella, llenándola con su firmeza mientras Morgen enloquecía de placer.

Conall se movió expertamente y hasta el fondo, apretando sus caderas contra las de ella mientras su boca se apoderaba primero de un pezón y luego del otro. Morgen clavó las uñas en aquella espalda fuerte y musculosa, y las yemas de sus dedos se escurrieron sobre la piel bañada de sudor, en el instante en que Conall la llevó más allá

hasta un gozo intenso como no había experimentado antes. Con un poderoso gemido que le pilló a él también por sorpresa, Conall se unió a ella un momento después. Morgen disfrutó de la sensación del peso de su cuerpo aplastándola contra la cama.

Cuando Conall levantó la cabeza para contemplarla, el corazón de Morgen estalló de alegría al verlo sonreír.

—Sin duda es usted lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, señorita McKenzie.

—Usted tampoco está mal, señor O'Brien.

—Sólo tengo una pregunta.

—¿Cuál? —preguntó Morgen, que había capturado un dedo con su boca y lo chupaba y besaba.

—¿Por qué nadie me había informado de que la mujer de mis sueños trabajaba delante de mis narices?

—Delante de tus narices no, tú estabas en la sede de Nueva York —le recordó Morgen.

—¡Qué gran error! —exclamó, y le robó otro beso apasionado. Cuando levantó su cabeza de nuevo, su expresión era más seria—. Tan pronto como pueda terminar mis asuntos en la oficina de Nueva York, me trasladaré a Londres definitivamente, ¿te lo había dicho?

Morgen lo miró: No, no me lo habías dicho. ¿Puedes hacer eso?

Su cerebro consideró rápidamente todo lo que implicaba el que Conall trabajara permanentemente en Londres mientras, distraída, acariciaba sus bíceps.

—Cariño, puedo hacer lo que me apetezca: soy el dueño de la empresa.

Algo en la mente de Morgen reclamó su atención. ¿Qué era eso de estar encantada con que Conall se estableciera en Londres? Habían hecho el amor, y había sido lo mejor que le había pasado en años, pero no podía permitirse dejarse arrastrar por eso. Conall acababa de recordarle quién era, y Morgen no se hacía ilusiones de que su relación iría más allá de una breve y apasionada aventura.

Los hombres como Conall O'Brien no se comprometían con mujeres como ella. Cuando Conall se cansara de ella, se moriría si tuviera que verlo cada día en el trabajo, sabiendo que no había sido más que una distracción temporal.

— ¿Por qué te hiciste arquitecto?

Morgen buscaba cualquier dato que respaldara su certeza de que una relación entre ambos nunca podría funcionar. Porque Conall había despertado tal deseo, que ya no podía ignorarlo.

—Mi padre era arquitecto —comenzó a relatar Conall, mientras

le besaba los dedos uno a uno, y su sonrisa derretía el corazón de Morgen—. Desde pequeño me fascinaba lo que él hacía. Él me llevaba a ver los edificios que había diseñado y me explicaba cómo los había hecho. Cuando se jubiló, yo llevaba trabajando para él diez años, así que me gustó hacerme con el mando. Su socio James Stoughton se había jubilado un año antes, con lo que yo era la elección más lógica para dirigir la empresa.

—¿Y no te resultó difícil asumir la responsabilidad de continuar con la empresa de tu padre?

—No, sabía que podía hacerlo —respondió sonriendo ante la pregunta—. ¿Por qué iba a resultarme difícil?

—Obviamente nunca te ha fallado la confianza en ti mismo... ¿Cuándo te hiciste tan seguro de ti?

La mirada hambrienta de Morgen recorrió el rostro de Conall, examinando un rasgo perfecto detrás de otro, sin encontrar ningún defecto. Hasta las finas arrugas junto a sus ojos y los surcos a ambos lados de su boca le resultaban atractivos.

—La verdad es que nunca había pensado en eso —frunciendo el ceño, Conall tomó el rostro de Morgen entre sus manos—. ¿Por qué preguntas tanto, eh?

—Acabamos de hacer el amor —contestó, encogiéndose de hombros, y tratando de ignorar el repentino deseo que comenzaba a apoderarse de nuevo de su cuerpo—, y no sé apenas nada de ti.

—Cuando te haya hecho el amor de nuevo, podrás preguntarme todo lo que quieras... ¿Hecho?

La pasión de Conall aplacó sus miedos.

—Hecho —susurró, mientras los labios de Conall descendían sobre los suyos.

Capítulo 9

Morgen abrió la puerta de la oficina y sintió un gran alivio al comprobar que era la primera en llegar. Colgó su abrigo con presteza y se sentó, dándose un momento para recuperarse.

Se había acostado con su jefe, y había sido una experiencia mágica e inolvidable, pero ese día tenía que trabajar con aquel hombre y pretender que nunca había sucedido. El domingo por la mañana, al despertarse, el espacio junto a ella en la cama estaba vacío. No encontró ninguna nota, no hubo ninguna despedida... nada. Conall había obtenido lo que quería y se había ido. Por respeto hacia sí misma, Morgen decidió que no mostraría que su deserción la había dejado dolida y confusa, aunque seguramente no podría ocultarlo.

Con veintinueve años, divorciada y con una hija de seis años, Morgen ya no era una ingenua. Sabía cómo funcionaban los romances de oficina: uno se liaba con un compañero asumiendo el riesgo de que tarde o temprano la relación personal influía en el trabajo; uno de los dos terminaba por marcharse cuando las cosas se ponían difíciles, o si se quedaba, el trabajo se convertía en un infierno.

Morgen no tenía ningún deseo de que aquello le sucediera a ella, así que le aseguraría a Conall que ella no iba a reclamarle nada ni hacerle sentir incómodo. Toda aquella charla sobre establecerse en Londres había sido eso: charla.

Morgen ahogó un suspiro. Conall podía haber tenido un poco de dignidad... No podía marcharse como si nada, aunque acostarse con ella no hubiera significado nada para él.

De todas formas, no tenía sentido tomárselo a la tremenda. Se obligaría a decirle a Conall que todo estaba bien, así él no tendría que andarse con miramientos, ni sentiría que se había aprovechado de ella. Morgen era adulta y se iba a comportar como tal. Aunque se le partiera el corazón.

Al oír voces en el pasillo, se irguió en la silla y se puso a ordenar la pila de papeles que había sobre su mesa. Conall entró seguido por Richard Akers.

—Buenos días, señorita McKenzie.

La formalidad del tono de su voz no pilló por sorpresa a Morgen, pero le dolió igual. Diciéndose que probablemente era mejor así, los sentimientos de Morgen se vieron envueltos en un nuevo torbellino

cuando vio que Conall le guiñaba un ojo, y le dirigía una leve sonrisa.

—Buenos días.

Dirigió su respuesta a los dos hombres, pero no le sorprendió que Richard Akers apenas la mirara. Aquel hombre tenía reputación de ser un amargado, pero por una vez Morgen no se preocupó. Su cabeza estaba en las nubes porque Conall le había guiñado un ojo. Patético.

La reunión con Richard se eternizó durante dos interminables horas. ¡No le extrañaba que Derek Holden se hubiera dado a la bebida si trataba con Richard Akers todos los días!

Conall había empezado el día sintiéndose optimista y lleno de energía, pero en aquel momento estaba de bastante mal humor y necesitaba urgentemente tomarse un par de tazas del excelente café que preparaba Morgen. Por no mencionar la necesidad de ver a aquella mujer. Si le dirigía la palabra, claro.

Debería darse de patadas por haberse marchado tan temprano el domingo por la mañana, sin ni siquiera despertarla para despedirse. Si quería darle a Morgen la impresión de que era un interesado sin corazón, que jugaba con sus sentimientos, sin duda lo había logrado. Se había comportado de manera casi automática, reconoció avergonzado, pero le había invadido un absurdo pánico al sentir que su vida estaba tomando una dirección para la que no estaba seguro de estar preparado. Había necesitado caminar y pensar, y después caminar un poco más. El ejercicio le ayudaba a centrarse.

Conall se había pasado todo el día tratando de ordenar sus pensamientos. Al caer la noche, había tomado la decisión de que iba a dar una oportunidad a la relación con Morgen. Entonces Conall había sentido la urgente necesidad de telefonarla para que supiera que la noche del sábado había sobrepasado todas sus expectativas de lo que sería hacerle el amor. Desafortunadamente, Morgen no estaba cuando la llamó, y aunque había seguido intentando dar con ella a lo largo de la noche, nadie contestó al teléfono. A Conall le fastidió que no tuviera ni siquiera un contestador para dejarle un mensaje, así que decidió que hablaría con ella en cuando tuviera la oportunidad.

En consecuencia, se había pasado el resto del domingo preguntándose dónde estaría ella todo ese tiempo, y con quién. Era consciente de que se estaba enamorando profundamente de ella, pero estaba absolutamente decidido a dejar que las cosas siguieran su curso, sin anticipar la ruptura por primera vez en su vida.

El panorama que encontró Conall al salir del despacho dibujó en

su cara una sonrisa de oreja a oreja: el voluptuoso y encantador trasero de Morgen, dentro de su ajustada falda negra, se movía bajo la mesa, donde Morgen estaba buscando algo.

—¿Necesitas ayuda?

El sonido de la voz divertida de Conall sorprendió a Morgen, que se golpeó la cabeza con la mesa. Sintiendo que enrojecía, salió de la zona de peligro y se puso rápidamente en pie.

Su oscuro cabello escapaba de nuevo de las ataduras de la coleta, y sedosos mechones le caían por la cara. El deseo que se había apoderado de Conall al ver el trasero bajo el escritorio aumentó hasta niveles casi dolorosos.

—Estaba buscando mi estilográfica.

Levantó la pluma para que él la viera, y la dejó sobre la mesa, tratando de ocultar su vergüenza: ¡qué momento tan indigno para que Conall la hubiera sorprendido!

—Fue un regalo de Neesha, y no quería perderlo.

—Lo entiendo perfectamente.

Acercándose, Conall hizo ademán de acariciarle el pelo.

Sobresaltada, Morgen dio un salto hacia atrás, y nerviosamente se alisó la falda y se arregló el cinturón mientras intentaba calmar su confusión.

—Estaba a punto de preparar café. Antes no tuve oportunidad, cuando Richard Akers estuvo contigo.

—Gracias a Dios que se ha ido —sonrió—, ese hombre aburriría a toda Inglaterra.

Morgen intentó sonreír, pero los músculos de su cara no funcionaban. Conall la abrumaba, ése era el problema: con sólo mirarla, ella dejaba de pensar con claridad. No estaba dispuesta a que se le fuera la cabeza por un hombre para quien sólo había sido una diversión, nada más. Tantos años sin disfrutar de las caricias de un hombre la habían dejado vulnerable al primer hombre que la había atraído de verdad desde Simón, y ahora tenía que pagar el precio. Ojalá él no siguiera allí delante mirándola, con aquella sonrisa tan sexy volviéndola loca.

—¿No me merezco ni un pequeño beso de buenos días?

Con gran desenfado, Conall cubrió la distancia que los separaba y deslizó sus manos sobre los brazos de Morgen. Temblando de nervios, Morgen echó una mirada preocupada a la puerta.

—No, no te lo mereces. El mensaje del domingo, cuando me levanté y ví que te habías marchado, fue alto y claro: lo que tuvimos fue sólo sexo, una aventura de una noche. Pero no te preocupes, Conall, no voy a complicarte la vida. Algunos sabemos

actuar con un poco de dignidad.

—Sé la impresión que te di —enrojeciendo, sacudió la cabeza—, pero tenía mucho que pensar acerca de ti y de mí.

—¿Y a qué brillante conclusión has llegado?

No pudo evitar el tono mordaz. Su acción la había hecho sentirse como si ella no valiera nada, él la había utilizado. No importaba que el sexo hubiera sido fantástico.

—He decidido que quiero intentar una relación seria contigo. Eso incluye conocer a Neesha. Te estuve llamando el domingo por la noche para decírtelo, pero no di contigo.

—Me dolía la cabeza, desenchufé el teléfono.

Su tono fue frío y distante. Conall no se inmutó:

—¿Y bien? ¿Qué te parece lo que acabo de decir?

—¿Que qué me parece? —Morgen se apartó de él, cruzándose de brazos— que estás jugando conmigo. ¿Sabes lo cruel que es eso, Conall? Tú ríete de gente como Derek, que se preocupan demasiado, pero él por lo menos no creo que haya utilizado a nadie conscientemente.

—¡Yo no te he utilizado!

—¿Ah, no? —inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró amargamente—. ¿Entonces cómo llamas a tener sexo con una mujer y marcharse a la mañana siguiente sin ni siquiera decir adiós?

Las cosas no iban exactamente como había planeado, pensó Conall con frustración.

—Nunca había perseguido a una mujer —admitió, con voz grave—. ¿No te parece que si estoy yendo detrás de ti con tanta insistencia es porque creo que hay algo más que sexo? ¿Qué otro hombre iría a buscarte a un parque de juegos infantil? Estoy hablando en serio de nosotros, Morgen, quiero que tengamos una relación en condiciones, ¿por qué no me crees?

—Porque no confío en ti.

Ya estaba, lo había dicho. Y curiosamente no se sentía mejor. Observó a Conall: era un buen actor, parecía destrozado...

De repente Morgen se sintió terriblemente cansada de aquellos juegos:

—Tengo trabajo.

Miró hacia la puerta de nuevo, deseando que se acabara aquel momento tan incómodo para los dos. El corazón le latía con fuerza ante la idea de que su relación no iba a ningún sitio después de todo. Algo le dijo que no iba a poder recuperarse tan fácilmente de aquel desengaño.

—Entonces, ¿no vas a darme la oportunidad de enmendar mi

error?

—No hay nada que enmendar. Ambos somos adultos. Sabía lo que estaba haciendo tan bien como tú. Olvídalo. Yo lo voy a hacer.

—Mentirosa.

Repentinamente, Morgen se encontró atrapada fuertemente contra el pecho de Conall, y todos sus sentidos se centraron en él. Morgen sintió sus pezones duros, anticipando sus caricias, recordando aquella boca sobre ellos, su calor, la forma en que la había hecho estremecer...

—¿De verdad crees que puedes olvidarme tan fácilmente?

Bajando la cabeza, Conall depositó un beso explosivo en el hueco entre el cuello y la clavícula de Morgen. Ella sintió un apasionado ardor recorrerla hasta la punta de los pies y de vuelta, y tuvo que morderse el labio para ahogar un gemido.

—Eres un hombre implacable, Conall. Hasta ahora no sabía lo implacable que eres.

Soltándose con dificultad de su abrazo, se sentó detrás de su escritorio y se puso a examinar papeles nerviosamente.

—¿Por qué?, ¿porque voy detrás de lo que quiero? —preguntó, frunciendo el ceño.

Morgen tomó aliento:

—Porque no te importa si haces daño a alguien durante el proceso —dijo suavemente.

Estaba equivocada, pensó Conall amargamente. Se arregló el cuello de la camisa y suspiró:

—No quiero hacerte daño, Morgen. Si actué como un bastardo el domingo fue porque, hasta ahora, la idea del compromiso no me entusiasmaba precisamente. Pero no quiero perderte. ¿Qué dices, nos damos otra oportunidad? Iremos poco a poco, ¿eh?

La expresión de ella mostraba su conflicto interior. Conall esperaba impaciente su respuesta.

—¿Entonces no me estabas utilizando? Conozco tu reputación.

El corazón de Conall casi se paró:

—Te juro que no... ¿Cuál es mi reputación?

Incómoda por el giro que daba la conversación, Morgen volvió a mirar a la puerta.

—Mira, Conall, sé que no te van las relaciones a largo plazo, y no te culpo por ello. No voy a complicarte la vida. Lo pasado, pasado. Lo mejor es olvidarnos de todo.

La mirada azul de Conall se tornó glacial.

—Creía que no te gustaban los cotilleos... Es evidente que has oído cosas que te hacen dudar de mis intenciones, y no crees que

pueda querer ir en serio contigo.

—Ahora mismo no sé qué creer.

De nuevo, Conall se maldijo a sí mismo por haberse marchado. Ahora le iba a costar mucho convencerla de que no era el bastardo inmoral que obviamente ella creía que era.

—¿Puedes conseguir que tu madre cuide de Neesha esta noche?

Morgen lo pensó rápidamente, notaba su frente sudando.

—Casi seguro... Sí, seguro que no le importa. Pero, ¿por qué?

—Voy a llevarte a cenar para que podamos hablar como adultos civilizados, lejos de la oficina y lejos de cotilleos. Te recogeré hacia las siete y media, ¿te parece bien?

Morgen asintió.

—Bien. Hasta entonces, te estaría muy agradecido si hicieras algo de café... Ah, y también estaría bien si pudieras transcribir las notas de la reunión de la junta pasada y dárme las.

La puerta se cerró detrás de él con rotundidad, dejando a Morgen sola contemplando los papeles en sus manos sin ser capaz de leer ni una línea.

Por la noche, a las ocho menos cuarto, ataviada con su vestido negro favorito y maquillada lo mejor que sabía, Morgen se sentó en el sillón bebiendo nerviosamente de una copa de vino blanco. Conall se retrasaba, pero aquello no significaba que no fuera a aparecer, ¿no?

Antes de que salir de la oficina, Conall la había avisado de que iba a pasar por la zona del puerto para ver al contratista antes de ir a su casa. Tenían mesa reservada a las ocho y había prometido que sería puntual.

—Estoy preparada, señor O'Brien —dijo en alto, rompiendo el silencio— ¿Y usted dónde está?

Pasaron las ocho sin que Conall diera señales de vida. Morgen fue resignadamente a la cocina y tiró en la pila lo que quedaba de su copa de vino. ¿Por qué no había acudido a la cita? ¿Pensaría él también que una relación entre ambos no era tan buena idea, después de todo?

El dolor del rechazo la golpeó como un puño en el estómago. Se apoyó en el fregadero, y trató de contener las lágrimas. Por lo menos las cosas no habían ido muy lejos: al menos Neesha no había tenido tiempo de encariñarse de Conall y él todavía no formaba parte de sus vidas.

Finalmente, se secó los ojos con el dorso de la mano, apagó la luz, tomó la chaqueta y las llaves del coche y se fue a casa de su madre para recoger a su hija.

Llegó pronto por la mañana, y se alegró de que no hubiera rastro de Conall. Morgen trató de distraerse sumergiéndose en el trabajo: encendió el ordenador, y se concentró en las notas de la junta que le quedaban por transcribir y que Conall le había pedido.

Empezó a especular sobre aquel hombre. ¿Dónde estuvo la otra noche, y por qué había faltado a su cita? Ni siquiera había tenido la decencia de llamarla para cancelarla. La había decepcionado por segunda vez. No le daría una nueva oportunidad.

Mordiéndose el labio distraídamente, Morgen leyó al menos tres veces lo que había en el monitor, sin enterarse de lo que estaba leyendo. ¿Era aquello un avance de lo que vendría después? ¿Estaba destinada a pasar el resto de sus días laborables con aquel hombre, sintiéndose como una adolescente enamorada?, ¿inmersa en confusión cuando él estaba cerca, con un nudo en el estómago cuando no lo estaba?

—Hola, Morgen.

Levantó la vista y vio a Julie entrar corriendo en la habitación, nerviosa.

—¿Qué pasa?

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—De lo que le ha pasado a Conall.

Morgen sintió que el estómago se le alteraba:

—¿A qué te refieres?

—Fue anoche en la zona del puerto. Se escurrió de un andamio y se cayó. Ha pasado la noche en el hospital con una costilla fracturada y un profundo corte en el hombro por el que le tuvieron que dar veinte puntos.

—¿Dónde está ahora?

Poniéndose en pie, Morgen miró ansiosamente a la mujer rubia. ¿Por qué nadie la había informado de aquello? Pero, ¿por qué deberían haberlo hecho? Ella era tan sólo su secretaria temporal. Y pensar que había pasado la noche entera castigándolo por no haber acudido a la cita... No podía soportar la idea de que aquel hombre fuerte y sano hubiera estado dolorido y solo en el hospital.

—Está en el piso de su hermana en Highgate —le anunció Julie, alargándole una hoja de papel con las señas—. Me llamó al móvil esta mañana y me encargó que te dijera que vayas allí.

Julie se sorprendió ante el ímpetu con que Morgen le quitó el papel de las manos.

—Gracias, Julie. ¿Puedes contestar al teléfono por mí? Te llamaré en cuanto esté volviendo.

Agarrando su abrigo y su bolso, Morgen se apresuró hacia la puerta.

—Dale recuerdos de nuestra parte —Julie se acercó a Morgen sonriendo tímidamente—. Dile que todas las chicas de la oficina desean que se recupere pronto.

—Lo haré.

No muy segura de si se lo diría o no, Morgen corrió por el pasillo hasta el ascensor.

Le abrió la puerta en vaqueros y con una camisa azul claro abierta hasta la mitad, que dejaba ver el vendaje que le cruzaba el pecho. Tenía ojeras y parecía que no se había peinado en días. Pero para la hambrienta mirada de Morgen era todo lo que ella quería en un hombre y mucho más.

Tratando de sonar natural, sonrió:

—¿Así que esto es lo que te pasa cuando te dejo solo? Ser arquitecto en estos tiempos es un trabajo muy arriesgado... Seguro que no llevabas el calzado adecuado, ¿te caíste por eso? La última vez que estuvimos allí el lugar era un lodazal.

No podía parar de hablar, estaba tan contenta de verlo en pie... ¡podía haberse matado!

—Siento haber faltado a nuestra cita. No tenía tu número de teléfono encima, si no, hubiera hecho que alguien del hospital te llamara.

Inusualmente sumiso, Conall se apartó de la puerta y la invitó a entrar.

El piso de su hermana tenía todas las comodidades de un hogar, con su precioso suelo de parquet, sus muebles suntuosos y una consola de ordenador último modelo, pero la idea de Conall tumbado en aquel enorme y lujoso sofá, solo y dolorido, despertó el instinto maternal de Morgen.

—No importa. Lo que importa ahora es que te tienes que cuidar. ¿Te duele algo? ¿Te dieron algo para aliviar el dolor cuando estuvieras en casa?

Mientras preguntaba, se fue quitando el abrigo, lo lanzó a una silla y se volvió a examinar a Conall más de cerca. El corazón le saltó en el pecho cuando Conall le sonrió.

Nada más fijar su mirada en la mujer en la que había estado pensando toda la noche, Conall advirtió que el dolor en las costillas, que apenas le había dejado dormir un par de horas, desaparecía milagrosamente como si se hubiera tomado una droga maravillosa. Al contemplar a Morgen con su hermoso pelo negro cayéndole sobre los hombros, y sus ojos verdes llenos de preocupación por él,

pensó que era la criatura más hermosa que había visto nunca. No necesitaba hospitales ni medicinas para aliviar el dolor, tan sólo necesitaba a Morgen.

Parecía que de repente todos los cabos sueltos de su vida encontraban acomodo. La idea era muy excitante, pero también lo aterraba. Después de marcharse el domingo por la mañana y verla al día siguiente en la oficina, realmente pensó que lo había echado todo a perder. Y así como sabía que ella lo perdonaría por no haberla llevado a cenar la noche anterior, a causa del accidente, no estaba tan seguro de que fuera tan magnánima con sus errores anteriores.

—Lo llevo bastante bien. ¿Puedes prepararme algo de café? La cocina está por ahí.

—¿Has comido algo? Puedo hacerte algo de desayuno también. ¿Por qué no vuelves al sofá y descansas?

—No quiero descansar. Quiero hablar contigo.

Conall siguió a Morgen a la cocina, y ella insistió en que se sentara en una silla, mientras preparaba el café y unas tostadas. Cada vez que se volvía ansiosa a mirar a aquel robusto hombre y lo veía sujetándose las costillas cuidadosamente, su estómago se contraía. Puso pan en la tostadora, se dio la vuelta y se apoyó en la encimera para hablarle de frente.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Exactamente como tú has dicho —contestó, elevando los enormes hombros como un chico travieso, y sonrió—: calzado inadecuado, suelo lleno de barro, sigo al contratista que sube un andamio y pierdo pie. Fue una suerte que estuviera a poca distancia del suelo. Si hubiera sido más alto, podría haberme quedado en el sitio.

—Eso no tiene ninguna gracia.

—No, no la tiene.

Aguantando una mueca de dolor, Conall trató de no prestar atención a la sensación de dolor en las costillas.

—No deberías haber corrido un riesgo como ése, ¿en qué estabas pensando?

Morgen se dio cuenta de que lo estaba regañando, le preocupaba que fuera tan descuidado con su propia seguridad, así que se dio la vuelta y se puso a comprobar cómo iban las tostadas.

Desde detrás, la voz de Conall llegó calmada: estaba pensando en ti, Morgen. Estoy empezando a creer que me has hechizado o algo así.

Morgen intentó restar importancia a sus palabras: ¡No digas

tonterías!

—¡Maldita sea, mujer! ¡Estoy hablando en serio!

Con el corazón latiéndole con fuerza, Morgen se irritó ante la reprimenda, pero llegó a ver la mueca de dolor en los ojos de Conall, y los remordimientos la invadieron.

—Por favor, Conall, cálmate. Es evidente que te duele.

—Me duele más porque parece que no me tomas en serio —juró pausadamente—. El que tu marido jugara con tus sentimientos no significa que yo vaya a hacer lo mismo. Quiero tener una relación contigo, Morgen... una relación seria.

Al decir aquello, Conall sintió una ola que lo recorría entero. Hasta aquel momento, no había sabido qué era lo que quería. Pero la huida del domingo lo había cambiado todo.

Morgen se quedó helada.

—Nunca funcionaría, Conall. Tú eres quien eres y yo... yo... Además, no sería justo para Neesha.

—¿Tú, qué? —la interrumpió Conall, sin preocuparse en disfrazar su irritación—. ¿Qué me dices de tus necesidades, Morgen? ¿Vas a seguir soltera durante los próximos quince años, hasta que Neesha sea lo suficientemente mayor para irse de casa y tener su propia vida?

—Eso sería mucho mejor que confundirla con montones de hombres diferentes entrando y saliendo de mi vida.

—¿Montones de hombres diferentes? —preguntó Conall, levantándose lentamente de su asiento—. ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? Estás tan segura de que todo lo que quiero de ti son unos cuantos revolcones y nada más... Sé que mi pasado con las mujeres no es buena referencia, pero ahora te he encontrado a ti, ¿no lo ves? Yo era cínico respecto a las relaciones largas: vi cómo el matrimonio de mis padres se desintegraba delante de mis ojos, y me enfureció que no pudieran arreglarlo. Después de ver a mi madre destrozada por las continuas infidelidades de mi padre, pensé que sería mejor tantear el terreno un poco antes de ir en serio con alguien. Ahora me doy cuenta de que me equivoqué al tomarme aquellas relaciones tan a la ligera. Seguramente hice daño a algunas de aquellas mujeres porque no quise comprometerme, y lo lamento; no se lo merecían.

Se encaminó hacia la puerta.

—Piénsalo, Morgen. La próxima semana me voy a Nueva York unos días para cerrar algunos negocios. Cuando vuelva, me gustaría que me dijeras si quieres que nos juntemos.

—¿Juntarnos? —Morgen lo contempló sorprendida y asustada—

¿Te refieres a... vivir juntos?

—No inmediatamente, pero ésa es la idea. Sé que te preocupa el efecto que pueda tener sobre Neesha, pero te prometo que no pienso precipitarme. Me gustaría que nos fuéramos conociendo mutuamente, incluida Neesha. Luego, pasado un tiempo, me compraría una casa en Londres.

Morgen olió a quemado. Se dio la vuelta justo cuando la tostadora expulsaba el pan carbonizado. Con manos temblorosas, tiró las tostadas a la basura, y levantó la mirada hacia Conall de nuevo. Estaba apoyado en la jamba de la puerta, con una palidez preocupante.

—Haré otras tostadas. ¿Por qué no vas a tumbarte en el sofá, y ahora te llevo una taza de café? Por favor, Conall. No deberías estar levantado.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —le preguntó frunciendo el ceño, cansado.

El corazón de Morgen se moría por él, pero debía ser cautelosa. Su pasado con las mujeres no era una buena referencia. ¿Por qué iba a ser ella la excepción a la regla?

Claro que te he escuchado. Y te prometo que pensaré en ello. Pero ahora tu salud y tu comodidad es lo único que me preocupa.

Qué pena no haber robado un uniforme de enfermera del hospital. ¡Verte vestida con eso, con unas medias negras y un ligero le hubiera venido muy bien a mi salud y a mi comodidad!

Divertido al ver la reacción de Morgen, tanto como excitado por la fantasía que acababa de crear, Conall se volvió obedientemente al salón y se tumbó en el sofá.

Capítulo 10

Cuando Morgen apareció en el salón con el desayuno, Conall estaba dormido. Sus piernas, moldeadas por los vaqueros, sobrepasaban el brazo del sofá, el sedoso pelo castaño le caía por la frente y sus rasgos estaban relajados por el sueño. Mostraba una vulnerabilidad que despertó en Morgen todos los instintos de cuidarlo.

Dejó el desayuno en una mesita y se sentó en un sillón cercano a Conall. No pudo evitar reconocer la verdad: estaba enamorada de Conall. Hasta la médula, loca por él.

Cuando Julie había aparecido aquella mañana en su despacho y le había contado lo que le había pasado a Conall, Morgen supo que su vida nunca sería la misma si lo perdía. Pero no estaba segura de estar preparada para comprometerse con él, veía demasiados obstáculos para que su relación funcionara.

Salir con aquel hombre suponía poner en riesgo su felicidad y la de su hija, confiando en un hombre que no sabía nada de cuidar de una familia. ¿Qué pasaría si, en unos pocos meses, o quizá semanas, empezaba a sentirse atrapado o aburrido? Los sentimientos que tuviera hacia ella se transformarían en resentimiento.

Pero cómo deseaba estar junto a él. Sólo el hecho de saber que él existía la hacía sentirse bien. En la cama, habían compartido una pasión salvaje y Morgen se había sentido hermosa y deseada.

Pero, ¿qué pasaría cuando él la presentara a sus amigos como su antigua secretaria? ¿la mirarían por encima del hombro? Y, ¿qué pasaría con su familia? ¿cómo reaccionarían cuando supieran que su guapo y exitoso hijo se había enamorado de alguien que trabajaba en su oficina? Morgen recordó lo desdeñosos que habían sido los padres de Simón y un escalofrío la hizo estremecer. Nunca más permitiría que alguien la hiciera volver a sentir tan indigna.

Conall se movió en sueños y Morgen volvió a la realidad. Se puso en pie y volvió a llevar el desayuno a la cocina. Decidió hacer té y llamar a la oficina para comprobar si había mensajes. Tan pronto como Conall se despertara, vería lo que podía hacer por él, y volvería a la oficina en cuanto fuera posible. Poner un poco de distancia entre ambos la ayudaría a aclararse.

A las cuatro y media de la tarde, Conall telefoneó a Morgen a la oficina por tercera vez:

—¿Morgen?

—Hola, Conall.

Tomó su bolígrafo y dibujó una carita sonriente en su cuaderno.

—Necesito que vengas.

—¿Por qué? —preguntó, tensando la espalda ante la idea de que estuviera sufriendo.

—Quiero verte antes de que te vayas a casa.

—¿Por qué?

Lo oyó maldecir, y tuvo que morderse el labio para no sonreír.

—Preguntas demasiado, ¿lo sabías?

—Es parte de mi trabajo. Estoy entrenada para cubrir cualquier necesidad de mi jefe.

—Veo que empezamos a entendernos... —susurró Conall con voz grave, y riendo después.

—No ese tipo de necesidad. Además, estás herido. No quiero arriesgarme a que te hagas más daño del que ya te has hecho tú mismo.

—Cariño, hablar contigo en este tono me hace daño como no te imaginas.

Morgen se lo imaginaba, y sintió cómo su cuerpo respondía ardorosamente.

—Si realmente necesitas verme, saldré media hora antes de la oficina y pasaré por tu casa antes de ir a la mía. Esta noche no puedo llegar tarde: tengo que llevar a Neesha a natación.

—Te prometo que no te retendré más de lo necesario. Verte aunque sea unos minutos me hará bien.

Morgen dibujó otra carita, y esta vez su sonrisa fue todavía más grande.

El delicioso aroma a café recién hecho llenaba el piso. Conall esperó a que Morgen se quitara el abrigo, y luego insistió en que se sentara junto a él en el sofá. Se había afeitado y perfumado.

—¿Todo va bien en la oficina? —preguntó Conall.

—Todo está bien, no hay nada nuevo.

Conall debía de haber puesto la calefacción, hacía demasiado calor, pensó Morgen. Aunque tal vez el sofoco provenía de sentir la musculosa pierna de Conall junto a la suya.

—¿Todavía te duele?

Sólo cuando aquellos ojos azules se oscurecieron hasta ponerse grises, Morgen se dio cuenta de que su pregunta inocente podía entenderse por otro lado.

—¿Estás preparada para que te conteste a eso?

Los dedos de Conall recorrieron la solapa de la chaqueta de Morgen y se deslizaron entre la blusa, deteniéndose a poco

centímetros de sus turgentes senos.

—Has hecho café, ¿traigo un poco?

Levantándose de un salto, Morgen se escapó a la cocina antes de que él pudiera responder. Él la siguió, tal y como ella esperaba que hiciera.

—¿No quieres que te toque? —preguntó compungido, con una mirada de frustración.

A Morgen se le encogió el corazón al darse cuenta de que lo estaba haciendo sufrir.

—De verdad, necesitas concentrarte en cuidarte las heridas, no en preocuparte de si quiero que me toques o no.

Enrojeciendo rápidamente, Morgen se giró para servir el café en dos tazas que estaban en la encimera. Pero no llegó ni a alcanzar la cafetera.

Con paso seguro, Conall se puso detrás de ella, con su cálido aliento agitándole el pelo. La agarró firmemente por las caderas y se acurrucó en su cuello, acariciándolo con los labios. Morgen se arqueó hacia él, convencida de que se derretiría allí mismo si él seguía tocándola de aquella manera. Dejó escapar un gemido de placer y apoyó la cabeza sobre el pecho de Conall.

—¡Ay!

El repentino grito no había sido de éxtasis, supo Morgen. Sintiendo culpable, se dio la vuelta y lo encontró sacudiendo la cabeza y con la mano cuidadosamente sobre el pecho.

—¡Te he hecho daño! Lo siento, Conall. ¡Debería haber tenido más cuidado!

—Cállate y bésame.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

Conall sujetó el rostro de Morgen entre sus manos y, con precisión y experiencia, la besó. Había anticipado su sabor y su calor todo el día, pero nada podía prepararlo para la desbordante sensualidad de su beso. La respuesta de Morgen lo sorprendió y elevó aún más su deseo, enredó su lengua con la de Morgen, mordisqueó el carnoso labio inferior, hasta que estuvo tan excitado que tuvo que parar. Sin ganas, se desenganchó de Morgen.

—Deberían prescribirte en la Seguridad Social. No sabes cuánto mejor me siento después de esto.

—¿Por qué has parado? —le preguntó Morgen perpleja.

—¿Que por qué...? Cariño, te deseo tanto, que podría subirme ahora mismo encima de la mesa de la cocina, pero creo que ninguno de los dos querría eso, ¿no?

Le gustó verla enrojecer, y se alegró de comprobar que el ardiente deseo era mutuo. Sonrió:

—Además, tienes que recoger a Neesha. No quiero que hagas esperar a tu hija. En cuanto consigas que tu madre se quede con ella, quiero que vengas aquí y pases la noche conmigo. Con costillas rotas o sin ellas, eso no me detendrá de hacerte el amor.

—¿Ah, no?

Con la respiración aún agitada, Morgen no pudo ocultar el deseo en sus ojos.

—Siempre hay formas y medios. Distraré mis horas solitarias ideando algo.

—De acuerdo.

Morgen le regaló una dulce sonrisa, y sintió el corazón lleno de alegría. El hecho de que en medio de su apasionado abrazo Conall se hubiera parado a pensar en Neesha le hacía ganar puntos. A lo mejor sí había esperanza para una relación entre ambos después de todo...

—¿Qué quieres cenar? No tengo tiempo de cocinar ahora, pero puedo pedir que te traigan algo.

—Estoy bien. Mi madre va a venir a prepararme una de sus especialidades. Le encanta cocinar.

Y lo malcriaría si él la dejara. Por primera vez, a Conall no le molestó la idea.

—Parece una buena mujer.

—Lo es. A lo mejor os presento dentro de poco...

Morgen se preguntó cómo resultaría. La asaltó el dolor del pasado, pero trató de convencerse de que la madre de Conall no sería como los Vaughan—Smith.

—Parece un hombre muy agradable —aprobó Loma McKenzie mientras se sentaba a la mesa junto a su hija y su nieta para cenar—. Me encantará que Neesha duerma conmigo la noche del sábado para que puedas acudir a tu cita. Te vendrá bien tener algo de tiempo libre para ti.

—La yaya dice que podemos hacer un bizcocho de chocolate. ¿Te guardo un poco, mami?

Levantando la cabeza de un tenedor repleto de puré de patata, Neesha la miraba expectante.

—¡Más te vale, o tendríamos un gran problema! Sabes que es mi favorito.

—¿La cita es con Conall, mamá?

Morgen sintió los dos pares de ojos fijos en ella con gran interés:

—Sí, la cita es con Conall.

Conarían y volverían, al piso de la hermana de Conall para pasar la noche. Se emocionó sólo de pensarlo.

—Bien, le guardaré a él también algo de bizcocho.

Morgen sintió que la presión sobre sus hombros descendía. Neesha no había protestado por el hecho de que su madre tuviera una cita, y conocía a Conall y parecía que le caía bien.

«Aún es pronto, Morgen... un paso detrás de otro, recuerda», le aconsejaba la vocecita en su interior. El hecho de que Conall pareciera ir en serio no significaba que fueran a tener una relación de cuento. En unos días, volvía a Nueva York para cerrar sus negocios allí, y se encontraría con las mismas tentaciones que formaban parte de su vida antes de marcharse.

—Será mejor que comas, Morgen, se te está enfriando la cena.

Al otro lado de la mesa, Loma McKenzie entornó los ojos preocupada al ver a su hija tan pensativa. Aquel Conall O'Brien parecía un buen hombre, aunque sólo lo conocía de un breve encuentro. Pero Simón también había parecido un buen hombre...

Conall observó los planos en el tablero frente a él e hizo un pequeño ajuste. Satisfecho al ver que su corrección suponía una mejora considerable, se separó un poco para tener perspectiva. Un latigazo de dolor en la zona del hombro derecho le dibujó una mueca en la cara. Sus costillas iban curándose bien, aunque todavía le dolían un poco, pero el corte en el hombro era lo que le molestaba. Cada vez que le dolía se acordaba de lo estúpido que había sido al subir al andamio con unos zapatos normales llenos de barro. No acostumbraba a ser tan descuidado, pero había estado pensando en Morgen en vez de en el trabajo que tenía entre manos.

Al pensar en ella, se dio cuenta de que no tenía ganas de volver a Nueva York. Si hubiera existido la posibilidad de mandar a alguien en su lugar, no lo habría dudado. Pero había asuntos que sólo él podía cerrar, además de un apartamento alquilado del que tenía que devolver las llaves. Y quería despedirse de sus amigos.

En cuanto volviera de allí, Conall buscaría una casa para comprar, una casa que esperaba algún día compartir con Morgen y Neesha. Pero primero tenía que convencerla de que iba en serio.

—¿Puedo pasar, Conall?

De repente estaba ahí, y Conall sintió que el dolor de su hombro desaparecía milagrosamente.

—Entra y cierra la puerta.

—Sólo quería dejarte estas cartas para que las firmaras.

Se quedó en la puerta, sintiéndose extrañamente tímida en su presencia.

—Pasa de todas formas. Quiero hablar contigo.

Morgen se sentó en un cómodo sillón de cuero frente a la mesa de Conall y colocó las manos sobre su regazo. Con la idea de tranquilizarla, Conall decidió empezar con un asunto neutral.

—He hablado con Derek desde la clínica, está bien. Los primeros días fueron un poco malos, pero parece que está decidido a olvidar la bebida y a tomar de nuevo las riendas de su vida.

—¡Eso es estupendo! —se alegró Morgen, con los ojos brillando de contento—, ¡sabía que podría!

—Es pronto para decirlo, cielo. Le quedan cuatro semanas más en la clínica, entonces veremos.

—No dudo ni por un momento que puede hacerlo —afirmó Morgen. Más calmada, se recostó en el respaldo de su asiento—. Tú lo has visto posiblemente en uno de sus peores momentos, pero no es el caso perdido que crees que es.

—Yo nunca he creído que lo sea, pero cualquier adicción es una enfermedad.

—Da igual, son unas noticias fantásticas. Gracias por decírmelo.

Conall escogió un bolígrafo de un bote junto a él y se puso a jugar con él entre los dedos.

—¿Qué dirías si te cuento que probablemente no vuelva a trabajar aquí?

—¿Por qué?

—He pensado en mandarle a la oficina de Nueva York. Un cambio de escenario puede venirle muy bien: gente nueva, desafíos nuevos, vida nueva...

—Creo que funcionaría... Lo voy a echar de menos.

—Tú trabajarías para mí.

Preocupado por la reacción de Morgen, Conall la miró directamente. Observó un brillo de duda en sus ojos y se le hizo un nudo en el estómago. ¿Realmente la perspectiva le gustaba tan poco?

—Como soy el dueño de la empresa, sería un ascenso, por supuesto. Mayor responsabilidad y mayor sueldo... ¿qué te parece?

En otras circunstancias le hubiera parecido excelente, pensó Morgen. Pero había prometido a su madre y a Neesha que reduciría sus horas de trabajo para poder estar más tiempo con su hija, y aquella oferta era lo último que deseaba oír. Por no mencionar el hecho de que ahora tenía una relación íntima con Conall.

Sería cuestión de tiempo antes de que toda la empresa supiera que había algo entre la secretaria de Derek Holden y Conall O'Brien. Potencialmente, podía levantar mucho resentimiento y hacer su

vida más difícil de lo que ya era.

—Quería hablarte de eso.

—¿De qué exactamente?

—De trabajar juntos.

Revolviéndose incómoda en su asiento, Morgen se atusó un mechón de pelo:

—Supongo que eres consciente de que a largo plazo no resultaría. No cuando... cuando tenemos una relación personal. Además quería comentarte la posibilidad de reducir mi horario de trabajo. Necesito estar más tiempo con Neesha: he trabajado a jornada completa desde que era un bebé. Está creciendo tan deprisa... y este tiempo nunca volverá. Ya me he perdido cosas de su vida que no tendré la oportunidad de disfrutar de nuevo. Así que, gracias por pensar en mí, pero realmente creo que, dadas las circunstancias, deberías darle el trabajo a otra persona.

—¡Nadie sabe hacer el trabajo tan bien como tú! Tuve trabajando para mí a Julie cuando estabas de baja, y es una secretaria correcta, pero pídele que piense con un poco de rapidez y se arruga como una niña incompetente. ¡Saca el cavernícola que hay en mí!

Morgen rió abiertamente.

—¿Y conmigo no sacaste el cavernícola que hay en ti?

Conall frunció el ceño y se sentó de nuevo.

—¿Estás diciendo que es difícil trabajar conmigo?

—No —la voz de Morgen era firme—, lo que digo es que, si va en serio lo de que tú y yo tengamos una relación personal, no puedo trabajar para ti. Sabes que tiene sentido.

Conall sonrió.

—Entonces, ¿buscarás a alguien para el puesto?

—No hasta que vea cómo se desenvuelve Derek. Entonces te daré mi veredicto. Mientras tanto, creo que deberíamos mirar cómo podemos reducir tus horas. Entiendo que es importante para ti pasar más tiempo con Neesha.

—Gracias.

Después de exhalar un largo suspiro de alivio, Morgen se levantó para marcharse.

—¿Adonde vas? —preguntó Conall.

—Tengo trabajo que hacer.

Conall se levantó, rodeó el escritorio y se acercó a ella con un destello en los ojos que empezaba a reconocer.

—No antes de que me beses.

— ¡Conall! Alguien podría entrar...

Él fue hasta la puerta y echó el pestillo.
—Ahora nadie nos molestará...

Capítulo 11

Cuando salieron del restaurante, avanzada ya la noche del sábado, llovía suavemente. Era una noche especialmente fría, y el viento era cortante. Conall condujo a Morgen hasta el coche y la ayudó a acomodarse.

—¿Estás bien?

Al ver que Morgen se subía el cuello del abrigo le dirigió una mirada de preocupación.

—Estoy bien. Entraré en calor enseguida.

Durante toda la velada, Conall se había llenado de ella, pero parecía que nunca era suficiente. Habían conversado, a veces evitando algunos temas personales para conservar un tono educado en su charla, pero ambos sabían que había otra conversación entre sus mentes y sus cuerpos.

Una vez en el piso, la luz tenue los acogió, creando una atmósfera de calidez e intimidad que hizo estremecer a Morgen pensando en lo que sucedería después. La asustaba desearlo con tanta fuerza. Entre ellos había una conexión. No tenía sentido seguir negándolo por más tiempo.

Ahora, tras quitarse el abrigo y alcanzárselo a Conall, se alarmó al comprobar que le temblaban las piernas. Percibiendo su escalofrío, Conall dudó antes de hacerse cargo del abrigo:

—¿Aún tienes frío?

—No, aquí se está muy bien, es muy agradable.

—Siéntate y ponte cómoda. Voy a traer unas copas.

—Más alcohol no, por favor —rogó con una sonrisa—. Si bebo más, me veo rodando por el suelo.

—Gracias por avisar —dijo con voz grave y sexy—. ¿Qué tal un café?

—Estupendo.

Morgen se frotó los brazos, se dejó caer en el sofá y se quitó los zapatos. Mientras jugaba con sus pies en la lujosa alfombra, echó una mirada alrededor, deteniéndose en las fotografías familiares de la repisa. Todo era bonito y estaba elegido con buen gusto, pero claramente revelaba más de la hermana de Conall que de él mismo.

—¿Por qué no tienes tú una casa?

Impulsivamente, fue hasta la cocina. Conall estaba rellenando de azúcar un bol de porcelana. Parecía a gusto con las tareas domésticas, y a Morgen le gustó contemplarlo. Cada vez que Conall

se movía, la camisa sugería el contorno de sus músculos; bajó la vista hacia sus nalgas prietas y las largas piernas.

—Estuve en un apartamento alquilado en Chelsea hasta que me fui a Nueva York. Para ser franco, nunca sentí la necesidad de tener un lugar permanente. En los últimos años he viajado mucho: Norteamérica, Canadá, Australia... ¿qué sentido había en tener un sitio que iba a estar vacío la mayor parte del tiempo?

—¿Y ahora has decidido quedarte en el Reino Unido un tiempo?

Conall paró su actividad, se dio la vuelta y se apoyó en la encimera; sus eléctricos ojos azules contrastaban con la blancura de su camisa:

—Estoy pensando en comprar una casa.

— ¿No la vas a diseñar tú?

Si Morgen tuviera las envidiables cualidades de Conall, le encantaría diseñar su propia casa.

—La idea se me ha pasado por la cabeza.

Antes de que Morgen pudiera reaccionar, Conall estaba frente a ella, deslizando sus manos por los brazos, anegando sus sentidos con su potente virilidad.

—Pero depende de si voy a tener o no alguien especial con quien compartirla.

—Ya encontrarás a alguien.

Morgen apartó su mirada de la sonrisa sensual y hambrienta de deseo de Conall.

—Creía que ya lo había encontrado.

—Puede que quieras pensártelo de nuevo.

La voz de Morgen era un susurro. Levantó la mirada hacia los ojos de Conall, y el corazón le latió con fuerza ante la masculina belleza de su rostro:

—Tengo una hija, ¿recuerdas? Esto no va sólo contigo y conmigo. ¿Tienes alguna idea de lo que es ser responsable de un niño? Toda tu atención se centra en él, y nunca dejas de preocuparte. De eso es de lo que te vas a hacer cargo, Conall, y de algún modo... —se apartó de él y se apoyó en la puerta—, de algún modo creo que no estás preparado para eso.

Conall enmudeció ante la sorpresa. «Hijos...» Honestamente, no había dedicado mucho tiempo a pensar en ser padre. Hasta aquel momento, había relegado la posibilidad a un futuro lejano, convencido de que, cuando llegara la ocasión, si es que llegaba, tendría la madurez suficiente para hacerse cargo... no como había hecho su padre.

Tener a Morgen y a Neesha iba a cambiar completamente su

estilo de vida. Conall nunca había compartido piso, y mucho menos vivido con una mujer. Había muchísimas cosas nuevas a las que tendría que acostumbrarse, pero no era algo que lo aterrorizara. Sería agradable tener dos mujeres en casa. Y levantarse cada mañana al lado de la mujer de sus sueños era un incentivo que no podía ignorar. No. Morgen se equivocaba respecto a él. Él era mucho más adaptable de lo que ella pensaba, y estaba enamorado de ella. Se sentía muy feliz, entusiasmado.

Contemplándolo, Morgen decidió que, entre todas las cualidades que poseía, su sonrisa era el arma más poderosa de todas.

—Te equivocas conmigo, Morgen. Quiero que Neesha y tú seáis parte de mi vida. Quiero cuidaros a las dos. Puede que no sepa mucho de niños, pero puedo aprender, ¿no te parece? No te voy a fallar. Si realmente crees que esto es un capricho por mi parte, es que no me conoces. Nunca antes me había sentido así por una mujer.

Quitando a Morgen de la puerta, Conall sujetó su rostro entre las manos:

—¿Qué te parece si nos casamos?

Si una bomba hubiera atravesado el techo, Morgen no se habría sorprendido tanto. Sintiéndose mareada durante unos instantes, elevó la mirada hacia los sonrientes ojos azules y se quedó sin habla. ¿Casarse? Era algo que nunca se había imaginado que volvería a plantearse ni por un segundo. Cuando Conall había hablado de comprar una casa y compartirla con ella y con Neesha, Morgen había asumido que se refería a que vivirían juntos.

Colocando sus manos sobre las de Conall, Morgen las apartó suavemente:

—Nos conocemos desde hace poco tiempo. No deberíamos precipitarnos. Probablemente lo haces por mí, pero no tenemos que casarnos para estar juntos.

No era la respuesta que Conall quería oír. Había encontrado a la persona con la que quería compartir el resto de su vida, y no estaba dispuesto a dejarla marchar.

—Te he pedido que te cases conmigo porque estoy enamorado de ti, Morgen.

Morgen se mordió la lengua:

—También Simón dijo que me quería. Palabras como éstas salen fácilmente al principio de un romance, y tú siempre has admitido que tu pasado con las mujeres no es bueno.

Atónito, Conall maldijo entre dientes y se apartó:

—Así que, ¿no voy a tener la oportunidad de redimirme? Es

cierto que nunca antes había querido comprometerme con nadie, pero me duele profundamente que me compares con tu ex marido. ¿Es que no ves que esto es diferente?

Morgen quería creerle pero, ¿cómo explicarle que no podía evitar hacer comparaciones con su relación con Simón, después de lo que le costó recuperarse de aquel rechazo? ¿Qué pasaría si la familia de Conall la trataba con el mismo desdén que los Vaughan—Smith?

—Has visto dónde vivo, Conall. ¿Qué van a pensar tus amigos cuando sepan que te has enamorado de una simple secretaria del sur de Londres, y que además es madre divorciada?

—¡No puedo creer que te preocupes por algo así! Sí, he visto dónde vives, y lo que he visto es un hogar, no una estructura vacía equipada con muebles de diseño, sino un verdadero hogar; algo que no tengo desde que era un niño. Y aunque es cierto que algunos de mis amigos pertenecen a ambientes como los que has insinuado, no me importa nada todo eso. Acepto a la gente como es, da igual de dónde sean o a lo que se dediquen, y a los que no me gustan dejo de tratarlos.

En dos zancadas furiosas fue hasta el fregadero, abrió el grifo y llenó un vaso de agua. Después de un largo trago, se volvió hacia Morgen y la observó meditabundo:

—Y para tu información, tampoco me importa lo que piense la gente. Estamos hablando de ti y de mí: tú decides si quieres estar conmigo o no. Lo único que me importa es que estés segura.

—Por supuesto que quiero estar contigo —le confesó en un susurro—. De acuerdo, me plantearé seriamente el vivir contigo, pero no me casaré.

En aquellos ojos verdes había un destello metálico, y Conall sintió el pecho oprimido por la decepción y el dolor. Era la primera mujer a la que le pedía matrimonio, y ella lo había rechazado. Aquello era un duro golpe para su orgullo y su masculinidad. Dejó el vaso de agua sobre la encimera y cruzó los brazos por delante de su pecho.

—Si no quieres casarte, entonces tampoco vengas a vivir conmigo.

Enrojeciendo de frustración, y con incredulidad en los ojos, Morgen se dio la vuelta y se marchó.

—Quiero que llames a este número de teléfono y me reserves plaza en un vuelo matutino a Nueva York.

Morgen miró el papel que Conall había tirado sobre su mesa, y tragó saliva. El sábado no había resultado como habían planeado.

Después de decirle que no se casaría con él, las cosas habían ido cuesta abajo. En vez de terminar juntos en la cama, como ambos habían anticipado deseosos, Morgen se encontró pidiéndole que llamara a un taxi para volver a su casa. Conall se había negado a hacerlo y había insistido en llevarla a casa en su coche. Cuando Conall se despidió dejándola en la puerta, no dudó en marcharse rápidamente. Morgen se encontró con la casa vacía y tría, sin ni siquiera la compañía de su pequeña para consolarla.

—Lo haré enseguida.

—Estaré fuera la mayor parte de la semana. Si ocurre algo importante, telefonéame directamente. Te he dejado el número de mi casa.

—De acuerdo.

Finalmente, Morgen se permitió mirarlo a los ojos. La ira que vio hirviendo en ellos la hizo contener el aliento. No quería que las cosas fueran así entre ellos pero, ¿cómo resolver la situación? Pensar en matrimonio la aterrizzaba. La idea de que su unión terminara en un amargo divorcio era su peor pesadilla.

—Tengo una reunión con Richard Akers a la una. Prepara un refrigerio, por favor.

Morgen asintió en silencio, odiando el tono formal y frío en que se estaba dirigiendo a ella.

—Lo tendrás preparado.

—No tengo ninguna duda, Morgen. Si algo eres en el trabajo, es profesional.

Antes de que Morgen pudiera descifrar qué quería decir con aquello, Conall había cerrado su puerta, dejándola sola contemplando la pantalla de su ordenador en una especie de trance.

Conall miró de nuevo por la ventana. No podía concentrarse, su ira crecía por minutos. ¿Por qué no quería casarse con él? ¿cualquiera diría que la había insultado! Obviamente no se creía que Conall iba en serio. ¿Qué diablos le había hecho su ex marido para que fuera tan desconfiada? ¿Y qué era todo aquello de que él pertenecía a ambientes distintos de los de ella? Deberían haber hablado más. Pero en vez de eso, Conall había permitido que el dolor y el sentimiento de rechazo tomaran posesión de él y le hicieran comportarse como un niño mimado que no ha conseguido lo que quiere. ¡No le extrañaba que ella hubiera preferido irse a casa antes que compartir la cama con él!

Aquel pensamiento le dejó deshecho. Desde que la había dejado en su casa, la frustración sexual le había hecho perder el sentido: con sólo mirarla, se excitaba hasta niveles dolorosos. Y encima, se

sentía como un ser cruel y despiadado. ¿Cómo podía reparar el daño antes de irse al día siguiente a Nueva York? Al menos tenía que intentarlo, o se pasaría la mayor parte de la semana sin poder trabajar.

Sonó el timbre de su teléfono. Conall se lanzó agresivamente hacia él:

—¡Sí!

—Victoria Kendall está en recepción y quiere verte, ¿la hago pasar?

¿Qué demonios estaba haciendo su madre en la oficina? Conall dejó escapar un gruñido.

—De acuerdo, ve a buscarla y hazla pasar.

En la oficina, Morgen se alisó nerviosa la falda, se estiró la chaqueta, se miró en un espejo que había en la pared, y se encaminó con un pretendido aire resuelto hacia la recepción.

—¿Señora Kendall? Soy Morgen McKenzie, la secretaria del señor O'Brien. Si hace el favor de acompañarme, la llevaré hasta él.

Impecablemente vestida, de pelo castaño claro y ojos azules tan penetrantes como los de su hijo, Victoria Kendall le estrechó la mano con una sonrisa y la siguió a través del pasillo.

—Me imagino que no estará muy contento de verme —confesó alegremente a una sorprendida Morgen—. Seguro que se piensa que voy a soltarle otro sermón cuando lo único que quiero es invitarlo a comer. Espero que no tenga ninguna cita importante. Sé que debería haber telefoneado antes, pero, bueno, estaba por aquí y me he dejado llevar por el impulso.

Morgen se sintió inmediatamente cómoda con aquella mujer. Victoria Kendall era inesperadamente maternal, a pesar de su apariencia glamurosa.

—Tiene una reunión a la una, pero seguro que puede posponerla.

¿Por qué había dicho aquello? Conall la mataría, por no mencionar al engreído Richard Akers.

— ¡Bueno, eso suena esperanzador! Gracias, querida.

Para sorpresa de Morgen, Conall estaba esperando fuera del despacho.

— ¿Cuál es el problema, madre? Sabes que estoy ocupado.

—¡Menuda bienvenida! Mejor me vuelvo a casa.

Con expresión ofendida, Victoria comenzó a moverse hacia la puerta.

Horrorizada por su grosería, Morgen salió en defensa de aquella mujer:

—Tu madre había venido a invitarte a comer, Conall, y creo que deberías ir. Puedo posponer tu reunión con Richard Akers para primera hora de la tarde.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Y quién te ha pedido tu opinión? ¡Sabes de sobra que me voy a Nueva York mañana, y estoy hasta el cuello de trabajo!

—¡Conall O'Brien! ¿Es que has olvidado la educación que te enseñé? —gritó Victoria, mientras se colocaba frente al gigante de su hijo—. ¡Quiero que te disculpes ante tu secretaria inmediatamente! Es cierto que venía para invitarte a comer. Ella sólo hablaba en mi favor.

—Lo siento, pero estoy demasiado ocupado para salir a comer contigo, madre. ¿Por qué no te tomas un té con Morgen, y te relajas unos minutos antes de volver a casa?

—¿Eso era una disculpa? ¿Me he perdido algo? —preguntó Victoria, mirando a Conall con el ceño fruncido, y seguidamente a Morgen.

Aquella hermosísima mujer joven de brillante cabello negro había enrojecido un poco, percibió. Además, sus manos temblaban ligeramente cuando ordenó unos papeles de la mesa. ¿Sería aquella la mujer de la que se había enamorado su hijo? Podía entender por qué. Su rostro ceñudo se tornó en una deslumbrante sonrisa sólo comparable a la de su hijo.

—Incluso aunque estés terriblemente ocupado, eso no es motivo para que seas grosero —riñó a Conall—. Pero si realmente no quieres que te saque a comer, a lo mejor a Morgen le gustaría tomarse un té conmigo y charlar un rato.

Como un perro policía percibiendo el olor de un criminal, Conall elevó las cejas con sospecha:

—A ver, ¿por qué querrías charlar un rato con mi secretaria? —preguntó irritado.

¿Qué podrías tener en común con ella?, Morgen terminó la frase de Conall en su cabeza.

Aquello fue demasiado para ella, aquella nota de insultante desdén en su voz. Soltando furiosamente sobre la mesa los papeles que había ordenado con tanto cuidado, se volvió hacia Conall con los ojos echando chispas:

—¿Te sale natural lo de menospreciar a las personas que te rodean, o vas a clases? Mira, para que te enteres, señor O'Brien, llevo toda la mañana aguantando tu mal humor y tu mala educación, ¡y no voy a soportarlo ni un minuto más! ¡A ver cómo te las apañas si me tomo la tarde libre!

—Espera un minuto, ven. Yo...

Morgen advirtió la ira en su voz y, agarrando su bolso, se encaminó hacia la puerta todo lo rápidamente que le permitieron las piernas. Lo oyó correr detrás de ella y, sin saber muy bien adonde iba, abrió una puerta y se deslizó tras ella, echando el pestillo. Buscó a tientas el interruptor de la luz, y al pulsarlo observó que estaba en el almacén del material de papelería.

— ¡Morgen!

Al otro lado, Conall golpeaba la puerta y accionaba el picaporte.

—¿Se puede saber a qué diablos estás jugando?

—¡Déjame en paz! No quiero hablar contigo. ¡Tendrás mi dimisión en tu mesa por la mañana!

En el silencio que siguió a sus palabras, lo único que oía eran los golpes de su corazón. Una lágrima resbaló por su mejilla, y se la retiró bruscamente. ¡No permitiría que la tratara como si fuera una subalterna imbécil! Aquél había sido un truco de Simón, y por nada del mundo iba a dejar que Conall lo repitiera.

—Me voy a Nueva York por la mañana, ¿recuerdas? —le dijo con voz grave, teñida de frustración.

—Pues muy bien —le cortó Morgen. ¡Espero que te quedes allí y que no vuelvas nunca!

—No lo dices en serio —contestó Conall, accionando el picaporte una vez más—. Déjame entrar y hablar contigo.

—No quiero hablar contigo. No tenemos nada más que decirnos.

—¡Tenemos mucho que decirnos! Abre la puerta, Morgen, y déjame entrar. ¡Por favor!

Colocándose el bolso sobre el hombro con firmeza, rodeó la llave con sus dedos:

—Voy a abrir la puerta, pero no pienso hablar contigo. De hecho, me voy a ir directa a casa.

En cuanto abrió la puerta, Morgen se encontró metida de nuevo en la pequeña habitación, con Conall observándola y cerrando la puerta de un puntapié. La masculinidad de Conall dominaba todos sus sentidos, y, bajo la luz naranja de la habitación, podía ver su cara severa e implacable.

—¿Qué... qué crees que estás haciendo?

—No me voy a mover de aquí hasta que hables conmigo.

—Tu madre está esperando en el despacho. Vuelve con ella. Yo iré a dar un paseo y volveré en una hora. Realmente no quiero dimitir. Sabes que necesito este trabajo, y...

—¿Qué es lo que tanto te asusta, Morgen?

La repentina suavidad del tono de su voz la pilló desprevenida.

—No quiero hablar de eso. Y no me gusta la forma en que me has hablado, como si fuera inferior a ti. Por favor, apártate de mi camino para que pueda salir.

—Lo siento si te he hecho sentir así —se disculpó—. Me he dejado dominar por la frustración. No quería decir nada de aquello. Y ahora, por favor, responde a mi pregunta: ¿qué es lo que tanto te asusta? Pienso quedarme donde estoy hasta que me contestes.

Todo en él era implacable. Morgen tragó saliva para aliviar la sequedad de su garganta.

—¡Me asustan mis sentimientos hacia ti, para que lo sepas! No quiero quererte con tanta fuerza, pero lo hago. Me asusta, Conall. Tú estás acostumbrado a estar al mando, a dar órdenes. Estás en la plenitud de tu carrera: tienes éxito y dinero. Ya estuve casada con un hombre que también tenía esos atributos, y que creía que, por eso, era superior a mí. Menospreció mis orígenes, a mi familia. ¡Pensaba incluso que era mejor que nuestro bebé! Sus padres le dieron la espalda a Neesha, ¿sabías eso? ¡A su propia nieta! Cuando nuestro matrimonio terminó, yo no tenía una opinión muy buena de mí misma. No quiero volver a sentirme así en mi vida. ¿Lo entiendes?

Por fin, Conall lo entendió. Al verla llorar, alargó la mano delicadamente, enjugó sus lágrimas y depositó un dulce beso sobre su boca entreabierta.

—Si alguna vez te he hecho sentir menos de lo que eres, lo siento en el alma. Siempre te he tenido como mi igual en todos los sentidos. Haces sombra a todas las otras mujeres, ¿lo sabías?, con tu belleza, tu inteligencia, la forma en que cuidas de tu hija. Eres una persona extraordinaria, Morgen. Por eso quiero que seas mi esposa.

Capítulo 12

Unos fuertes golpes en la puerta los sobresaltaron. —Quédate con esa idea —propuso Conall.

—¿Conall? ¿Estás ahí con Morgen? ¿Por qué no venís los dos al despacho y os preparo un café?

—Madre...

Sacudiendo la cabeza, Conall tiró suavemente de la mano de Morgen:

—No se irá hasta que no llegue al fondo de todo esto. En la familia la llaman «Colombo» por algo —explicó—. Será mejor que volvamos. Siento mucho lo de esta mañana, estaba de un humor de perros. No tenía ningún derecho a pagarlo contigo.

—Disculpa aceptada —contestó Morgen, sonriendo tímidamente.

—¿Tienes alguna fotografía de Neesha para verla?

Sentada junto al escritorio de Morgen, Victoria Kendall se inclinó hacia delante con interés mientras Morgen rebuscaba en su bolso.

Cuando se trataba de su pequeña, que era su orgullo y su felicidad, Morgen no tenía problemas en mostrar fotos a quien se las pedía. Llevaba siempre una abundante selección en su cartera. El hecho de que la madre de Conall se mostrara genuinamente interesada en su hija y que no pareciera tener prisa por marcharse hicieron que Morgen sintiera aún más simpatía por aquella mujer.

—¡Vaya, es preciosa! —exclamó Victoria.

Levantó la vista hacia Conall, que acababa de entrar en la habitación. Él sonrió, se colocó detrás de la silla de su madre y echó un vistazo a la fotografía por encima de su hombro.

—Igual que su madre —apuntó.

El comentario hizo sentir a Morgen como si estuviera volando en el espacio. Su mirada se cruzó con la de Conall y una ola de ternura inundó su interior.

Victoria percibió el deseo en aquella mirada dirigida a su hijo, y sonrió. Había esperado mucho tiempo a que su hijo se enamorara y, en aquel momento, estudiando a la encantadora mujer que tenía delante, rezó por que Conall hubiera encontrado a «la única». Su alma gemela.

La única cosa que preocupaba un poco a Victoria era que, como madre divorciada, Morgen se preocupaba por el bienestar de su hija, y no se lanzaría a algo sin estar completamente segura de que

Conall estaba comprometido al cien por cien con las dos. Era comprensible que Morgen fuera un poco reticente, pero Conall no era un calco de su padre. Tal vez hubiera disfrutado de las mujeres, pero nunca había hecho promesas que no pudiera mantener, y Victoria siempre había sabido que, cuando encontrara a la mujer adecuada, le sería completamente fiel.

Cuando Conall decidía algo, mantenía su decisión, y Victoria estaba segura de que su hijo se mantendría junto a Morgen en la prosperidad y en la adversidad. Así que, decidió que haría todo lo que pudiera para que el asunto se resolviera satisfactoriamente.

Después de devolver a Morgen la foto de Neesha, Victoria se levantó y tomó a Conall de la mano:

—Aún hay tiempo para invitar a Morgen a comer, ¿sabes, querido?

Conall sacudió la cabeza y suspiró:

—Es una buena idea, madre, pero realmente no tengo tiempo. Cuando vuelva de Nueva York, te prometo que lo primero que haré será invitarla a comer. ¿Te sientes mejor?

—Sé que harás lo mejor, hijo —contestó, con una sonrisa confiada.

Morgen trabajó mucho para que Conall dejara todos sus asuntos resueltos antes de irse a Nueva York. Aquella tarde a las seis y media, apagó su ordenador, recogió la chaqueta del respaldo de su silla, se puso en pie y estiró los brazos. Miró nerviosa la luz que salía por debajo de la puerta del despacho de Conall. Tendría que entrar y decirle que se iba a casa. No iba a ser fácil, sabiendo que no iba a verlo por lo menos en los próximos cuatro días, tal vez más. El dolor de su corazón era casi físico. ¿Por qué no le había respondido cuando él le pidió que fuera su esposa? Conall le había dicho que «se quedara con la idea» pero, como ella no había vuelto a sacar el tema, ¿pensaría que ya no estaba interesada? Morgen había encontrado en él la seguridad que estaba buscando. A él no le importaba dónde viviera o cuál fuera su pasado, y le había dicho que la consideraba su igual.

«Dios mío... por favor, no dejes que cambie de opinión».

Conall se masajeó el puente de la nariz y se restregó los cansados ojos. Agradeció la distracción que suponía una llamada a la puerta. Cuando vio quién entraba, sintió una ola de calor recorriendo su cuerpo, y se levantó de su asiento, aflojándose su lujosa corbata de seda y tirándola sobre la mesa.

—Sólo he venido a decirte que me voy a casa.

Su intento de sonrisa abandonó sus labios, como si no estuviera

segura de si debía bajar la guardia. Aquella visión fugaz sedujo a Conall, cuyos sentidos ya estaban excitados, y la anticipación hizo que su sangre empezara a hervir, borrando todo rastro de fatiga.

—Entra y cierra la puerta —le ordenó.

Conall esperaba que ella protestara, pero no lo hizo. Una vez dentro, Morgen se dirigió hacia él, colocándose el pelo cuidadosamente detrás de la oreja, mirando con interés hacia los planos que estaban sobre la mesa.

—¿Aún no has terminado? —le preguntó.

—Cariño, ya he hecho todo lo que voy a hacer esta noche.

Sin más, Conall enrolló los planos y los metió dentro de una funda. Mirando el escritorio vacío, dirigió a Morgen una sonrisa arrebatadora.

—Bueno, espero que tengas buen viaje. Te mantendré informado si hay algo importante.

—Siempre tan eficiente.

—Trato de hacerlo lo mejor que puedo.

—Ojalá dijeras que te gusta agradar.

—Me gusta.

Tratando de entender adonde quería llegar, Morgen cruzó las solapas de su chaqueta por encima de la blusa.

—Si eso es cierto, por favor, no hagas eso.

—¿El qué?

Conall le dirigió una mirada tan caliente que despertó en Morgen toda su sensualidad.

—No me escondas tu cuerpo.

Dejando caer las manos a los lados del cuerpo, Morgen desvió su mirada de la de Conall antes de que empezara a echar chispas. Se obligó a mirar a Conall de nuevo y, sin darse cuenta, se humedeció los labios con la lengua.

Conall, receptor de aquel inocente gesto tan erótico, sintió que se le desataba el deseo. Todos sus músculos se contrajeron en el esfuerzo por mantener el control.

—Necesito que tome unas notas para mí, señorita McKenzie.

El tono susurrante de su voz deshizo a Morgen.

—Creí que había terminado por esta noche... señor O'Brien.

—Hay algo que he querido hacer durante todo el día. ¿Le importa?

Morgen se movió lentamente hacia donde él estaba, y se quedó sin aliento cuando él la guió suavemente hacia el escritorio y le quitó los zapatos. Su tacto era cálido y seguro, y Morgen se sintió como una gata tumbada en la repisa de la ventana, esperando a que

el sol la mimara con sus rayos.

Para ser sinceros, ella también había estado deseando aquello durante todo el día. Había sido un tormento verla trabajar sin ni siquiera poder tocarlo. Hasta su cara fría, profesional y educada la había seducido.

Morgen hizo ademán de enlazar sus brazos alrededor de la cintura de Conall, pero él movió la cabeza, indicándole que se quedara donde estaba. Sonrió pícaramente, y le bajó las medias y las braguitas con una maestría impresionantemente erótica que hizo estremecer a Morgen. Estaba profundamente excitada y húmeda.

Conall la riñó dulcemente:

—Llevas demasiada ropa.

Morgen alargó la mano para desabrochar los botones de su blusa, pero Conall la detuvo:

—Permíteme.

Conall apartó la ropa con la boca, capturó entre sus labios un pecho a través del sedoso sujetador de encaje negro, y calentó el pezón con su aliento. Luego hizo lo mismo con el otro pecho. Morgen experimentó una conexión electrizante.

Consumida por la excitación, gimió cuando Conall deslizó la mano por la parte interna de su muslo, acariciando y masajeando la suave piel. Ella le pasó las manos por el pelo y buscó hambrienta su boca. Cuando sus labios se juntaron, la pasión estalló entre ellos, dejándolos jadeantes y temblorosos cuando por fin se separaron para tomar aliento.

—Conall, por favor...

—¿Qué sucede, señorita McKenzie? —bromeó con voz grave, susurrándole al oído.

Morgen buscó su boca para otro beso salvaje, su lengua entrando y saliendo del calor sensual de Conall, sintiendo la aspereza de su mandíbula sin afeitar sobre la piel sensible de su barbilla y su mejilla, y con el olor masculino invadiéndola hasta el punto de que su propio cuerpo parecía una extensión viviente del de Conall.

—Hazme el amor... por favor, hazme el amor.

Los seductores labios de Morgen estaban húmedos y enrojecidos por la pasión de sus besos, y Conall sintió que todas las mujeres a las que había deseado en algún momento desaparecían en el olvido, como si nunca hubieran existido. Conall se había excitado en cuanto Morgen entró en la habitación, y ahora entraba en ella. Inmerso en su calor, notó cómo los músculos de Morgen se contraían y relajaban abrazándolo, y todo su deseo, toda su frustración anterior

y sus ansias por ella por fin se liberaron con aquella profunda y voraz posesión.

Acomodando sus caderas a las de él, y hundiendo su rostro en el musculoso pecho, Morgen recibió con gusto sus embestidas urgentes y apasionadas, con el corazón latiéndole con fuerza, y la necesidad en su interior ascendiendo hasta crear una tensión tan profunda que tendría que liberarse pronto. Y lo hizo. Con sus músculos contrayéndose casi violentamente alrededor de él, gimió con fuerza, y le clavó las uñas en la espalda cuando una embestida final dio paso al poderoso clímax y su calor líquido se derramó dentro de ella.

Abrumada por la profunda conexión entre ambos, Morgen elevó la cabeza para mirar a Conall. El amor que vio en sus ojos la sobrecogió. Incorporándose un poco, depositó un dulce beso en la comisura de su boca, luego otro, y otro. Todavía abrazados, con la falda enrollada en la cintura y sus piernas alrededor de las caderas de Conall, Morgen se dejó llevar por la sensación de deliciosa maldad que la invadió durante unos momentos: habían hecho el amor... ¡sobre el escritorio de Derek! Ya no podría volver a mirar aquella mesa sin acordarse de aquello.

—¿Le he dicho lo maravillosa que es usted, señorita McKenzie?

Deslizó la mano entre sus suaves pechos, la introdujo en una de las copas del sujetador, y masajeó y pellizcó el pezón, despertando de nuevo el deseo en Morgen.

—Ahora que lo dices, creo que no lo has hecho.

—Pues bien, lo eres y estoy loco por ti. Por eso quiero casarme contigo.

Antes de Morgen que se diera cuenta de sus intenciones, Conall se colocó a su espalda, le quitó la blusa y le desabrochó el sujetador. Los pechos de Morgen se ofrecieron libres y sin pudor, y Conall los recorrió con las manos y después con la boca.

—¿Cómo llevas lo de vivir el momento?

Morgen no pudo contestar, extasiada por lo que Conall le hacía. Echando la cabeza hacia atrás, se sintió poseída por una feroz necesidad y decidió que iba a amar a Conall como nunca nadie lo había hecho, para que no hubiera ni un minuto de su estancia en Nueva York en que dejara de pensar en ella, y volviera cuanto antes.

—¿Qué es esto? ¿Estás haciendo trabajo extra, Con?

Mike Brabourn, arquitecto y amigo, miró con ojos expertos los planos sobre la mesa de Conall, y esperó su respuesta con interés.

—Se puede decir así.

Inexplicablemente molesto por la curiosidad de su amigo, Conall enrolló los planos y los metió en su funda y, tomando un bolígrafo, se puso a tamborilear con él sobre una carpeta.

Mike frunció el ceño:

—Y bien, ¿qué hay? Todavía no me has dicho la verdadera razón por la que vuelves a Inglaterra, y no trates de engañarme. Sé cuándo ocultas la verdad, te conozco desde hace demasiado.

Conall no le había contado a nadie, salvo a Victoria, que se había enamorado y que planeaba casarse, y lo del matrimonio ni siquiera lo sabía su madre. Sentía que no estaba bien contarle sus intenciones cuando Morgen todavía no le había dado una respuesta. Habían compartido sexo inolvidable sobre el escritorio de la oficina, pero ella todavía no le había dado el «sí». Le había tentado con la promesa de que, cuando volviera de Nueva York, tendría su respuesta.

Por el momento, Conall había pasado tres agónicas noches sin dormir, preguntándose si, al final, lo rechazaría. También soñaba con una casita de su propiedad en la campiña inglesa, con Morgen y Neesha, y tal vez una mascota para Neesha. La idea había despertado su imaginación hasta el punto de que se levantaba en medio de la noche para hacer el boceto de la casa que quería construir...

—¿Conall, estás aquí?

Mike pasó una mano por delante de su cara y se paró abruptamente.

—Ya lo tengo: es una mujer, ¿no?

Poniéndose en pie de un salto, Conall se llevó las manos a las caderas y sonrió.

—¿Tan obvio es?

—¿Qué otra cosa haría que te quedaras mirando al vacío como si estuvieras drogado? Bueno, cuéntamelo todo. ¿Quién es ella? ¿Cómo se llama? Y, lo que es más importante: ¿está buena?

Conall caminó despacio hasta el enorme ventanal. Contempló la gran ciudad, y respiró hondo.

—Trabaja en la oficina de Londres. Se llama Morgen y parece un ángel de pelo azabache. Y está realmente buena. ¿Satisfecho?

—¡Lo estaría si tuviera la suerte de encontrar un sueño como ése! —exclamó Mike, sacudiendo la cabeza sin dar crédito—. Las mujeres de Nueva York van a ponerse de luto cuando se enteren, ¿eres consciente de eso?

—No puedo estar siempre disponible.

—Es cierto, ¡pero un hombre puede pasárselo en grande

intentándolo! —rió Mike—. ¿Estás seguro de que es «ella»?

Conall no dudó en responder:

—Estoy seguro, es «la única». De ahora en adelante, amigo mío... seré un hombre monógamo.

El vuelo de Conall llevaba retraso. ¡Retraso! Morgen levantó la vista hacia los dígitos verdes intermitentes del panel de «Llegadas» y trató de acallar su creciente frustración.

Habían pasado seis días desde su partida, y Morgen no había podido dormir en condiciones ninguno de ellos. Merodeaba por la cocina a primeras horas de la mañana, hacía té, escuchaba la radio, se pintaba las uñas... cualquier cosa para no pensar en Conall. Supo que no estaba bien cuando metió la gelatina preferida de Neesha en el horno en vez de en la nevera, y cuando tiró el correo de la mañana junto con la basura.

Peinándose el pelo con la mano, Morgen exhaló un suspiro dramático y, sin ganas, se dirigió a una fila de sillas y se sentó. A un lado había una adolescente con un chándal reluciente y una gorra de béisbol, escuchando música con cascos en los oídos; al otro lado, había una mujer rubia de mediana edad con pantalones de vestir negros y una chaqueta de un rojo chillón. Morgen contempló fascinada sus largas uñas rojas.

Al encontrarse con la mirada de Morgen, la mujer sonrió. Su maquillaje era perfecto, y sus dientes uniformes y blanquísimos. Contemplándola, Morgen recordó que no había tenido tiempo de ponerse guapa para Conall. Le había dado la merienda a Neesha corriendo, antes de llevarla a casa de su abuela, volver a casa para quitarse la ropa del trabajo, y llegar al aeropuerto de Heathrow para recoger a Conall. Ni siquiera recordaba haber parado a peinarse.

—¿Espera a alguien? —preguntó la mujer educadamente.

—Sí.

La respuesta se escapó de su boca, y Morgen trató de calmarse un poco. No era fácil, con el estómago dándole vueltas cada vez que pensaba en que iba a ver a Conall.

—¿Es alguien especial?

«Tan sólo el amor de mi vida», pensó Morgen, y notó que el corazón se le aceleraba.

—Sí, es alguien especial.

—Me lo imaginaba.

—¿Por qué? —Morgen inclinó la cabeza con curiosidad.

—La he estado observando caminar arriba y abajo la última media hora, con esa expresión en su cara cada vez que miraba al

panel de llegadas.

A Morgen le incomodó que sus sentimientos fueran tan transparentes para una extraña.

—¿A qué expresión se refiere, exactamente?

Las cejas perfectamente delineadas de la mujer se elevaron un poco acompañando su sabia sonrisa.

—La expresión de una mujer que está enamorada y no puede esperar a ver al hombre que ama.

Morgen relajó los hombros, y se sujetó el pelo detrás de la oreja.

—¿Es tan obvio?

—Sólo para alguien similar. Mi marido Graham y yo acabamos de celebrar los veinte años de casados, y sigo tan profundamente enamorada de él como el día en que lo conocí.

Viendo el interés de Morgen, la mujer se presentó como Faye Mortimer y le confesó que Graham era su segundo marido; se había divorciado del primero porque era un mujeriego y un mentiroso. Siguió contándole que nunca creyó que volvería a encontrar la felicidad. Pero parecía que si una no se permitía amargarse y volverse en contra del amor, el amor pagaba la confianza con creces.

Una hora después, Morgen había compartido su propio fracaso de matrimonio con Faye. Se dio cuenta de que, durante un tiempo, ella se había amargado y se había vuelto en contra del amor. De hecho, había sido justo hasta el momento en que se enamoró de Conall O'Brien. No podía precisar cuándo había sucedido exactamente, pero posiblemente fue la tarde en que apareció en el Chiqui Park, los invitó a una bebida a Neesha y a ella, y se quedó con ellas el resto de la tarde viendo jugar a Neesha, como si no quisiera estar en otro sitio del planeta.

Morgen miró su reloj y comprobó que el tiempo había volado. Se volvió a Faye:

—Voy a ir a ver si hay más noticias acerca del vuelo —se disculpó—. Ha sido muy agradable hablar contigo, Faye. Ojalá dentro de veinte años todavía esté con el hombre al que amo.

Faye sonrió.

—Si ese Conall tuyo se parece ligeramente a lo que has descrito, no tengo ninguna duda de que estaréis descorchando el champán en vuestro vigésimo aniversario, y deseando que lleguen los próximos veinte años para disfrutarlos junto a vuestros nietos. Cuídate, Morgen. A mí también me ha gustado conocerte.

Veinte minutos después, Morgen esperaba junto a la puerta de «Llegadas», intentando vislumbrar entre la multitud al hombre alto,

de hombros anchos y arrebatadoramente guapo al que amaba. Cuando lo vio, a lo lejos, se le aceleró el corazón. Conall sobresalía por encima de casi todos los demás viajeros, y era sin duda el hombre más atractivo. Morgen no pudo evitar estremecerse al pensar en que más tarde estaría con él a solas.

Abriéndose camino entre la marea de gente, Morgen olvidó que normalmente no le gustaba mostrar sus emociones en público, y echó a correr por el pasillo, gritando su nombre.

Conall se paró en seco, con la gabardina que había usado en la fría y lluviosa Nueva York en una mano, y su bolsa de cuero en la otra. No podía creerlo cuando vio a Morgen ir hacia él. Dejó la bolsa en el suelo y se quedó quieto, disfrutando de la visión. Morgen llevaba unos vaqueros azules desteñidos, una camiseta blanca de algodón y una chaqueta negra de cuero, y su largo pelo ondeaba al viento. Era todo lo que siempre había soñado encontrar en una mujer y aún más. ¡Dios, cuánto la había echado de menos! Había volado de Nueva York a Londres muchas veces, pero nunca se le había hecho tan largo el vuelo como aquella vez. Ahora estaba de nuevo en casa, y Morgen acudía a darle la bienvenida. Tal y como soñaba que sería.

Morgen recorrió corriendo los últimos metros que los separaban y, sin dudarlo, se arrojó a los brazos de Conall, que casi se cayó y se quedó sin aire por el ímpetu del abrazo. Él llenó de besos su pelo limpio y fresco, y después buscó desesperadamente su boca y la besó hambriento y apasionado, alimentando más su deseo por ella y haciendo que casi se desesperara por estar con ella a solas tan pronto como pudieran.

—Te quiero.

—¿Cómo?

Conall hizo como que no había oído.

—He dicho que te quiero, ¡y quiero casarme contigo! —Morgen deslizó una mano por la camisa de Conall, sin importarle que la gente los estuviera mirando—. No podía esperar más para decírtelo.

—Ya lo veo.

—Siento haber tardado en darte una respuesta. No era por hacerme la difícil —le dijo, plantándole un beso en la comisura de la boca—. Quería hablarlo con Neesha, lo de casarnos... ¿te importa?

Conall no quería que Neesha pensara que, al aparecer en sus vidas, él iba a acaparar toda la atención de su madre. Era importante que entendiera que también me preocupaba por ella, y que haría todo lo que pudiera para que se sintiera segura y querida.

Rodeó los hombros de Morgen con sus brazos y sacudió la cabeza:

—No me importa en absoluto. Me gusta que lo hiciste. ¿Y... qué le pareció?

Su sonrisa fue como un beso de la luna en un jardín de verano: sublime.

—Le pareció bien. Incluso ayudó a su abuela a cocinar un bizcocho. Está en nuestra casa, esperando que lo disfrutemos junto con un poco de té.

—¿Nuestra casa? —preguntó Conall, entornando los ojos.

—Mi casa. Te quedarás con nosotras hasta que encontremos algo para todos, ¿no? Sé que es un sitio bastante pequeño, pero es cálido y acogedor. Pero si prefieres quedarte en el piso de tu hermana, lo entenderé.

Conall se sorprendió al ver un destello de ansiedad en sus encantadores ojos.

—Tu casa estará bien, ángel mío. Lo importante es que estemos juntos.

Era exactamente la respuesta que Morgen quería escuchar.

Y en cuanto tengamos cinco minutos, quiero enseñarte los planos en los que he estado trabajando.

—¿Qué planos son éstos?

—Los de la casa que voy a construir para nosotros: Neesha, tú y yo.

—¡Oh, Conall!

De nuevo, su abrazo le dejó casi sin aliento, y besó su futura esposa una vez y otra, y otra... Cuando llegaron a la puerta de «Llegadas», no quedaba casi nadie pero ninguno de los dos se dio cuenta. Estaban embelesados el uno con el otro.

Fin